COLECCION UNIVERSAL

A. Kuprin

EL BRAZALETE DE RUBIES

MMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

ALEJANDRO KUPRIN

El brazalete de rubíes

NOVELAS

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin

L.De

с

i

GA

.

DELOS

ISY
EDICIONES

!

17-5,

RATED
MADRID -BARCELONA MCMXX

" Tipográfica Renovación

"

(C. A.

)

, Larra

,

8

.-- MADRID

.

891.73

K96

LT 18

ALEJANDRO KUPRIN

Es un autor muy leído en Rusia. Cuando em. pezó, hace unos veinte años, a publicar novelas, el “gran viejo de la tierra rusa ”, el conde León Tolstoi, le dió, en términos muy encomiásticos, la
bienvenida a la república de las letras. " Escribe
muy bien ese oficial ”, solía decir Tolstoi, de
Kuprin.
Kuprin es un oficial de carrera. Nacido en 1870,
de una familia pobre - como casi todos los escri
tores rusos de la última generación—, hizo sus es tudios en una escuela militar, y en 1890 recibió el grado de oficial. Pero esta carrera no le gustabci. Sentía más bien inclinación a la literatura. Todos sus ocios los empleaba en escribir novelas. Duran. te varios años, sus manuscritos fueron rechazados

por los editores de publicaciones periódicas. Ku
prin no se desesperaba y seguía trabajando. Al fin consiguió que se publicara su novela El dios implacable, traducida en la Colección Universa:
- números 61 y 62— Fué un éxito. El debutante
obtuvo una buena acogida.
Animado por el primer triunfo, Kuprin se en

praish

tregó por entero a la literatura. En seguidamen

6

1897 — abandonó el servicio militar y se lanzó a la conquista de un puesto de honor en las cúspides del Olimpo literario. Lo ha conseguido. Su novela El duelo, así como la serie de ellas que ha publi

cado, le han hecho famoso. Conociendo a fondo la vida militar, ha descrito, de mano maestra, las costumbres del cuartel. En estos últimos tiempos se inspira en la vida de los grandes centros indus. triales, especialmente en sus bajos fondos. Actualmente, a los cincuenta años, Kuprin tiene un renombre literario muy respetable, y ocupa en la literatura rusa un puesto de honor al lado de Gorki, Andreiev y Korolenko.

EL BRAZALETE DE RUBIES

I

Al mediar agosto, poco antes del nacimiento de la luna, el tiempo se había tornado de pronto
abominable, como sucede con frecuencia en la cos
ta norte del mar negro. Ya una niebla pesada y espesa se extendía durante días enteros sobre la tierra y sobre el mar, y la enorme sirena del faro mugía furiosamente día y noche, como un buey iracundo. Ya caía sin tregua una lluvia fina, como polvo de agua, que convertía en barro la arcilla de los caminos y las sendas e imposibilitaba el tránsito de carros y coches. Ya un terrible hura cán soplaba del Noroeste, del lado de la estepa, y sacudía los árboles, que se encorvaban y se er guían, en un a modo de oleaje, y casi arrancaba los tejados de cinc de las casas de campo, sobre los que parecía que andaba algún ser invisible calzado con pesadas botas. Las ventanas tembla ban, crujían las puertas, se oía en las chimeneas el silbo rabioso del viento. Durante uno de los úl timos huracanes, algunas lanchas de pesca se ha bían perdido, y una semana después habían sido

8

hallados, en diferentes puntos de la costa, los ca dáveres de los pescadores, arrojados por el mar.
La colonia veraniega del próximo pueblecito
marítimo, en su mayoría compuesta de griegos y
judíos, gente, como toda la meridional, amiga de
gozar de la vida, se apresuraba a retornar a la
gran ciudad vecina, por encontrarse ya a disgus to en la playa.
Por los caminos fangosos avanzaban trabajosa
mente carros cargados de todo género de efectos: colchones, divanes, cajones, sillas, lavabos, samo
vares, etc. Daba lástima ver, al través de la fina
lluvia incesante, todos aquellos objetos, que pare cían miserables, sórdidos, y en lo alto de cuyo ha
cinamiento iban sentadas las criadas y las coci
neras, llevando en la mano planchas, latas y ces
ta los caballos, cansados, jadeantes, cubiertos de espuma, no pudiendo a veces andar y detenién dose en medio del camino, daban también lástima, lo mismo que los cocheros, mojados, envueltos en

esteras para protegerse contra la lluvia y gri
tando con voz acatarrada para hacer andar a los caballos.

Era todavía más triste ver las casas de campo abandonadas, rodeadas de una súbita soledad, con sus jardines devastados y mutilados, sus cristales
rotos, sus perros solitarios y todos los vestigios
que suelen dejar de su presencia los habitantes efímeros del campo: los pedacitos de papel,

los
platos rotos,

las cajas y

los frascos vacíos.
Pero

la

principios

de

septiembre

el

tiempo

cam

9

bió de un modo inesperado. Los días se tornaron súbitamente claros, soleados, calurosos, como no

habían sido ni en julio. Los campos desnudos y enjutos se cubrieron de telas de araña plateadas. Los árboles, quietos, dejaban caer sin ruido sus hojas amarillas.
La princesa Vera Nicolaievna Cheina, esposa del presidente de la nobleza del distrito, no podía abandonar su casa de campo, porque su casa de la ciudad se hallaba en reparación todavía. Y la regocijaban mucho la vuelta de los días hermosos, la tranquilidad, la soledad, el aire puro, las go londrinas que se posaban en los hilos del telégrafo y se disponían ya a partir a los países meridiona les; la ligera brisa, un poco salada, del mar.

II

Además, aquel día, el 17 de septiembre, era su cumpleaños. Siempre había amado aquel día, lleno para ella de recuerdos encantadores de la infan cia. Esperaba todos los años, en tal fecha, no sa bía que acontecimiento milagroso y feliz. Su ma rido, antes de marcharse por la mañana a la ciu dad, adonde había sido llamado para un asunto ur gente, le había dejado en la mesa de noche un estuche con unos magníficos pendientes de perlas, en forma de peras, y aquel regalo la había llena do de alegría.

Estaba sola en la casa. Su hermano soltero, Ni

10

colás, el fiscal substituto, que vivía con ellos, se había marchado a la ciudad para asistir a la vista de una causa. Su marido le había prometido lle varle de la ciudad, a comer con ellos, a algunos
de sus amigos íntimos. Se alegraba mucho de pa
sar su cumpleaños en el campo. En la ciudad hu biera habido que gastar mucho dinero en una gran comida de gala; acaso hubiera habido que ciar un baile, mientras que allí, en el campo, bas

taba con algunos gastos insignificantes. El prín cipe Chein, a pesar de la alta posición que ocu paba - o quizá con motivo de ella “, tenía que lu
char con serias dificultades económicas. Su enor
me patrimonio había sufrido no pocos menosca bos. Sin embargo, el príncipe se veía obligado a vivir con esplendidez, a recibir, a emplear en obras de beneficencia sumas considerables, a ves tir bien, a tener caballos y coches.
La princesa Vera, cuyo amor apasionado a su
marido se había convertido hacía tiempo en una
amistad fuerte, fiel y verdadera, le ayudaba lo
que le era dable a evitar la ruina completa. Sin
que él lo notase, renunciaba a muchas cosas y se
esforzaba en limitar cuanto podía los gastos de la
casa.

Se encontraba en aquel momento en el jardín,
cortando flores para adornar la mesa. No queda
ban más flores de verano que algunos claveles de
diversos colores y algunas rosas medio mustias;
pero, en cambio, había magníficas flores de otoño, georginas y crisantemos, orgullosos de su belleza

>

11

y fragantes con una fragancia melancólica. Las otras flores, después de un festín de amor y de maternidad ubérrima del verano, dejaban caer sin ruido, en tierra, las innumerables semillas de la vida futura.
Muy cerca, en el camino, se oyeron los sonidos de una sirena de automóvil. La hermana de la princesa Vera, Ana Nicolaievna Friese, llegaba. Le había prometido por teléfono aquella mañana a Vera ir a ayudarla en los preparativos de la co mida. La princesa Vera reconoció la sirena y sa lió al encuentro de su hermana. Algunos minutos después, una elegante limousine se detuvo ante la puerta; el chauffeur bajó del pescante y abrió la portezuela.
Las dos hermanas se abrazaron cariñosamente. Desde su tierna infancia estaban unidas por una gran amistad. Sus tipos diferían de un modo asombroso. La mayor, Vera, había heredado de su madre, que era inglesa, la gran estatura flexible, el rostro delicado, pero frío y orgulloso; las ma nos, bellas, aunque un poco grandes, y los mag níficos hombros caídos como los que se ven en algunos retratos antiguos. La menor, Ana, por el contrario, había heredado la sangre mongola de su padre, un príncipe tártaro, descendiente en lí nea recta, según la leyenda, del propio Tamerlán, el famoso asesino. Era cosa de medio palmo más baja que su hermana, ancha de hombros, muy viva, ligera y burlona. Su rostro, de un tipo mon gol muy marcado, de pómulos salientes, de ojos

>

12

estrechos, que, además, acostumbraba ella a gui
ñar; de boquita sensual - sobre todo por la pro
minencia del labio inferior-, tenía un encanto in
explicable, cuyo secreto quizá se encontrase en su sonrisa, quizá en el carácter extremadamente fe menino de sus rasgos, o acaso en su mímica pin toresca, provocativa y coqueta. La graciosa feal dad de Ana Nicolaievna atraía a los hombres mu
cho más que la belleza aristocrática de su her
mana.

Estaba casada con un hombre muy rico y muy
estúpido, que no hacía absolutamente nada, pero
que figuraba como presidente honorario de cierta sociedad filantrópica, y poseía un título sonoro. Detestaba a su marido, pero tenía dos hijos de él, un niño y una niña. Después de su segundo parto había decidido no tener más hijos, y seguía firme en su decisión. Vera, en cambio, soñaba, no ya con tener hijos, sino con tener los más posibles, y, no obstante, no los tenía; amaba de un modo enfermizo, adoraba a los enclenques, aunque lin dos, hijos de su hermana, muy bien educados y dóciles, de carita pálida, como enharinada, y ca bellos rizados de muñeca.

Ana se distinguía por su alegre descuido y sus contradicciones gentiles, a veces extrañas. Se en
tregaba con placer al " flirt ” más arriesgado en
todos los balnearios de Europa; pero no le era nunca infiel a su marido, lo que no obstaba para que se burlara de él hasta en su presencia. L gustaba tirar el dinero, se pirraba por la ruleti,

13

por los bailes, por las impresiones fuertes, por los espectáculos extravagantes; en el extranjero fre cuentaba las tabernas de mala fama; pero al mis
mo tiempo era muy generosa, muy creyente, y
hasta se había convertido secretamente al catoli cismo. De hombros y pecho esculturales, se des cotaba, para ir a los bailes, harto más de lo que la moda y las conveniencias le permitían. Por el con trario, su hermana Vera era sencilla y severa, fría y altivamente amable con todo el mundo, celosa de su independencia y regiamente serena.

III

¡ Dios mío, qué bien se está aquí! ¡Esto es delicioso!-decía Ana, marchando junto a Vera..
con paso rápido y menudo, por la senda—. ¿ Quie.
res que nos sentemos un poco en el banco, al borde del precipicio? Hace mucho tiempo que no he vis to el mar. Este aire es un encanto, da gusto res pirarlo. En Crimea, el año pasado hice un descu brimiento admirable: ¿ sabes a qué huele el agua del mar durante la marea? ¡A reseda!
Vera sonrió con cariño:
- ¡Tienes unas fantasías!...
-;No,

no!

Recuerdo que

se

burlaron

de

mí

cuando afirmé una noche que

en

la

luz

de

la

luna

hay un ligero matiz rosa.

Y,

sin embargo,

el

pin.

tor Boritsky -

que está haciendo ahora mi retra to

-

dice que tengo razón,

y

que los pintores

lo

sabían hacía mucho tiempo.

14

- Parece que estás un poco enamorada de tre pintor.
-; Qué cosas tienes! -- dijo riendo Ana. Después, acercándose al borde del precipicio, que descendía al mar en una pendiente casi ver tical, miró abajo. Lanzando un grito de terror, dió apresuradamente algunos pasos hacia atrás, pali
dísima.

-; Dios mío, qué altura!

- dijo con voz débil y
trémula—. Siempre que miro abajo desde una gran altura, siento una especie de cosquilleo dulce y desagradable al mismo tiempo en el pecho

...

,

y,

sin embargo,me gusta mirar

...

Quiso asomarse

de

nuevo;

pero

su

hermana

na
se

lo

permitió.

- i Querida Ana,

no

hagas tonterías!

Me

da
vértigo sólo

de

verte acercarte

al

precipicio.

Sién
tate,

te

lo

ruego.
- Bueno,

bueno.

Cálmate.

Ya estoy sentada. Mira qué hermoso espectáculo

...

No me cansaría

nunca

de

admirarlo.

i Qué agradecida estoy aDios Todopoderoso

de

que haya creado para nosotros todas estas maravillas! Ambas

se

quedaron pensativas unos instantes. A

sus pies,muy honda,

se

extendía

la

tranquila
inmensidad del mar.

Desde

el

banco no

se

veía
la

playa,

lo

que acentuaba

la

impresión

de

espa
cio infinito y

majestad.

El

agua,

serena,

acar:

-

ciante,

era

de

un azul alegre,más claro

en

ciertos
lugares

de

lacosta ymás obscuro

en

el

horizonte.
Lanchas

de

pesca -

tan pequeñas que apenas

se

16

veían - dormitaban cerca de la orilla. Más lejos se divisaba un barco de tres palos, con todo el
blanco velamen hinchado por el viento. Parecía
inmóvil, suspendido en el aire.
-Comprendo tu entusiasmo - dijo Vera-. Pero
sobre mí, el mar produce una impresión muy dife rente. Cuando lo veo por primera vez después de mucho tiempo, me conmueve, me llena de alegría,
hiere mi imaginación. Parece que veo por primera
vez un milagro grandioso y solemne. Pero luego,
cuando me acostumbro a su contemplación, su in
mensidad desierta me aburre. Me canso de mirar lo, y lo miro lo menos posible. Tengo ya bastan te mar.
Ana sonrió.
-- ¿Por qué te sonríes?

- preguntó Vera.
- El verano pasado - dijo Ana - hicimos una ex
cursión a caballo desde Yalta a las montañas. Su biendo, subiendo, nos metimos en las entrañas de una espesa nube. Se sentía una gran humedad y casi no se veía. Seguimos subiendo por una senda
muy en cuesta, que atravesaba una pinada. De
pronto salimos de la pinada y de la niebla, y el es pacio libre se abrió ante nosotros. Figúrate un cla ro del bosque entre rocas enormes, junto a un pre cipicio terriblemente hondo. Las aldeas se veían desde allí pequeñísimas, no mayores que cajas de cerillas; los bosques y los parques parecían troci tos de tierra y cubiertos de menuda hierba. Todo el
valle descendía hacia el mar y parecía un mapa
inmenso. ¡Y el mar se extendía a lo lejos, majes

16

-

tuoso, resplandeciente! Se me figuraba encontrar
me suspendida en el aire. ¡ Me sentía ligera como
una pluma! ¡ Aquello era hermoso sobre toda pon
deración! Pues bien: me vuelvo a nuestro guía, un tártaro, y le pregunto entusiasmada: “ ¿ Verdad
que esto es precioso, Seid -Obli? ” El hizo una
mueca de desagrado, y contestó: ";Ah, señora! ; Si usted supiera lo que me aburre! Lo veo todos
los días

...

"

- ¡Gracias por

la

comparación!

-dijo riendo
Vera-.

Pero me parece que nosotros,

lagente del
Norte,

no somos capaces

de

apreciar toda

la

be
lleza del mar.Yo prefiero

el

bosque.

¿Te acuerdas
del bosque

de

nuestra finca?

Puede una contem

plarlo siempre sin cansarse.

i Qué pinos!

¡ Qué

e3
pléndida flora!

¡ Qué calma!

¡ Qué aire!

-A mí me

es

igual.

Me gusta todo -

respon

dió Ana-.

Pero mi predilección

esmi hermanita,
mi prudente Vera.

No somos más que dos

en

todo
el mundo.
Abrazó a

su

hermana mayor y

juntó

su

rostro
al

de ella.
Se levantó de pronto.
- ¡Dios mío,

estoy

en

Babia!

Estamos tan abs
traídas

en

nuestra estúpida conversación román
tica sobre los encantos

de

la

naturaleza,

que no
me he acordado hasta ahora del regalo que

te

traigo.Míralo.

Temo que

no

te

guste

...

Ana sacó

de

su

bolso un pequeño "carnet ”

en
cuadernado de un modo admirable:

sobre un

on
do

de

terciopelo antiguo,

que

el

tiempo había des

17

>

colorido, resaltaba un dibujo de oro viejo, de una finura y una belleza notables, obra, a todas luces, de un artista de primer orden. Las hojas del “ car net ”, enganchado a una cadenita de oro fina como un hilo, eran tabletas de marfil.
- Qué preciosidad! ¡Es una verdadera obra de arte!-exclamó Vera abrazando a su hermana Gracias, querida. ¿ Dónde lo has encontrado?

- En un almacén de antigüedades. Ya sabes lo
que me gusta escudriñar las cosas viejas. He te
nido la suerte de tropezar con este “ carnet ”

...

Mira

la

cadenita

...

Es una verdadera cadena de Venecia,muy antigua además.
- Sí,

se

ve

que

es

muy antigua.

¿Qué tiempo
tendrá este "carnet "

?

-Yo creo que

su

antigüedad debe

de

remon
tarse a

fines del siglo diez y

siete o

principios del
diez y

ocho.

- Es curioso,

¿

verdad?

-dijo Vera pensativa—.
Tengo ahora

en

lamano un objeto que acaso haya pertenecido a

lamarquesa

de

Pompadour o

a

la

propia María Antonieta

...

Pero vamos a

ver

lo

que
ocurre por casa.
Atravesaron una amplia terraza

de

piedra,

cu
bierta

de

espesos parrales,

al

través

de

cuyas ho
jas

la
luz adquiría un matiz verdoso que hizo

pa

-

CES lidecer levemente la

cara

de

las dos mujeres,

- i Harás servir aquí

la

comida?

pregun
tó Ana.
- Eso había pensado;

pero

he

reflexionado lue
go;

las noches refrescan ahora mucho.

Es mejor

2 acCA

PE -

EL BRAZALETE

SON

D-SWATED.

18

que comamos en el comedor. Luego, los hombres saldrán a fumar a la terraza.
- ¿Habrá alguno interesante?
- No sé todavía. Sólo sé que vendrá el abuelito.
—Ah, el querido abuelito! Me alegraré mucho de verle. Hace mucho tiempo que no le he visto Ana empezó a dar palmadas de alegría. -Vendrá mi cuñada, y quizá el profesor Spech nikov. Me encontraba en un gran aprieto: ya sa bes que el abuelito y el profesor son unos gastro nomos; pero ni aquí ni en el pueblo es posible hallar nada bueno. Luka, el cocinero, ha consegui do unas perdices que ha matado un cazador. Me
ha prometido hacer un plato excelente. Después
tendremos el inevitable "rostbeaf ", cangrejos

...

- Bueno,

no

está mal

...

No

te

inquietes.Verda?
es

que a

ti

también,

aquí,

para “inter nos ”

,

te
gusta comer bien. -Tendremos además

unplato poco vulgar:

esta
mañana,

un pescador

ha

traído un gallo

demar.
¡ Un verdadero monstruo!Me ha dado miedo. Ana,

siempre curiosa,

se

empeñó

en

ver

el
monstruo,

ymandó que

se

lo

llevasen.

Un minuto
después

se

presentó

el

cocinero Luka,

alto,

afei.
tado,

amarillo,

con una ancha cubeta.
- iDoce libras y

media,

excelencia!-dijo con
orgullo cocineril–.

Lo

hemos pesado.
El

pescado era demasiado grande para

la

cube
ta,

y
estaba enrollado en

el

agua.

Su escama era

de

un matiz dorado,

y

sus aletas,

de

un vivo color
rojo.

A

ambos lados

de

la

boca enorme y

rapaz

>

19

tenía unas anchas alas, que se plegaban como
abanicos. Estaba todavía vivo y agitaba las bran quias.
Ana le tocó suavemente la cabeza con el dedo, y al verle sacudir la cola retrocedió dando un chillido.

-; Esté tranquila su excelencia!-le dijo el co cinero a Vera, comprendiendo que la comida la in
quietaba- Todo estará muy bien. Acaban de
traer unos buenos melones

...

Permítame que

le
pregunte

en

qué salsa quiere que

se

prepare

el

gallo:

¿

en

salsa provenzal,

o

polaca?

¿

0quizá

en
salsa tártara?
-Como quieras,

y

puedes marcharte -ordené
la

princesa.

IV

Minutos después empezaron a

llegar los invita

dos.

El

príncipe Chein llevó a

su

hermana,

la

viu
da Ludmila Lvovna Durasova,

una mujer gruesa, suave y

silente;

a

un joven muy rico,

un Don
Juan,

alegre como unas castañuelas,

a

quien

to
dos llamaban cariñosamente Vasiuchok (

1

)

,

y

que

era utilísimo

en

sociedad,

pues sabía organizar
espectáculos y

fiestas

de

caridad,

y

a

la

pianista
Yenny Reiter,

que había estudiado

en

el

Institu
to

Smolny con

la

princesa Vera.

No tardaron

en
llegar

el

hermano

de

ésta,

Nicolás Nicolaievich;
el

marido

de

Ana;

el

profesor Spechnikov,

gor

(

1

)
Diminutivo de Vasily.

20

2

dísimo, con una enorme barbilla afeitada; Von
Zek, vicegobernador de la provincia. En

fin

,

ya
muy tarde,

llegó

en

un hermoso landeari

el

ge

neral Anosov,

acompañado

de

dos oficiales:

el

co
j'onel

de

Estado Mayor Ponomarev,

un hombre
gastado,

envejecido prematuramente por

el

abru
mador trabajo oficinesco,

y

el

teniente

de

laGuar
dia Imperial Bajtinsky,

considerado

en

Petrogra
do

uno

de

los mejores bailarines y

directores

de

cotillón. El

general Anosov,

un viejo fornido,

de

cabe
llos plateados,

bajó pesadamente del coche.

En
lamano derecha llevaba un tubo que

se

colocaba

a

cada instante ante

la

oreja -

pues era muy sor do—,

y

en

lamano derecha,

un bastón con contera de

goma.

Su ancho rostro rojo,

de

gruesa nariz

y

ojos hinchados,

risueños y

un

si

es

o

no

es

iró
nicos,

tenía una expresión a

la

vez dulce yma
jestuosa,muy común entre los hombres sencillos

y

valientes que han arrostrado todo género

de

pe
ligros y

expuesto amenudo

la

vida.
Las dos hermanas,

que

le

habían reconocido desde lejos,

corrieron a

su

encuentro.

Llegaron a
tiempo

de

sostenerle,

medio

en

broma medio en serio,

cada una por un brazo. --

; Como

un

arzobispo —

dijo

el

general con voz
de

bajo y

tono

de

chanza.

-
Querido abuelito!-dijo Vera con dulce re
proche.

¡ Le esperamos todos los días y

no

viene

nunca!

- El abuelo

se

ha

vuelto aquí,

en

el Mediodía,

21

.

9

muy malo -

rió

Ana—.

Ha olvidado completamen
te

a

su

ahijada.

Le

hace usted

la

corte a

todas

las mujeres,

viejo Don Juan;

pero nosotras

no
existimos para usted

...

El

general,

lamajestuosa,cabeza descubierta, les besó la mano a

ambas hermanas;

después les
besó las mejillas,

luego las manos otra vez.

- Pequeñas,

oíd

...

nome riñáis...- dijo,

hacien
do

una pausa a

cada palabra,

y

respirando pesa
damente.

Palabra

de

honor,

esos miserables
doctores

...

han estado todo

el

verano curandom

a

)

reuma con... porquerías

...

y

nome han dejado

...

Yo

era

su

prisionero

...

Mi

primera visita

ha

sido
para vosotras

...

Bueno,

¿

qué tal?

...

Tú

,

Verita,
pareces completamente una lady

...

como

tu

po
bre madre

...

Siempre estoy esperando que me llames para bautizar a

tu

hijo.
-Temo,

abuelito,

que eso

no

ocurra nunca.

- No pierdas

la

esperanza

...

Ruégale a

Dios

...
Y

tú

,

Anita,

no has cambiado nada.

Tendrás se
senta años y

saltarás como una cigarra.

Pero de
jadme presentaros a

los señores oficiales.

-

Hace mucho tiempo que tuve

el

honor

de

ser

presentado!-dijo

el

coronel Ponomarev salu dando.

-Yo fuí presentado a

la

princesa

en

Petrogra
do

- manifestó a

su

vez

el

teniente.
- Entonces,

tengo

el

gusto,

Ana,

de

presentar
te

al

señor Bajtinsky,

un

gran bailarín y

una

mala cabeza,

pero un bravo oficial

...

Tenga

la

bondad,Bajtinsky,

de

coger del coche ese objeto

...

22

Ya sabes tú de qué se trata

...

Vamos,hijas mías

...

¿Qué nos vais a

dar

de

comer?

Después del régi
men alimenticio a

que me han tenido sometido esos malditos doctores,

tengo

un

hambre terri
ble

...

digna

de

un cadete.
El

general Anosov era compañero

de

armas
y

amigo entrañable del padre

de

Vera y

de

Ana.
Toda

su

amistad y

todo

su

amor

al

difunto los
había puesto

en

sus hijas,

a

quienes conocía des-, de

sumás tierna infancia,

y

de

una

de

las cuales,
Ana,

era padrino.

Cuando eran pequeñitas las

vi
sitaba diariamente.

Las niñas

le

adoraban;

nadie

sabía jugar con ellas

de

un modo tan encantador;
además,

les llevaba siempre bonitos regalos y

las
convidaba con frecuencia

al

teatro y

al

circo.
Pero

lo

que las divertía sobre todo —y

se

había
grabado

en

sumemoria para siempre eran sus relatos

de

expediciones militares,

de

batallas,

de
campamentos,

de

victorias yretiradas,

demuertos
y

heridos,

que

él

las hacía con una calma épica y
un tono bonachón,

por

la

noche,mientras

no

se
iban a

acostar.
A

la

sazón,

aquel resto viviente

de

los viejos
tiempos era una figura pintoresca y

simpática.
Aunque era general,

había

en

él

una extremada
sencillez,

que rara vez

se

encuentra

en

los oficia
les;

era un creyente profundo e

ingenuo,

al modo
de un simple soldado,

fríamente valeroso,

sumisu
ante

lamuerte,

piadoso con los vencidos y

de

una

paciencia sin límites.
Había tomado parte

en

todas las guerras

de

23

los últimos cincuenta años, excepto en la del Ja
pón, en la que la hubiera tomado también de buena gana, pero a la que no le habían llamado. Durante su larga carrera no le había pegado a ningún soldado. En la insurrección polaca de 1863 se negó terminantemente a fusilar a los prisione
ros, a pesar de la orden de su jefe.
- Si fueran espías - manifestó—, los fusilaría por mi propia mano; pero me niego en absoluto a fusilar prisioneros.
Lo dijo de un modo tan sencillo y al mismɔ tiempo tan respetuoso, mirando a su jefe con una mirada franca y firme, que, en vez de mandarle fusilar por desobediencia, le dejaron en paz.
Ya viejo, enfermo, sordo, mutilada una pierna. por una explosión de obús, fué nombrado coman dante de una fortaleza de segundo orden. Era un puesto casi honorario, del que dependía en muy pequeña parte la seguridad del Estado. Todo el mundo conocía en la ciudad al viejo general, cuyas costumbres, debilidades y manera de vestir ha-cían gracia. Se paseaba por las calles sin ar. mas, con una levita pasada de moda, una gorra enorme, de visera ancha y recta, un bastón en la mano derecha y una trompetilla acústica en la iz quierda, acompañado de dos grandes y perezosos bulldogs con la lengua fuera. Si durante el pa se encontraba a algún conocido, los tran seuntes oían desde lejos su voz atronadora, a la que se mezclaba el ladrido furioso de los dos per

sen

rros.

24

Como muchos sordos, era un gran aficionado a la ópera. A veces, cuando los artistas estaban cantando un dúo suave y sentimental, gritaba de pronto con su voz de bajo:
—; Diablo, está muy bien!
Todo el público se esforzaba en contener la risa; pero el general no se daba cuenta: creía ingenua mente haberle hecho a su vecino una observación en voz queda, casi murmurando.
En cumplimiento de su deber de comandante,
visitaba con mucha frecuencia, siempre acompa
ñado de sus dos perros, la prisión militar, donde se encontraban los oficiales arrestados. Los

ofi

.

ciales

lo

pasaban allí muy bien;

jugaban a

las
cartas,

tomaban

te

en

alegre tertulia,

contaban
anécdotas.

El

arresto era para ellos un descan
so

de

las fatigas del servicio.
El

general

le

preguntaba a

cada oficial por qué estaba arrestado,

por quién y

por cuánto tiemp: Aveces elogiaba

la

conducta del oficial,

castigado
por una delito a

todas luces contrarin a

las

le

yes;

en

cambio,

a

veces,

empezaba a

reñirle con
tales voces que

se

le

oía desde

la

calle.

Pero,
después

de

gritar así un rato,

olvidaba

su

cólera

y

le

preguntaba

al

oficial

si

tenía bastante dinero para hacerse llevar

lacomida

de

laciudad,

en

sus
titución

de

los poco apetitosos alimentos que les daban

en

laprisión.

Y

si

se

enteraba

de

que

el

ofi
cial,

escaso

de

blanca,

no

podía permitirse tal lujo,

ordenaba

se

le

llevase todos los días

la

comida

de
su

propia casa,

que

se

hallaba a

doscientos pasos.

25

En aquella ciudad conoció a los Tuganovs ky - tal era el nombre de la familia de Ana y Ve ra—, no tardando en aficionarse de tal modo a las niñas, que no podía pasar un día sin verlas. Cuan do las niñas estaban fuera o las exigencias de su propio servicio le impedían visitarlas, se ponía de un humor endiablado y se aburría de un modo horrible en los vastos aposentos de su casa. To
dos las veranos pedía licencia y se pasaba un mes
entero en la finca de los Tuganovsky, distante de
la ciudad cincuenta verstas.

Consideraba a las dos niñas como sus propias hijas. Aunque había sido casado, casi no se acor daba ya. Su mujer se había escapado con un tenor de ópera, enamorada de su chaqueta de ter ciopelo y de sus puños de encaje. El general le envió dinero hasta su muerte; pero cuando ma. nifestó el deseo de volver con él, se negó termi nantemente, a pesar de todos sus ruegos.
No había tenido hijos de aquel matrimonio.

V

Contra todas las previsiones, la noche era tan apacible, que ni el más leve soplo de viento agi taba la llama de las bujías encendidas en la te.
rraza.

Durante la comida, el marido de Vera, el prín cipe Basilio Lvovich, hizo los delicias de todos con sus relatos. Tenía una manera de narrar singular

26

e interesante. Tomaba como base de sus relatos un
episodio de la vida real, en el que uno de los asis tentes o alguno a quien todos los asistentes cono cían, jugaba el papel principal: pero al referirlas, exageraba las cosas de un modo grotesco, po niendo una cara tan seria que los que le oían se desternillaban de risa.
Contó el fracaso sufrido por su cuñado Nicolás
Nicolaievitch en sus pretensiones matrimoniales respecto a una hermosa y rica dama. Lo único ver dadero era que el marido de aquella dama no
había querido divorciarse; pero la imaginación del
príncipe añadió a tal hecho detalles por comple to fantásticos. El narrador representó a Nicolás, hombre ordinariamente grave, seco y un poco
afectado, corriendo a media noche por la calle, en
calcetines, con las botas debajo del brazo; luego seguía una escena cómica: un policía quería dete nerle, y Nicolás se veía muy apurado para pro
barle que no era un ladrón, sino el sustituto del
fiscal. Después de largas peripecias dramáticas, Nicolás casi conseguía su objeto; pero minutos antes de la boda, la banda de testigos falsos a quienes había recurrido para obtener el divorcio

se declaraba en huelga pidiendo aumento de si
lario, y Nicolás, por avaricia - en efecto, era un poco avaro—, y como enemigo de las huelgas, se
negaba a pagarles más, basándose en ciertos ar
tículos de la ley. Entonces, los falsos testigos, en el momento crítico, declaraban que cuanto habían afirmado antes era mentira; que el marido de la

27

C

dama era el hombre más honrado y casto del
mundo y que, por consiguiente, no había motivo alguno de divorcio.
Después de esta historia, el príncipe contó otra cuyo héroe era el marido de Ana, más cómi. ca aún.
Todos se rieron mucho, el héroe de la anécdota más que ninguno. Aquel hombre delgado, de cara de muerto y ojos profundos, amaba tan locamen te a su mujer como al día siguiente de su boda.
procuraba siempre sentarse junto a ella y tocarla
y le hacía la corte con tal asiduidad que daba pena verle.
Al levantarse de la mesa, Vera Nicolaievna contó maquinalmente los comensales, cuyo:aume ro ascendía a trece. Era supersticiosa y se puso triste. “Debía haberlos contado antes de sentar
a la mesa - se dijo con descontento. Ade
más, mi marido debía haberme dicho por teléfono cuántas personas había invitado a comer

... ”

En casa

deVera,

lomismo que

en

casa

deAna,
se

ponían siempre,

después

de

comer,

a

jugar

a

las cartas.

A

las dos hermanas les gustaban con locura los juegos

de

azar.

En una y

otra casa
existía

ya,

en

lo

tocante

al

juego,

una especie

de
tradición:

todos los jugadores recibían un núme ro

determinado

de

fichas

de

hueso,

cada una

de
las cuales tenía

su

valor,

y

el

juego duraba haste que todas las fichas pasaban amanos

de

un

solo

jugador;

entonces

el

juego cesaba,

aunque todos
los jugadores insistiesen

en

seguir jugando.

Esta

nos

28

ley severa había sido introducida principalmente
en consideración a Ana y Vera, que jugaban con
sobrada pasión y hubieran sido capaces de perder
fuertes sumas. En virtud de tal reglamento, el
dinero perdido por todos los jugadores no pasaba nunca de doscientos rublos por velada.

Aquella noche Vera no quiso jugar. Cuando to.
dos se hubieron sentado a la mesa de juego, salin
a la terraza, donde se preparaba la mesa para el tė; pero en el mismo instante, Dacha, su don cella, la llamó de un modo misterioso.

-¿Qué significa esto? — preguntó Vera con enojo, pasando en compañía de Dacha a su gabi netito de junto a la alcoba—. ¿ Por qué pone us
ted esa cara de estúpida? ¿ Qué tiene usted en
la mano?
Dacha dejó sobre la mesa un paquetito cua
drado, envuelto en papel blanco y atado con una
cinta color rosa.
- No es culpa mía, excelencia -- dijo Dacha,
ofendida por las palabras de Vera, y poniéndose colorada, Llegó y dijo

...

- ¿Quién?
- Un mozo

...

con gorra encarnada

...

-- ¿Y qué?
- Entró

en

la

cocina y

puso este paquete enci

ma

de

lamesa,

diciendo:

" Entregue usted esto 3
la

señora,

pero

en

su

propia mano.”

Yo

le

pre
gunté:

"

¿De parte

de

quién?

"

Y

él me contestó:

" Ahí

lo

dice "

,

y

se

fué.
— ¡Llámele usted

en

seguida!

>

29

- Imposible, señora! Hace mucho tiempo que
se ha ido. Era a mitad de la comida, y no me
atreví a molestar a usted. Hace lo menos media
hora que se marchó.
- Bueno, puede usted retirarse.
La princesa cogió las tijeras, cortó la cinta y la tiró al cesto con el papel en que estaba escrita su dirección. Tenía en la mano un estuche de ter ciopelo rojo. Levantó la tapa, forrada de seda azul pálido, y vió, destacándose sobre un fondo de terciopelo negro, un brazalete oval de oro y un
papelito cuidadosamente doblado.
Se apresuró a desdoblar el papelito. Le parecía haber visto ya alguna vez aquella letra; per). como mujer que era, antes de leer la misiva exa
minó la alhaja. Era el brazalete de un oro me.
diano, muy grueso, pero hueco, y lo cubrían pe
queños rubíes antiguos, mal tallados. Mas había en medio, alrededor de una extraña piedrecita verde, cinco rubíes de verdadera belleza, cada uno del tamaño de un guisante. Cuando Vera, de un
modo fortuito, los volvió hacia la lámpara eléc-
trica, brillaron con magníficos fulgores rojos.
- Parecen de sangre - se dijo con angustia.
Luego se acordó de la carta y empezó a leerla. He aquí lo que una mano, casi de pendolista, ha bía escrito en ella:

“ A su excelencia la princesa Vera Nicolaievna.

Distinguida señora: dirigiéndole mis saludos más respetuosos con motivo de su cumpleaños, me

30

atrevo a enviar a usted, con la expresión de mis
más humildes sentimientos, ese modesto objeto. "

- ¡Ah, el de siempre!-se dijo con disgusto Vera. Sin embargo, continuó leyendo.

“ Nunca me hubiera permitido enviar a usted un
regalo escogido por mí, para lo que no tengo de
recho, ni gusto, ni - lo confieso francamente - di
nero. Además, creo que en el mundo entero no se puede encontrar un tesoro digno de usted.
Pero ese brazalete pertenecía a mi abuela, y la
última mujer que lo usó fué mi difunta madre. En medio, entre las piedras gruesas, verá uste? una verde. Es un rubí de una especie muy rara, un rubí verde, y, según una leyenda familiar, tiene la facultad de dotar a las mujeres que lo
llevan del don de la previsión y de disipar sus
ideas negras, así como de preservar a los hom bres de la muerte violenta.
Todas las piedras han sido cuidadosa y exacta
mente transportadas a ese brazalete de otro an
tiguo de plata, y puede usted estar segura de que nadie lo ha llevado nunca.

Puede usted, si quiere, tirar ese juguete, que le parecerá quizá absurdo, o regalárselo a cualquie ra; yo, de todos modos, seré feliz al pensar que sus manos de usted lo han tocado.
Le ruego a usted que no se enfade conmigo.
Aun me avergüenzo al recordar que hace siete
años, cuando usted era todavía soltera, tuve la
osadía de escribirle cartas estúpidas, y hasta de

31

esperar contestación. Ahora sólo guardo para us ted una rendida adoración, un respeto infinito y
una devoción de esclavo. Le pido constantemente
a Dios que la haga a usted dichosa, y me recreo
en el pensamiento de su dicha. Amo las butacas

en que usted se sienta, el suelo que usted pisa, los

árboles que roza usted ligeramente

al

pasar;

amo a

los servidores a

quienes usted habla.

No
me inspiran celos

ni

los hombres

ni

las cosas.
Le

ruego nuevamente que me perdone

el haber.
lamolestado con esta larga carta inútil.
Suyo hasta

lamuerte y

después

de

lamuerte.
su

humilde servidor
G. S. Y. "

- ¿Debo enseñarle esta carta a

mi

marido,

o

no

?

¿

Y

si

se

la

enseño,

lo

hago

en

seguida o
cuando todos

se

hayan ido?

No,

lomejor será

esperar a

que nos quedemos solos;

de

lo

contra
rio,

este desgraciado será objeto

de

la

hilaridad
general,

y

yo

también me pondré

en

ridículo

...

Mientras pensaba así,

la

princesa Vera admira
ba

las cinco llamas escarlata que rutilaban

en

el

interior de los cinco rubíes.

VI

El

coronel Ponomarev

no

sabía jugar

al

pó
ker,

y

no

quería sumarse a

los jugadores.

Pero
al

cabo cedió a

sus instancias y

se

sentó con
ellos.

32

Hubo que empezar por enseñarle a jugar, mas
aprendió bastante pronto, y media hora después
todas las fichas habían ido a parar a sus manos.

- ¿Es usted terrible!-le dijo Ana, cómicamen
te encolerizada—. Ni siquiera nos ha dado usted tiempo para emocionarnos un poco.
Tres invitados -- el profesor Spechnicov, el coro nel y el vicegobernador, un alemán muy cortés.
de pocos alcances y nada ameno preocupaban
sobre todo a Vera; se aburrían y no sabía qué hacer para distraerlos un poco. Por fin organizó. especialmente para ellos, una partida aparte, a la que invitó, como cuarto jugador, al maride de Ana, la que le manifestó su agradecimiento
con una guiñadura de ojos imperceptible para los
demás, pero que Vera advirtió al punto; de no
haberle invitado, hubiera seguido toda la tarde
como una sombra a su mujer, aburriéndola con.
sus miradas amorosas y poniéndola de mal humor.
Así todo marchaba a las mil maravillas. La
velada se deslizaba dulcemente y con animación.

Se jugaba, se charlaba. El Don Juan Vasiuchok
cantaba a media voz, acompañado al piano por
Yenny Reiter, canciones populares italianas y can. ciones orientales de Rubinstein. Su voz, aunque
no muy extensa, era de un timbre bastante agra
dable. Yenny Reiter, pianista de muchas preten
siones, le acompañaba siempre con gusto. Verdad
es que, según se decía, Vasiuchok le hacía la
corte.

Sentada en el canapé, Ana bromeaba con ei

33

joven oficial Bajtinsky. Vera se acercó a ellos, y, sonriendo, se puso a escucharlos.
- No, no, hablo muy en serio - decía alegra
mente Ana, fijando sus provocativos ojos tártaros
en el oficial, No crea usted que sólo los hom
bres trabajan. ¿ En qué consiste su trabajo de
ustedes? En correr locamente a caballo, en cen taurear ante el escuadrón, mientras que nosotras

...
Mire usted:

acabamos de terminar

la

lotería de
beneficencia.

¡ Dios mío,

qué horror!

Por todas
partes

la

muchedumbre atropellándose,

la

plebe,
los

cocheros,

los porteros,

los

...

El

aire impregna
do

de

humo,

gritos,

juramentos,

lamentaciones,
quejas,

iytodo

el

día

de

pie

en

los quioscos!Ah ratenemos que organizar

un

concierto a

beneficio
de

los trabajadores intelectuales,

después

un
baile

...

- En

el

que espero que me concederá usted

un

vals...- dijo Bajtinsky con un gracioso saludo y un

sonoro choque

de

espuelas bajo

el

sillón.
-- Bueno,

puede usted contar con

él

...

Pero

lo
que me preocupa sobre todo

es

nuestro asilo

...

Un asilo para los niños viciosos,

i comprende
usted?

- Sí,

sí

,

comprendo.

Debe

de

ser una diversión.

- ¿No

le

da

a

usted vergüenza tomar a

broma
cosas así?

Como sabe usted,

existen niños que

han heredado

de

sus

padres muchos vicios,

que

no

han visto sino malos ejemplos

...

Pues bien'i,
nosotras queremos corregirlos,

hacerlos mejores

...

-

Admirable!

EDICIONES

EL BRAZALETE

34

--... Elevar su moral, despertar en su alma la
conciencia del deber

...

¿ Comprende usted?

Pues
bien,

figúrese que nos llevan diariamente doce

nas,

centenares

de

niños,

pero

...

¡

no

hay entre
ellos niños viciosos!

Cuando una les pregunta

a

los padres

si

el

niño que llevan

es

vicioso,

se
creen insultados,

ofendidos.

Bueno,

el

asilo

se

ha
abierto,

se

ha

inaugurado solemnemente,

todo
está dispuesto para recibir a

los niños viciosos;
pero

...

¡

no

hay

ni

uno!

Y

el

establecimiento sigue
vacío

...

Sólo queda un medio:

anunciar un premio
para cada niño vicioso

...

--Ana Nicolaievna -

interrumpió con tono gra
ve

y

rendido

el

oficial,

¿para qué distribuir
premios?

Tómenme ustedes amí como pensionis
ta

de

asilo.

Le garantizo a

usted que

en

el mun
do

entero no

se

encontrará un niño más vicios.) que yo.

- ¡Por Dios,

señor!

¡ Es imposible hablar con
usted

de

cosas serias!-dijo Ana riendo,

derriba
da

la

cabeza sobre

el

respaldo del sofá ybrillan

tes los bellos ojos. El

príncipe Basilio Lvovich,

sentado ante una
gran mesa redonda,enseñaba a

suhermana,

alge
neral Asonov y

a

su

cuñado un álbum humorís
tico que llenaban sus

pr

pios dibujos.

Los cuatro
se

reían a

carcajadas.

Su

regocijo atrajo a

la
mesa a

todos los demás invitados que no juga
ban a

las cartas.
El

álbum era amodo

de

un suplemento ilustra
do

de

los relatos humorísticas del príncipe Basi

35

lio,

que,

con

su

calma imperturbable,

mostraba
al

público sus dibujos cómicos con leyendas como las

siguientes:

“ Aventuras amorosas del brava
general Anosov,

en

Turquía,

Bulgaria y

otros
países "

,

" Aventuras pintorescas del príncipe Ni
colás

en

Montecarlo ”

,

etc.

-Van ustedes a

ver ahora,

señoras y

señores,
lahistoria breve e

ilustrada

de

nuestra cara her
mana Ludmila -

dijo

elpríncipe,

dirigiéndole a

su
hermana una mirada risueña- Primera parte:

la
infancia;

la

niña crecía.Miren ustedes.
En una página del álbum estaba dibujada con rasgos caricaturescos una niñita,

toda de líneas
quebradas,

con dos líneas rectas por piernas y
muy separados los dedos

de

las manos.
-Ahora,

la

segunda parte:

primer amor.

Un
alumno

de

la

Academia

de

Caballería,

de

rodillas
ante

la

heroína,

le

presenta una poesía escrita
por

él

en

su

honor,

y

en

la

que hay estrofas magníficas,

por ejemplo:

"

Tu pie gentil y

breve me vuelve lelo,
y

cuando

lo

contemplo me elevo

al

cielo.”

He aquí,

señores,

el

pie admirable

...

Pero

no
nos detengamos,

y

continuemos.

El

dibujo repre
senta

al

mismo admirador

de

mi cara hermana,

que pretende inspirarle

la

idea

de

huir con

él

.

Aquí tienen ustedes

la

fuga.

Aquí pueden uste

des ver las consecuencias lamentables de ese acto: el

padre,

ardiendo

en

ira,

se

lanza tras los fugi
tivos y

los alcanza.

El

héroe,

a

quien

la

cólera
del padre llena

de

espanto,

huye bravamente a

36

en

todo correr, y se esconde detrás de unos árboles. abandonando a la heroína a su triste destino. Después el príncipe le mostró al público otra novela en caricaturas: “ La princesa Vera y el te. legrafista enamorado ".
- Este poema conmovedor -- dijo - sólo se com-

pone de dibujos; el texto no ha escrito aún. ---

; Caramba!

¡ Esto

es

nuevo!-dijo

el

general
Anosov.

Yo no

lo

había visto aún.

- Es

la

última novedad del mercado literario, señores.

¡ La última publicación!
Vera

le

apoyó suavemente

la

mano el
hombro.

- Deja eso -le

dijo

en

voz baja.
Pero

el

príncipe

no

hizo caso

de

sus palabras,

o

no las oyó.

- El comienzo de este poema siguió dicien
domacaece

en

los tiempos prehistóricos.

Un her
moso día del mes

demayo,

una muchacha llama
da

Vera recibe por correo una carta con dos pa lomas arrullándose.Aquí las tienen ustedes,

seño
ras y

señores.

La carta contiene una pomposa de
claración

de

amor,

escrita

en

abierta rebeldía con tra toda regla ortográfica,

y

que empieza con las frases siguientes:

"

;Oh,

bella rubia!

Proceloso
mar

de

llamas agita mi corazón.Tu mirada,

como

una serpiente venenosa,

emponzoña mi alma ator
mentada ”

,

etc.,

etc. Firma modestamente:

“ Un
pobre telegrafista con sentimientos

de

caballero,
que

no

se

atreve a

firmar con

su

nombre;

dema
siado modesto,

yse limita a

poner sus inicia

?

les

:

P.

P.

G.

”

Hay una postdata que dice:

“ Tenga

la

bondad de contestarme a

lista de Correos.

"

El

príncipe volvió

la

hoja y

continuó:

-Aquí,

señoras y

señores,

pueden ustedes ad
mirar

el

retrato del caballero sin miedo y

sin
tacha,muy bien dibujado con lápices

de

colores.

He

aquí

el

corazón

de

Vera atravesado por una
flecha.

Pero como Vera

es

una muchacha ejemplar

y

bien educada,

le

enseña

la

carta a

sus padres

y

al

amigo

de

la

infancia a

quien está prometida,

el

guapo mozo Vasia Chein.

Este,

vertiendo

lá

grimas,

le

devuelve a

Vera

su

anillo

de

alianza.
“ No seré

yo

le

dice -

quien turbe

tu

felicidad;
pero

te

suplico que no obres sin reflexionar antes
No sabes nada

de

la

vida,

hija mía,

y
eres como

una mariposa atraída por

la

luz

de

la

lámpara,
mientras que

yo

...

¡ Ay,

yo

conozco

el mundo cruel

ehipócrita!Desengañate:

los telegrafistas son unos
encantadores pérfidos.

Experimentan

un

enorme

placer engañando con

su

belleza y

con

su

labia

a

las muchachas para burlarse después

de

ellas
cruelmente.

”

Bueno,

señoras y

señores —añadió
tras una corta pausa

el

príncipe—;

han pasado
seis meses.

Arrastrada por

el

torbellino del vals

de

la

vida,

Vera

ha

olvidado a

su

telegrafista y
se

ha casado con

el

joven y

hermoso Vasia.

Pero
el

telegrafista

no

puede olvidarla.

Miren ustedes
este dibujo:

representa

al

digno héroe,

disfrazado

de

deshollinador,

todo negro,

que penetra

en

el
cuarto

de

la

princesa.

Por todas partes

se

ven

las
señales

de

sus cinco dedos y

de

sus labios:

en

los

38

tapices, en los cojines, en el papel de las pa redes, hasta en el suelo

...

Este otro dibujo

lo

re
presenta disfrazado

de

doncella

en

la

cocina

de

casa.

Pero,

perseguido por

el

amor

de

nuestro
cocinero Luca,

se

ve

obligado a

huir.

En este di
bujo aparece

en

una casa

de

locos.

En este otro,
en

un convento;

los sufrimientos

de

su

amor des
graciado

le

han hecho renunciar

al

mundo.

Sin
embargo,

sigue enviándole a

Vera todos los días
cartas apasionadas.Miren ustedes las huellas de sus lágrimas

en

las cartas.

Al

fin muere

de

pena,

no

sin antes enviarle aVera,

como recuerdo eter
no,

dos botones

de

su

uniforme y

un frasco llen)

de

sus lágrimas.
-- Señores,

el

te

está servido -

anunció Vera Ni
colaievna.

VII

El

sol

se

ponía lentamente.

La banda

de

cielo
rosada,

estrecha como una rendija,

que

se

veía
aún

en

el

horizonte,

entre una gran nube y

la
tierra,

desaparecía.

No tardaron

en

hacerse invi

..

sibles tierra,

cielo y

árboles.

En

lo

alto brillaban
grandes estrellas parpadeantes.

El

faro lanzaba
al

cielo una fina columna

de

luz azulada y

pro
yectaba

en

él

un círculo luminoso y

vago.
Las mariposas nocturnas chocaban con las pan tallas

de

cristal

de

las bujías.

El

tabaco que flo
recía

en

la

terraza exhalaba un olor más acre
que durante

el

día.

33

El profesor Spechnicov, el vicegobernador y coronel Ponomarev, habían sido llevados a la es tación hacía rato, en automóvil, por el maridu de Ana.
Los demás invitados estaban sentados en la te rraza. Las dos hermanas habían obligado al ge neral Anosov, a pesar de todas sus protestas, a ponerse el gabán y envolverse las piernas en un!ı manta de viaje. Habían colocado al alcance de sa
mano una botella de "Pommard ”, su vino prefe.
rido, y ambas se habían sentado junto a él, cada
una a un lado. Le rodeaban cariñosamente de pe
queños cuidados, le llenaban el vaso de vino, le encendían cerillas

...

El

viejo general parecía por
completo feliz.

- Sí,

ya

llega

el

otoño,

chiquitas -

decía,miran
do,

pensativo,

la

llama

de

la

bujía y

sacudiendo
la

senil cabeza-,

el

otoño

...

Se

ha

acabado

el

ve

.

rano.

¡ Qué lástima tener que irme!

Se

estará tan

bien aquí,

junto

al mar,

enmedio

de

esta calma

...

— ¿Y qué

le

impide a

usted quedarse con nos

otros?-preguntó Vera.
- No puedo,

querida;

no

tengo derecho a

des
cuidar mi servicio.

Yo me quedaría muy gustoso,

eso

no

hay que decirlo

...

¡ Qué perfume!

Adoro

el

perfume

de

las flores

de

otoño

...

,

sobre todo

el

de
las rosas tardías

...

Vera cogió

de

un vasito dos rosas,

una rosa y
otra escarlata,

y

se

las colocó

al

general

en

la
solapa del gabán. -Gracias,

Verita.

40

El anciano bajó un poco la cabeza para respi rar el perfume de las flores, y su rostro se ilumi nó con una sonrisa venerable.
-- Recuerdo que una vez

...

,

hace mucho tiempo

...

,

en

Bucarest,

donde habíamos entrado,

y

entre cu
yos habitantes nos habíamos instalado,

me pa
seaba por

la

calle y

sentí un fuerte olor a

rosas
Me detuve y

vi

que unos soldados llevaban un

magnífico frasco

de

cristal lleno de esencia de

rosas,

de

la

que habían impregnado sus botas y
sus fusiles.

“¿Qué

es

eso?

”

,

les pregunté.

“ Una
esencia -me contestaron-;

hemos echado una
poca

en

lasopa y

le

ha dado un sabor muy malo.

"

Les compré

el

frasco por

un

rublo.

Aunque sólo
quedaba

lamitad

de

la

esencia,

valía cien

lome

nos.

Los soldados me dijeron que habían encon
trado también "

una cosa que

se

parecía a

los gui

santes turcos,

pero negra y

no

comestible ”

.
Eran
granos

de

café

...

- Diga usted,

abuelito —

preguntó Ana—;

iha
tenido usted alguna vez miedo

en

el

combate?

-

Claro que

sí

, hija mía!

Si

alguien

te

dice que

no

ha

tenido nunca miedo y

que

el

silbido

de

la

:

balas

es

para

él

una dulce música,

no

le

hagas

caso.

Es un embustero o

un loco.

Todos tienen
miedo,

con

la

única diferencia

de

que unos pier
den toda

su

sangre fría y

otros

se

dominan.

El
miedo

es

siempre

el

mismo,

sólo que algunos
aprenden poco a

poco a

tener a

raya sus nervios
Esos son los que llamamos héroes,

valientes

...

De
mí

sé

decir que una vez tuve un miedo terrible.

41

-Cuéntenos usted eso —pidieron las dos her
manas.

Los relatos del viejo general las entusiasmabar. aún como cuando eran niñas. Ana hasta colocó, a la manera de una niña, ambos codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Existía un en canto particular en los relatos serenos e ingenuo.
del anciano. Su estilo, un poco tosco, recordaba
el de ciertos libros antiguos.

- No es muy largo de contar - dijo. Era en
los Balkanes, en la célebre montaña Chipka, en
pleno invierno. Yo estaba ligeramente herido en la cabeza. Vivía con otros tres oficiales en una es. pecie de caverna. Una mañana me sucedió una cosa horrible: me levanté, y de pronto se me an tojó que yo no era Jacobo, sino Nicolás. En vano
me esforzaba en convencerme de que no era Ni
colás, sino Jacobo. Pensé que me había vuelto loco, y empecé a pedir a grandes voces agua fría. Me vertí un cubo en la cabeza, y, al

fin

,

recobré

la
razón.
- ¡Cuántos éxitos amorosos habrá tenido usted!

-dijo

la

pianista Yenny Reiter-.

Debe usteri
de

haber sido muy guapo

en

su

juventud.

-;

El

abuelo sigue siendo guapo!--protestó Ana.

-Yo

no

era guapo —

contesto con una sonrisa
serena

el

general—;

pero gustaba.

En Bucaresć.
también me ocurrió una aventura conmovedora Me alojaron

en

una casa donde había una mucha
cha muy linda.

Pues bien:

desde

el

primer mo

42

mento me enamoré locamente de ella

...

Mi amor
fué como una chispa eléctrica que hubiera pasado por entre nosotros

...

Calló y

se

llevó a

los labios

el

vaso

de

vino.

- ¿Y

se

le

declaró usted?
- Naturalmente;

pero

...

sin palabras

...

He aquí
lo

que pasó

...
-Abuelito,

espero que

no

nos hará usted rubo
rizarnos -

dijo Ana con una sonrisa picaresca.
- No,

no.

Nuestra novela fué muy correcta.

En
Bucarest,

el

vecindario era muy amable con nos otros.

Un día que me puse a

tocar

el

violín,

las
muchachas acudieron a

bailar.

Y

desde entonces
tuvimos baile casi todas las tardes.

Una tarde,
durante

el

baile,

salí

al

vestíbulo,

adonde poco
antes había salido

laheroína

demi novela,

la

jo
ven búlgara,

que

al

verme empezó a

hundir las

manos

en

el

gran montón

de

pétalos

de

rosa se
cos que suele haber

enmuchas casas

deBucarest.
Yo

laabracé,

laestreché contra mi corazón y

le

di
mil besos en

la

boca.
El

general calló un instante como para reunir
sus recuerdos,

y

continuo:
- Desde entonces,

todas las noches tuve entre
vistas con mi amada,

junto a

la

que olvidaba

to
das mis penas y

preocupaciones.

Ycuando recibi

mos

la

orden

de

dejar

la

ciudad,

cambiamos un

juramento

de

amor eterno.

- ¿Y a

eso

se

redujo todo?-dijo con desen
canto Ludmila Lvovna,

la

cuñada

de

Vera.

- ¿ Qué más quería usted,

señora?

43

- Vamos! Eso no es una novela, es una sen
cilla aventura de vivac de un oficial.

- No sé, señora; acaso tenga usted razón. Yo
pensaba que aquello era un verdadero amor.
- No diga usted eso. ¿ No ha sentido usted en
su vida un verdadero amor

...

,

un amor

...

,

en

fin

,

santo,

eterno,

divino?

-A

la

verdad,

no

puedo decírselo a

usted -

dijo

el

anciano levantándose del sillón-.

Me parece
que no.Cuando joven

no

tenía

yo

tiempo

de

eso.

Las hazañas

de

lamocedad,

las cartas,

la

guerra,

me absorbían por entero.

Seme antojaba

en

aquel
tiempo que iba a

ser eternamente joven ypujante,

y

un

día muy triste para

mí

advertí,

de

pronto,
que era viejo y

que

no

valía

ya

nada

...

Y

ahora,
hijas mías,

dejadme irme

...

Voy a

despedirme

de
todos.

Ydirigiéndose aBajtinsky,

añadió:
- Hace una hermosa noche.

Salgamos,

si

le

pa

rece a

usted,

al

encuentro del automóvil,

-;Yo iré con usted,

abuelo -exclamó!

Ana.

-Y yo también -manifestó!

Vera.
Antes

de

salir,

la

princesa

se

acercó a

sumari
do

y

le

dijo

en

voz baja:
-Ve ami cuarto

...

En

el

cajón

demi mesa

ve
rás un estuche

de

terciopelo rojo con una carta dentro.

Léela.

44

VIII

Ana y Bajtinsky iban delante. A unos veinte pasos de ellos iba el general Anosov, del brazo de Vera. La noche era tan obscura que en los pri. meros momentos, mientras los ojos no se habitua ban a las tinieblas, no se distinguía el camino. Anosov, que a pesar de sus años tenía buena vis
ta, servíale a Vera de guía. De cuando en cuandis
acariciaba cariñosamente con su gran mano fría
la mano fina de la joven, que descansaba sobre la. manga de su abrigo.
--; Tiene gracia esta Ludmila Lvovna!—dijo de
pronto el viejo, como si continuase en alta voz su pensamiento-. En cuanto una mujer pasa de

los cincuenta años, se aficiona terriblemente a mezclarse en los amores de los demás, sobre todo
si es soltera o viuda, o espía y calumnia, o se
complace en hacer felices a los enamorados, o -es el caso más inofensivo - habla a toda hora del amor sublime, ideal

...

Ami juicio,

la

gente
de

nuestra época

no

sabe amar.

Yo no veo ya ver dadero amor.

No

lo

veía tampoco

en

mi

juventud.
-

;Vamos,

abuelo!-objetó cariñosamente Vera,
estrechándole con suavidad

lamano - Se

calum
nia usted

...

Usted

se

casó,

luego amó

...

- Niego

la

consecuencia,

Verita

...

¿Sabes

tú
cómo me casé?

Ella era joven,

fresca,

y

se

me

figuraba

en

extremo modesta y

tímida.

Casi

no
se

atrevía amirarme;

bajaba los ojos,

que som

45

breaban largas pestañas; se ruborizaba a cada instante. Sus mejillas eran sonrosadas; su cuello, cándido; sus manos, sedosas y tibias. Me parece que la tentación, para un mozo como yo, no era pequeña

...

Mientras estaba junto a

ella,

su

papá
y

sumamá vagaban

en

torno nuestro,

nos espia

ban.

escondidos detrás

de

las puertas;me miraba siempre con ojos tristes y

devotos

de

perro.

Cuan
do

estábamos tomando

el

te,

ella me tocaba,

como

sin querer,

con

la

pierna por debajo

de

lamesa.

¿

Te

parece poco,

chiquita?

Sobraba!

Era una
farsa admirablemente representada,

en

la

que a

mí

me habían adjudicado

el

papel

de

tonto.

Un
día me presenté a

su

papá:

“ Querido Nikita An tonovich,

vengo apedir austed

lamano

de

suhija.
Crea usted que

la

noble joven

... ”

,

etc. etc. Na
turalmente,

el

buen papá tenía

ya

las lágrimas

en
los ojos,

como preparadas

de

antemano,

y

se

apre
suró a

cubrirme

de

besos paternales.

“ Lo sospe
chaba ya,

querido,

hacía mucho tiempo

...

Dios

le

bendiga a

usted

...

Prométame guardar bien ese
tesoro

...

"
Bueno,

a

los tres meses,

aquel tesoro

se
paseaba por

la

casa envuelta

en

un sucio peina
dor,

en

zapatillas,

sin medias,

con una porción

de
papelitos

en

la

cabeza para que

se

le

rizara

el

pelo,

y

les

armaba unos escándalos terribles,

dig

.

nos

de

una verdulera,

a

la

cocinera y

al

ordenan
za;

coqueteaba impúdicamente con mis compañe

ros,

hacía mil cursilerías y

ceceaba

...

En sociedad,
no

sé

por qué,me llamaba “

Jacques ”

,

de

un modo
canoro y

lánguido:

“

Ja

-

a

-

a

- cques ”

.
Era derrocha

46

dora, falsa, sucia, ávida. En sus ojos se pintab3 siempre la mentira

...

Ahora sólo

es

para mí un
recuerdo;

pero entonces

...

¡ Cuán agradecido

lees
toy

al

infeliz actor que

se

la

llevó

demi casa!

...
Por fortuna,

no teníamos hijos.
- ¿La ha perdonado usted,

abuelito?
- Perdonado

... No

es

ésa

lapalabra.

Los prime
ros días que siguieron a

su

fuga

yo

estaba fu
rioso.

Los hubiera matado a

los dos,

de

haberlos
encontrado.

Después,

poco a

poco,me calmé,

y

su
cedió ami furia un desprecio profundo.

Yme ale

gro mucho

de

no heber vertido sangre inútil.Ade

más,

aquello fué para mí una liberación;

sin aquel
acontecimiento tragicomico,

yo

hubiera seguido eternamente unido a

aquella criatura desleal,

sir
viéndole

de

bestia

de

carga,siendo

lacortina ocul
tadora

de

sus vicios

...

¡ No,

Verita,más vale así!

-Y

no

obstante,

estoy segura,

abuelo,

de

que
usted no ha olvidado aún

la

ofensa,

y

...

,

a

eso se

debe que sea usted pesimista.

Generaliza usted
su

experiencia personal,

y

hace mal.

Por ejemplo,
yo

yVasia,

¿

no

somos una pareja feliz?
Anosov tardó un poco

en

contestar,

y
dijo

al
cabo con voz fatigada:

-

Vuestro caso

es

una excepción.

La mayoría
de

la

gente,

¿para qué

se

casa?

Empecemos por
lamujer:

le

da vergüenza quedarse para vestir imágenes,

sobre todo cuando

ve

casadas a

todas
sus amigas;

no

quiere ser una carga para

su

fa
milia;

desea convertirse

en

ama

de

casa,

en

se
ñora independiente;

el

instinto

de

lamaternidad

>

y la necesidad de un nido propio la aguijonean. En cuanto al hombre, le guían otras razones: la vida de soltero suele acabar por fatigarle, con el desórden de la habitación, las comidas en los “ restaurants ”, la poca limpieza, las colillas espar cidas por todas partes, la ropa blanca rota, las deudas, la conducta desconsiderada de los amigos, etcétera, etc. La vida de familia es mejor, más sana, más económica; además es grato tener hi jos para vivir en ellos después de muerto

...

, una ilu
sión

de

inmortalidad

...

También a

veces cree haber
encontrado una criatura inocente,

santa

...,

como

me pasó amí.

En

fin

,
no

pocas veces

se

deja sedu
cir por

la

idea

de

recibir con

lamujer una buena

dote.

¿Dónde está

el

amor

en

todo esto?

¿Dónde
está

el

amor desinteresado,

que

no

busca nada,

que no espera recompensa alguna;

ese amor del
que

se

dice que

esmás fuerte que

lamuerte,

ese
amor,

¿comprendes

?,

al

que

se

sacrifica

la

vida y
la

libertad,

y

en

aras del cual

se

está dispuesto a sufrir todos los padecimientos y

todos los marti
rios?

Me hablarás

de

tu

Vasia.

Yo

le

quiero mu

cho.

Es un buen muchacho.

Quizá con

el

tiempo
tenga ocasión

de

demostrarte que

su

amor

es

ver

daderamente grande,

dispuesto a

todo;

pero porn
ahora

... No,

el

amor

de

que

yo

hablo,

el

verdaderu
amor,

debe ser una tragedia,

estar exento

de

toda

preocupación mezquina,

práctica.
- ¿Ha conocido usted un amor semejante?

-

No!

- respondió

el

viejo con tono firme.

Es

verdad que conozco dos casos que

se

acercan algo

48

a tal amor; pero uno de ellos es más bien un caso de estupidez, y el otro es un caso de morbosidad, de anormalidad. Puedo contártelos, si quieres, en

pocas palabras. --- Selo

ruego a

usted,

abuelito.
-- Buero.

En un regimiento

de

nuestra divisiór
tenían,

naturalmente,

un coronel,

el

cual a

su

vez

tenía una mujer.

Esta mujer era muy fea:

flaca,
huesosa,

larga,

roja,

con una boca enorme.

Abu

saba terriblemente

de

los cosméticos y

se

empol
vaba

de

un modo atroz.

Sin embargo,

era una ver

dadera Mesalina:

un

temperamento fogoso,

un
volcán

de

pasión.

Autoritaria,

altiva,

trataba a
todo

el

mundo con

un

desprecio sin límites.

Era
una aventurera

...

,

y

una morfinómana.

-- El retrato

es

encantador -

dijo Vera son
riendo.
-- Pues bien:

un día fué destinado

al

regimiento
un teniente muy joven,

un pipiolo,

recién salido
de

la

academia.

Al cabo

de

un mes,

la

vieja Me

...
salina

se

había adueñado completamente

de

él

.

El

pobre muchacho era

su

paje,

su

esclavo,

su
caballero en las fiestas mudanas.

Le llevaba

el
abanico,

el

pañuelo;

le

avisaba y

le

despedía

el
coche.

¡ Es terrible que

un

joven puro deposite

su

primer amor a

los pies

de

una vieja perversa v
dominante!

Es hombre perdido.

El

estigma

le
dura toda

la

vida.
El

viejo general hizo una corta pausa:
- Bueno,

alos pocos meses estaba

ya cansada

de
él

,

y
reanudó sus relaciones con uno

de

sus anti

49

guos amantes. Però el púbre muchacho no podía olvidarla. La seguía siempre como su sombra. Se
puso delgado, languideció. Hablando en estilo ele
vado, llevaba la muerte en el alma. Los celos le
atormentaban atrozmente, y se pasaba noches en
teras bajo la ventana de la Mesalina. Un día se
organizó en el regimiento una jira, y, como ocu:
rre siempre en esos casos, se bebió bastante. Ya
de noche, los excursionistas volvían a pie a la
ciudad. De pronto, un tren de mercancías apareció ante ellos subiendo lentamente una cuesta muy pina. Cuando el tren estuvo muy cerca, la Mesa lina le dijo al oído al joven oficial: “Usted está hablándome siempre de su gran amor, y si yo le mandase que se tirase bajo el tren, no lo haría

usted. " Y sin contestar una palabra, echó a
correr y se dejó caer en la vía de modo que el
tren al pasar le dividiese en dos; pero un idiota
intentó salvarle, y el loco, rechazándole, se asi;
a un riel con entrambas manos, y, naturalmente,
las ruedas del tren se las cortaron.

—; Qué horror!-exclamó Vera.
- Excuso decirte que tuvo que dejar el servicio.
Los compañeros le dieron dinero para que se mar: chase, pues no podía permanecer en la ciudad des pués de aquel drama. Se había perdido por com pleto. No siéndolo posible ganarse la vida, se de.
Es dicó a la mendicidad...

Después supe que había
muerto helado a

orillas del Neva. Vera suspiro.
Hubo una breve pausa.

Es.

BRAZALETE
3.3
DRO S.

50

-Conozco también otro caso más triste aún

-slijo el general. En él la heroína es joven y
bella, pero perversa como la del anterior. Se con ducía como una verdadera prostituta. No éramos rigurosos en demasía en lo tocante a las pequeñas intrigas de amor; pero aquello pasaba de castaño obscuro. El marido se percataba de todo, y no se inmutaba. Cuando los amigos aludíamos a la con ducta de su mujer, respondía: "; No importa! Yo no me meto en nada. Con tal de que Elenita sea feliz

...

"

¡

Imbécil!

Ultimamente ella

se

puso

en

re
laciones con un joven teniente llamado Vichnia kov,

de

lamisma compañía.

Yvivían

en

una es

pecie

dematrimonio trilateral,

como

si

fuera

la
cosa más natural del mundo.

Nuestro regimiento no tardó en recibir orden de marchar

al

teatro de
la

guerra.Nuestras mujeres fueron a

despedirnos
a

la

estación.

Ella salió también,

y

era un

es
pectáculo vergonzoso verla abrazar con efusión

a

su

teniente ante todos los circunstantes,

sin
hacer caso

de

sumarido,

a

quien

le

gritó cuando

estábamos

ya

en

el

tren:

“

Ten cuidado

de

Volo
dia -

tal era

el

nombre de

su

amante-

Si

le
ocurre alguna desgracia,

no

volverás a

nunca.

”

-- ¿Y

el marido

se

sometía a

todo?-preguntó
Vera.

- Sí.

Y,

sin embargo,

era un hombre de cora zón,

valiente,

intrépido.

Hacía milagros

en

los
campos

de

batalla.

En un combate lanzó a

sucom
pañía catorce veces

al

asalto

de

una posición tur

verme

51

ca, y de doscientos hombres sólo le quedaron ca
torce, a los que, herido y todo, continuó mandan do. Pero su mujer era para él un ser superior, y
por serle agradable aceptaba todas las humilla
ciones. Cuidaba como una madre al tenientillo, le

abrigaba con su propio capote para que no se
enfriase, le reemplazaba en el servicio mientras jugaba a las cartas. Pero Vichniacov contrajo unas fiebres tifoideas y falleció en el hospital. Aun que me de vergüenza, he de confesarte que a to. dos nos regocijo la noticia

...

- ¿Y las mujeres?

¿Ha encontrado usted mu
jeres que sepan amar con amor verdadero?

-

Oh,

sit Y

te

diré más:

estoy seguro

de

que

lamujer

es

capaz,

por amor,

de

grandes sacri
ficios.

El

instinto

de

la

maternidad

la

impulsa
hasta

al

heroísmo.

Cuando ama,

el

amor

es

para
ella toda

la

vida,

todo

el

universo.

No tiene ella
laculpa

de

que

el

amor

sehaya convertido

en

una

cosa tan trivial,

en

un pasatiempo.

La culpa

la
tienen los hombres,

que,

a

los veinte años,

ya

tie

nen

el

alma gastada y

son incapaces

de

grandes
pasiones,

de

heroísmos

en

aras del amor,

que

no
saben

lo

que

es

el

verdadero cariño,

la

verdadera
ternura,

y

la

adoración

de

lamujer.

Se

nos ase

gura que

en

los tiempos antiguos los hombres sa bían amar.

Tal vez.

Al

menos,

los espíritus

se
lectos

de

lahumanidad —

los poetas,

los novelistas,
los artistas han soñado siempre con

el

verdadero
amor.

Hace poco

he

leído

le

historia

de

Manon
Lescaut

...

Qué conmovedora

es

!

Te

confieso que
UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY

52

he llorado, leyéndola, como un niño. ¿No es ver dad, querida, que toda mujer sueña en el fondo de
su corazón con un amor ideal, sublime, dispuesto
a todos los sacrificios, tierno y suave?
--; Oh, sí, abuelo!

--Y cuando no lo encuentra se venga. Quizá
dentro de treinta años

...

Yo no

lo

veré ya,

per:
tú

lo

verás aún

...

Dentro

de

treinta años,

estoy
seguro,

las mujeres representarán

un

papel enor

me

er,

el mundo.

Gozarán

de

un

poder formidable.
Se vestirán como ídolos indios.

Nos tratarán con desprecio,

como a

seres inferiores,

como a

escla
yos.

Sus caprichos y

sus deseos insensatos serán
para nosotros leyes que nos veremos forzados a acatar.

Yobedecerá todo a

que

no

sabemos apre
ciar y

respetar

el

amor.

Será

la

veganza

de

las

mujeres. El viejo calló un instante,

ypreguntó

depronto:
- Dime,

Verita,

si

no

te

molesta,

¿

qué histo
ria

es

ésa del telegrafista

de

que hablaba antes tumarido?

Naturalmente,

habrá exagerado mu
cho las cosas,

según

su

costumbre;

pero supongo
que algunas serán verdaderas.
- ¿Le interesa a

usted?

-Sí.

Pero

si

te

es

desagradable

...

-
Qué ha

de

serme!

Se

lo

contaré a

usted todo
con mucho gusto.
YVera

le

contó

al

general,

con todo lujo

de

de
talles,

la

historia

de

un loco que desde dos años antes

de

sumatrimonio

laperseguía con

su

amor.

Ella

no

le

había visto nunca,

y

ni

siquiera

le

53

conocía de nombre, pues se limitaba a escribirle, firmando sus iniciales, G. S. Y., y una vez le había escrito que era empleado público, sin mencionar el telégrafo. Debía de vigilarla sin cesar, pues le
decía en sus cartas dónde pasaba las tardes, en
qué compañía y con qué “ toilette”. Sus cartas, al principio, eran algo vulgares, llenas de protestas de amor, aunque muy respetuosas. Pero una vez
ella le escribió - era un secreto para todos -- 10
gándole que diese fin a sus declaraciones. Desde
entonces no le había escrito sino raras veces - en
Pascua, en Año Nuevo, el día de su cumple años, y sin hablarle de amor.
Vera le contó al general que acababa de recibir un brazalete acompañado de una carta.

- Sí - dijo Anosov cuando ella acabó su rela
to—, es posible que no se trate sino de un mania
tico, de un anormal; pero

...

¿

quién sabe?

Puede

también que sea un verdadero amor ideal que ha

yas encontrado

en

tu

camino,

ese amor con que

sueñan siempre las mujeres,

y

de

que

no

son

ca
paces los hombres

...

Pero me parece que ver unas linternas.

Debe de ser

el

auto
móvil.
En aquel instante,

en

efecto,

dos linternas

de
acetileno iluminaron

el

camino,

y

el

silbido agudo
de una sirena horadó

el

silencio

de

lanoche.
El marido

de

Ana llegaba.
El general

se

despidió:
Hasta

la

vista,Verita.

Ahora vendré con más frecuencia.

>

acercarse

54

El automóvil dejó a Vera en su casa y volvió a partir conduciendo al viejo general, a Ana con su marido y al teniente Bajtinsky.

IX

Vera subió, malhumorada, a la terraza, y ento
en la casa. Desde lejos oyó la penetrante voz de
su hermano Nicolás y le vió pasearse nerviosa
mente. Su marido, Basilio Lvovich, estaba sen. tado junto a la mesa, baja la gran cabeza rubia y rapada.
-- Hace mucho tiempo que vengo diciéndolo!
-gritaba Nicolás con acento de enojo- ¡Hace mucho tiempo que insisto en que se les debe poner fin a esas cartas imbéciles! Ya antes de que Vera
se casara contigo os divertíais con las cartas de
ese telegrafista, no viendo en ellas sino el lado cómico

...

Apropósito;

aquí está Vera.
Se volvió a

su

hermana y

continuo:
- Hablábamos,

Verita,

de

tu

telegrafista,

que

no

deja

de

perseguirte.

Amí me parece inadmi sible esa correspondencia.

- No hay tal correspondencia -

rectificó fría
mente

elpríncipe.

Sólo escribe

él

. Vera

no

toma
parte.
Vera

se

ruborizó y

se

sentó

en

el

canapé,

a

la
sombra

de

las plantas.
- Perdón,

nome

he

expresado bien -

dijo Ni
colás.

55

-Y no comprendo por qué le llamas “mi tele grafista ”-objetó Vera, animada por el apoyo de su marido. No tienes ningún motivo para
eso.

- Perdón otra vez. Sólo quiero decir que hay
que poner

fin

,

cueste

lo

que cueste,

a

esas tonte
rías.

Creo que

el

asunto toma un sesgo más gra
ve,

y

que

no

podéis

ya

contentaros con bromas y caricaturas.

Creed que

lo

único que me preocupa
es

tu

buen nombre,

Vera,

y

el

tuyo,

Basilio Lvo

vich.

- Sí;

pero me parece que tomas

la

cosa muy
por

lo

trágico -

dijo

el

príncipe.
-Tal vez.

Vosotros estáis abocados a

poneros
en una situación ridícula.

- ¿Cómo -preguntó?

el

príncipe.
- Pues muy sencillamente.

Figúrate que...- Ni. colás cogió

de

lamesa

el

estuche con

el

brazalete

y

lodejó

de

nuevo

en

su

sitio con un gesto

dedes
agrado que este objeto monstruoso

se

queda
aquí o

lo

tiramos o

se

lo

damos a

la

doncella.

El
telegrafista puede vanagloriarse ante todo

el mun

do

de

que

la

princesa Vera Nicolaievna Cheina acepta sus regalos,

y

animarse,

además,

para ha
cerle otros.

Acaso mañana

le

envíe una sortija

de
brillantes,

y

pasado

un

collar

de

perlas,

y

el me

jor día sea detenido por robo o

por desfalco.

En
entonces los príncipes Chein figurarían

en

el

pro
ceso entre los testigos

...

Sería precioso!

-

No;

hay que devolver ese brazalete -excia!
mó

el príncipe.

56

- Soy de tu opinión —dijo Vera—. Y hay que
devolverlo lo más pronto posible. Pero ¿ cómo lo
haremos no sabiendo la dirección?
- ¡Eso es lo de menos - dijo Nicolás—. Nosotros
conoceinos sus iniciales

...

-Sí:

G.

S. Y.
- Muy bien.

Sabemos además que

es

telegrafis
ta.

No necesitamos más señas.

Mañana,

en

la
Guía Oficial,

buscaré un telegrafista con esas ini ciales.

O

si

no,

llamaré a

un

agente

de

policía y
le

mandaré que me

lo

encuentre.

Para facilitar

las indagaciones utilizaré este papelito escrito por él

.
En fin,mañana

al mediodía sabré con exacti
tud

el

nombre y

ladirección

de

ese caballero,has ta

las horas

en

que

se

le

puede hallar

en

su

casa

Yuna vez enterados

de

todo eso,

no

sólo podre
mos devolverle

el

soro,

sino tomar algunas me didas eficaces para que

no

nos moleste más.

- ¿Qué pretendes hacer?

—preguntó

el

prín
cipe.
-Visitar

al

gobernador y

rogarle

...

- No,

eso

no.

Ya sabes

lo

tirante

de

nuestras
relaciones con

el

gobernador,

que

se

alegraría
mucho y

nos cubriría

de

ridículo.
- Bueno,

entonces visitaré

al

coronel

de

la

gen
darmería,

de

quien soy muy amigo,

y

le

rogaré

que llame a

ese telegrafista y

le

amenace con

el
dedo.

Ya sabes que

lo

hace

de

un modo muy

ar
tístico.

Metiéndole

el

dedo por los ojos

al

incul
pado y

agitándolo furiosamente,

grita:

"
¡ No

es
toy dispuesto a

consentir esas marranadas!”

57

- ¡Oh, mezclar a los gendarmes!—exclamó Vera
con un gesto de repugnancia.
-Tienes razón, Vera - aprobó su marido —; más vale no mezclar a nadie en este asunto. Empe
zarían a murmurar, a fantasear. Prefiero visitar
yo mismo a ese joven-, 30 acaso no será ya joven? Tal vez sea un señor de sesenta años

...

Es

lo

mismo,

le

visitaré,

le

devolveré

el

bra
zalete y

le

haré ver

lo

inconveniente

de

su

con
ducta.
-¡

Yo

iré contigo!

—le

interrumpió brusca
mente Nicolás- Eres demasiado suave.

Déjame

a

mí

hablarle

...

Yahora,

amigos míos,

permitidme
que me vaya ami cuarto.

Tengo todavía que leer dos legajos.
Consultó

su

reloj y

se

dirigió a

la

puerta.

- No

sé

por qué,

pero me

da

lástima ese des
graciado -

dijo Vera con acento

de

indecisión.

-;Haces mal

en

compadecerle —contestó!

Ni
colás—.

No

se

lomerece.

Si

un hombre

de

nues

tro círculo

se

hubiera permitido una cosa seme jante,

tu

marido

le

hubiera provocado

un

duelo.
Y

si

no

lo

hubiera hecho

él

,

lo

hubiera hecho

yo.
Con

tu

telegrafista,

naturalmente,

no

podemos
batirnos.En otra época me hubiera limitado a

or
denar a

la

servidumbre que

se

lo

llevase la

cuadra y

le

diesen unos centenares

de

verga

jazos

...

Yvolviéndose a

su

cuñado,

añadió:

- Espérame mañana

en

tu

despacho;

te

tele
fonearé

el

resultado

demis indagaciones.

58

X

La escalera estaba sucia; olía a ratones, a ga tos, a petróleo y a ropa mojada.
En el sexto piso el príncipe se detuvo.
- Espera un poco - le dijo a su cuñado—. Voy
a descansar un instante

...

¡ Está muy mal,

querido,
lo

que vamos a

hacer!
Subieron aún algunos escalones,

y

se

encontra
ron,

por

fin

,

ante

la

puerta que les habían indi
cado.

La obscuridad era tan grande que Nicolás
tuvo que encender unas cuantas cerillas para ase. gurarse

de

que

no

se

habían equivocado

de

nú
mero.

1

Cuando sonó

la

campanilla,

la

puerta

se

abrió

y

apareció

en

el

umbral una mujer gruesa,

cano

sa

y

con gafas.

Su

cuerpo hallábase encorvado, al

parecer,

por una enfermedad.
- ¿El señor Yeltkov,

está

en

casa?--

preguntó
Nicolás.
La mujer dirigió una mirada inquieta a

los
dos hombres.

Su exterior correcto pareció tran
quilizarla.

- Sí,

está

en

su

cuarto.

Tengan ustedes

la

bon
dad

de

pasar.

La primera puerta a

la

izquierda.
El

príncipe dió tres sonoros golpes

en

lapuerta

indicada. Se

oyó

un

ligero movimiento,

y

luego una voz
débil,

que dijo:

-

Adelante!

59

La habitación, casi cuadrada, era baja dr; techo, pero espaciosa. La iluminaba débilmente la luz que penetraba por dos ventanitas redondas seme jantes a las de los barcos. Toda ella, en conjunto, parecía un camarote de un buque mercante. Jun. to a una pared había una cama muy estrecha; junto a otra, un amplio canapé cubierto con un magnífico y viejo tapiz persa; en medio, una mesa con un tapete bordado a la ukrania.
En los primeros momentos, los dos visitantes apenas distinguieron la fisonomía del dueño de la habitación, que se hallaba vuelto de espaldas a la luz, y se frotaba, confuso, las manos. Era alto, delgado, de larga cabellera rubia.
- Si no me engaño, usted es el señor Yeltkov
- inquirió con acento altivo Nicolás.
- Sí. Servidor de usted. Tengo mucho gusto en
conocerle. Permítame presentarme.
Yeltkov dió dos pasos en dirección a Nicolás con la mano ter.dida. Pero el fiscal, como si no la hubiera visto, se volvió al príncipe Chein. -¿Ves? ¿ No te decía que no me engañaba? Yeltkov, con sus dedos agudos y largos, comen zó a abotonarse y desabotonarse la americana.

Al cabo logró dominarse, y señalando al canapé y saludando torpemente, trabajosamente, con voz débil, dijo:
- Les ruego a ustedes que tomen asiento.
Ya los visitantes distinguían su fisonomía. Era muy pálido, de rostro delicado como el de una muchacha, y barbilla infantil com un agujerito en

60

medio. Se le podía suponer entre los treinta y los treinta y cinco años.
-- ; Muchas gracias!

-dijo sencillamente el prín
cipe, que le miraba con atención.

-; Gracias!-dijo a su vez, pero más secamen
te, Nicolás.
Y ni uno ni otro se sentaron.
- No venimos sino por algunos minutos - empe
zó Nicolás- Este señor es el príncipe Basilio
Lvovich Chein, presidente de la nobleza de la re gión; yo soy el fiscal sustituto, Nicolás Nico laievich. El asunto de que voy a tener en seguida el honor de hablar a usted nos concierne al prín cipe y a mí, o, más bien, a la esposa del príncipe,
es decir, mi hermana.
Yeltkov, terriblemente confuso, se dejó caer en el canapé, y balbuceó con los labios mortalmente pálidos:
—; Les ruego a ustedes, señores, que se sien ten!

Luego, recordando quizá que les había ya he
cho, sin éxito, tal proposición, se levantó brusca
mente, corrió a la ventana y volvió al mismo
sitio. Sus manos, nerviosas, inquietas, ya tocaban los botones de su americana, ya su bigote rubio, ya su rostro.

- ¡Estoy a las órdenes de vuestra excelenci?!
-dijo al

fin

,

con voz sorda,

dirigiéndole

al

prír
cipe miradas suplicantes. Pero

el

príncipe callaba.

Quien tomó

la

palabra
fué su cuñado.

61

-Ante todo_dijom, permítame usted que 1a
devuelva su regalo.
Sacó de su bolsillo el estuche con el brazalete, y lo puso cuidadosamente sobre la mesa.
- Este brazalete hace, sin duda, honor a su
gusto de usted; pero le rogamos encarecidamente que tales

...

sorpresas

no

se

renueven.

- Les ruego a

ustedes que me perdonen

...

Harto
se

me alcanza

la

incorrección de mi conducta
- balbució Yeltkov,

con los ojos bajos y

ponién
dose colorado —

¿ Puedo permitirme,

señores,
ofrecer austedes una taza de

te

?

-Celebro mucho,

señor Yeltkov —

continuó Ni
colás,

fingiendo

no

haber oído las últimas pala
bras —

ver que

es

usted un hombre bien educado,

un

“ gentleman ”

capaz

de

comprender una insi
nuación.

Estoy seguro

de

que nos pondremos

in
mediatamente

de

acuerdo.

Usted persigue a

la

princesa Vera Nicolaievna hace siete u

ocho años,
¿no es eso?

-Sí —respondió Yeltkov suavemente,

bajando
los ojos ante aquel nombre sagrado para

él

.

-Y hasta ahora no hemos tomado ninguna me
dida contra usted;

aunque

no

se

le

ocultará que
no

sólo nos asiste

el

derecho,

sino que tenemos

el
deber

de

tomarla,

¿¿verdad?

- Sí.
- Pero

suúltimo acto

de

usted,

el

envío

de

este
brazalete,

ha

traspasado los límites

de

nuestra

paciencia.

¿Comprende usted?

Nuestra paciencia se

ha agotado.No

le

ocultaré a

usted que nuestro

62

un

primer pensamiento ha sido

...

recurrir a

la

auto
ridad;

pero

no

lo

hemos hecho,

y

me alegro,

al

ver,

lo

repito,

que

es

usted un “gentleman ”

,

hombre bien nacido

... --- Perdón,

¿

ha

dicho usted...— preguntó

de

pron
to

Yeltkov echándose a

reír - ha

dicho asted que
tenía

la

intención

de

recurrir a

laautoridad?

¿ No
es

eso?

¿Es eso

lo

que

ha

dicho ústed?

Semetió las manos

en

los bolsillos,

se

repanti
gó

en

el

extremo del canapé,

sacó después un cigarrillo y

lo

encendió.
-¿Con que ha dicho usted que

su

intención era

dirigirse a

la

Policía?

...

Perdóneme,

príncipe,

que
me haya sentado.

Bueno;

puede usted continuar,

señor. El

príncipe acercó

la

silla a

lamesa y

se

sentó
también.

Miraba atentamente,

con profunda

cu
riosidad,

a

aquel hombre extraño.

-Y tenga usted

en

cuenta,

querido,

que dicha
medida queda siempre a

nuestra disposición dijo
con una sonrisa insolente Nicolás.

Su conducta
de

usted constituye una verdadera irrupción

en
una casa honorable

...

- Permítame que

le

interrumpa

...
-

; No,

déjeme usted hablar -gritó!

casi grose
ramente

el

fiscal sustituto.
-Como usted quiera.

Hable,

le

escucho.

Pero
quisiera decirle algunas palabras

al

príncipe Ba
silio Lvovich.
Ysin hacer caso

de

Nicolás,

Yeltkov

se

dirigió
al

príncipe:

63

- Este es el momento más penoso de toda
mi vida. Es necesario, príncipe, que yo le hable

a usted francamente y por encima de todas las

conveniencias sociales.

¿Quiere usted escu
charme?

- Le escucho a

usted -

contestó

el

príncipe.
Y

advirtiendo que

su

cuñado manifestaba

de

nuevo

la

intención

de

hablar,

le

dijo con tono

de
impaciencia:
- Pero cállate,

Kolia,

deja hablar!
Durante algunos instantes,

Yeltkov respiró tra bajosamente,

como

si

se

ahogase,

y

luego,

como
si

se

lanzase de una montaña

al

fondo de un abis

mo,

comenzó a

hablar

de

una manera apresura
da,

sin mover apenas los labios,

cuya mortal

pa.

lidez

no

había desaparecido.

- Es difícil,

príncipe,

dirigirle a

un hombre
unas palabras tan fuera

de

lo

usual como

...

“ Amo

a

sumujer

de

usted ”

.

Pero siete años

de

un amor

desesperado

...

ymuy correcto,me dan,me atrevo

a

decirlo,

cierto derecho.

Confieso que

alprincipio,
cuando Vera Nicolaievna era todavía soltera,

tuve
la

audacia

de

escribirle algunas cartas estúpidas,

y

hasta

de

esperar contestación.

Confieso también
que

mi

último acto,

el

envío del brazalete,

ha

sido

más estúpido aún.Pero

...

lemiro austed a

los ojos,
y

veo que me comprende usted

...

Siento que nun
ca

tendré fuerzas para dejar

de

amarla

...

Dígame
usted,

príncipe,

dígame francamente qué haría
usted para poner fin a

...

mi

sentimiento.

Usteri
podría,por ejemplo,

conseguir que me expulsaran

64

de la ciudad, como ha dicho Nicolás Nicolaievich;

pero eso no me impediría seguir amándola. US
ted podría meterme en la cárcel; pero desde allí también podría yo, de vez en cuando, darle mues tras de mi existencia. Como ve usted, esas medi das serían inútiles. Sólo queda un remedio: que yo desaparezca de la vida. Y yo estoy dispuesto a morir. Acepto la muerte en la forma que a us ted le plazca.
-- En vez de ir al grano - dijo Nicolás ponién
dose el sombrero—, estamos hablando de exquisi teces sentimentales. Y, sin embargo, la cuestión es bien clara: se le propone a usted el dilema de renunciar definitivamente a la persecución de la princesa, o atenerse a las consecuencias de su te
nacidad, dada nuestra posición, nuestras relacio
nes, etc., etc.
Yeltkov ni le miró siquiera, aunque oyó sus pa
labras. Dirigiéndose siempre al príncipe, pre
guntó:
-- ¿Me permite usted salir diez minutos? No
se lo oculto a usted: quiero hablar por teléfon)
con la princesa Vera Nicolaievna. Le prometo a
usted referirle nuestra conversación tan al detalle
como me sea posible.

-Vaya usted - dijo Chein.
Cuando el príncipe y su cuñado se quedaron so los, Nicolás, encolerizado, protestó:
- ¡Es imposible! ¡Es inadmisible! En lugar de
dejarme, como te he rogado, arreglar este asunto, entablas con este insensato un diálogo sentimen

65

cues

>

tal

,
le

permites que hable

de

su

amor

...

;Yo
hubiera terminado en dos palabras

la
tión!

- Espera -

dijo

el

príncipe- En seguida

va

a

aclararse todo.Yo sólo

te

puedo decir que

al

verle
ante

mí

,

al mirar

su

rostro,

no

dudo

unmomento
que este hombre

es

incapaz

dementir,

que este
hombre

es

sincero.

Y,

en

efecto,

Kolia,

hazte
cargo:

¿

tiene

él

laculpa

de

amar así?

¿

Se

puede
dominar un sentimiento

de

ese género?
Calló un instante y

añadió:

- Le compadezco con toda mi alma.

Advierto

que me hallo ante una profunda tragedia espiri tual que me inspira respeto.

- Decadencia pura!-dijo Nicolás.
Al cabo de diez minutos volvió Yeltkov.

Sus

ojos brillaban y

parecían aún más profundos;

se

diría que los inundaban lágrimas invisibles.

Se
veía que

el

joven había olvidado por completo las conveniencias y

no

ponía

ya

cuidado

en

sumodo
de

conducirse ante

la

gente.

El

príncipe com
prendió

su

estado

de

alma.
- Bueno,

estoy dispuesto -

dijo Yeltkov— Des demañana no oirá usted hablar más

demí.

Po
drá usted considerarme como muerto.

Suponga
mos que

he

cometido un delito;

por ejemplo:

un

desfalco,

que me obliga a

huír

de

la

ciudad.

Pero
pongo una condición

...

Lehablo a

usted,príncipe:
ATATE

pongo una sola condición:me permitirá usted

es
cribirle por última vez a

la

princesa Vera Nico
laievna.

14

Y

EDICIONES

EL BRAZALETE -E

66

- ¡No! ¡Hay que acabar de una vez para siem
pre!—gritó Nicolás—. ¡ Nada de cartas!
- Bueno, puede usted escribir - dijo el prínci
pe con dulzura.

-Se acabó, pues —manifestó Yeltkov con una sonrisa extraña-. No volverá usted a oír hablar
de mí, y, naturalmente, no volverá a verme. La
princesa Vera Nicolaievna no quería al pronto ha blar conmigo. Cuando le he preguntado si me per mitía quedarme en la ciudad para verla, aunque
fuera muy de tarde en tarde, sin importunarla,
como es natural, con mi presencia, me ha contes tado: "; Si supiera usted hasta qué punto me m lesta esta historia! Le ruego que la acabe lo mási pronto posible. ” Bueno, voy a acabarla. Me parece que he hecho cuanto he podido hacer

...

Por

la

noche,

de

vuelta

en

la

casa

de

campo,

el
príncipe Basilio Lvovich

le

contó a

sumujer to
dos los detalles de su entrevista con Yeltkcv.
Creía de su deber hacerlo.
Vera,

aunque muy turbada por

el

relato,no ma
nifestó asombro alguno.
Cuando,más tarde,

sumarido fué a

suhabita
ción,

contestó con un obstinado silencio a

todas
sus preguntas.

Luego,

de

pronto,

se

volvió hacia
la

pared y

dijo:
- Déjame.

Estoy segura

de

que ese hombre va amatarse.

67

XI

La princesa Vera Nicolaievna nunca leía pe. riódicos, porque le ensuciaban las manos y por
que su lenguaje le parecía demasiado obscuro y
casi no lo entendía.
Pero quiso el destino que abriera uno precisa mente por la plana donde se leía el siguiente

suelto:

“Muerte misteriosa. Ayer tarde, a las siete aproximadamente, puso

fin

a

sus días

el

telegra
fista

G.

S.

Yeltkov.

Su

trágica resolución,

según
explica en una carta,

obedeció a

una malversación
de

fondos del Estado.

"

Vera

se

quedó aterrada.
" Yo presentía —

pensó este

fin

trágico

...

¿Era

amor,

o

locura?

”

Se

pasó todo

el

día paseando por

el

jardín;

su
turbación creciente

no

le

permitía estarse quie
ta.

Pensaba sin cesar

en

aquel hombre descono cido,

a

quien nunca había visto

ni

vería

ya

nunca.

“

Acaso hayas encontrado

en

tu

camino

un

ver
dadero amor,

dispuesto a

todos los sacrificios ”

,

recordó que

le

había dicho

el

general Anasov.
Alas seis

de

latarde,

el

cartero dejó una carta para ella.

Vera reconoció en seguida

la

letra

de
Yeltkov.

Con una ternura que

la

sorprendió rom
pió

el

sobre.

He aquí

lo

que

le

escribía Yeltkov:

68

"No tengo yo la culpa, Vera Nicolaievna, de que Dios haya querido inspirarme como una feli
cidad inmensa el amor a usted. No sé por qué,
pero nada me interesa en la vida: ni la política,
ni la ciencia, ni la filosofía, ni la idea de hacer feliz a la humanidad. Así es que mi vida entera estaba reconcentrada en usted.
Advierto ahora que yo había entrado en su vida
de usted como una cuña aguda y molesta. Si pue
de usted, perdóneme. Hoy parto y no volveré nun ca, y nada ya la hablará a usted de mí.
Le estoy a usted infinitamente agradecido por el mero hecho de existir. He sondeado cuidadosa
mente mi alma, y puedo asegurar que no es una
locura, una idea fija lo que la turba, sino el amor
en que Dios la ha inflamado para hacerme feliz.
Harto se me alcanza que soy un ser ridículo a sus ojos de usted y a los de su hermano Nicolás Nicolaievich. Al partir, le doy a Dios ardientes gracias por todo.
Hace ocho años que la vi a usted en un palco
del circo, y en seguida me dije: La amo porque
no hay nada en el mundo que se le parezca y por
que es más bella que todas las demás criaturas del mundo. En ella se encarna toda la belleza de la tierra. ¿ Qué puedo hacer? ¿ Huir? ¿ Trasladarme a otra ciudad? No serviría de nada; mi corazón seguiría siempre lleno de usted, a sus plantas; tɔ dos los momentos de mi vida estarían ocupadɔs por su recuerdo de usted; mis pensamientos, mis sueños, estarían consagrados a usted.

69

Me hace enrojecer de vergüenza el estúpido en

vío del brazalete. Ha sido una grave inconvenien cia.

Me imagino

lo

que

se

habrán reído ustedes
cuando haya llegado

el

regalo.
Dentro

de

diez minutos parto;

sólo me queda

el

tiempo

de

ponerle

un

sobre a

esta carta y
echarla

al

buzón,

pues no quiero confiársela a

na

die.

Quémela usted.

Tengo

la

chimenea encendida,

y
estoy viendo quemarse

en

ella cuanto me

es

caro:

su

pañuelo

de

usted,

que - lo

confiesole
robé un día que

se

lo

dejó usted olvidado

en

una

silla

al

irse del Club;

lacartita

en

que me prohibía
usted escribirle,

y

que

yo

cubrí

de

besos locos;

el

programa que dejó usted caer

al

salir

de

la

expo
sión de Bellas Artes

...

Todo

se

acabó.

Todo

lo

he
echado

al

fuego.
Estoy casi seguro

de

que alguna vez

se

acor

dará usted

demí.

Si

,

en

efecto,

se

acuerda,

aun

que sea un instante,

tenga

la

bondad

de

tocar

la
sonata

de

Beethoven Son.

N.

2,

op.

2.

Sé

que
es

usted muy filarmónica y

que no falta a

ningún

concierto donde

se

interpreta a

Beethoven.
No

sé

cómo acabar esta carta.

De todo corazón
le

doy a

usted las gracias por haber sido mi única alegría,

mi

único consuelo,

mi

única fuente
de

felicidad.

Que Dios

se

la

dé

austed muy gran

de

sobre

latierra,

y

que nada mezquino

ni

efíme
ro turbe su hermosa alma. Le besa a

usted las manos,
G.

S.

Y. "

70

Vera entró en el cuarto de su marido, con los ojos rojos de llanto, y después de enseñarle la carta le dijo:
- No quiero ocultarte nada: siento que algo te
rrible ha entrado en nuestra vida. Tú y Nicolás debéis de haber cometido algún error en vuestra entrevista con este desgraciado

...

El

príncipe leyó atentamente

la

carta,

la

dobló
con cuidado,

y,

tras un largo silencio,

dijo:
- No me cabe duda

de

que este hombre era sincero.

- ¿Ha muerto?—preguntó Vera.
-Sí,

hamuerto.

Estoy seguro

de

que

te

amaba
con un verdadero amor.

No era un loco.

Cuando
estuve en

su

casa pude estudiar

su

rostro,

sus

gestos,

sus movimientos,

y

adquirí

la

convicción

de

que estaba

en

ti

toda

su

vida.Me parecía asis tir a

un

terrible drama,

no

soportable por

unhom

bre.

Casi me parecía verle

ya muerto.

Yo

no

sa

bía qué decirle

ni

qué hacer

...

-Oye,

querido -le

interrumpió Vera—,

si

me
lo

permites,

iré a

laciudad a

verle.

-Te

lo

ruego,Vera.

-

XII

Vera Nicolaievna dejó

su

coche en una calle

próxima a

aquella

en

que vivía Yeltkov.
Como sabía

la

dirección,

encontró con facilidad
su

alojamiento.

71

La mujer gruesa y enferma le abrió la puerta y preguntó:

- ¿A quién busca usted, señora?
-Al señor Yeltkov.
La “ toilette ” de Vera y su tono un poco impe rioso debieron de impresionar a la mujer, que

con
testó:

-Tenga usted

labondad

de

entrar.

La primera
puerta a

la

izquierda.

¡ Pobre desgraciado!

Qué
fin

tan trágico!

Y

la

desgracia que

le

había ocul
rrido era reparable:

había malversado fondos del Estado;

pero eso

no

valía

la

pena

de

que

se

sui
cidase.

Debía habérmelo dicho.

Aunque no soy
rica y

sólo vivo

de

lo

que me pagan mis huéspe

des,

sin embargo

...

,

siempre hubiera podido en
contrar seiscientos a

setecientos rublos para que él

llenase

la

laguna

...

¡

Si

supiera usted qué bueno

era!

Llevaba ocho años

en

casa,

y

yo

le

conside
raba como mi propio hijo

...

Vera

se

sentó

en

una silla que había

en

el

re
cibidor.

- Su difunto huésped era amigo mío —dijom,
Cuénteme algo

de

él

,

de

sus últimos días,

de

sus

últimas palabras

...

- Mire usted,

señora:

ayer tarde vinieron dos caballeros

...

Tuvieron con

él

una larga conversa ción.Me dijo que

le

ofrecían

la

plaza

de

gerente
de

una gran empresa;

salió a

hablar por teléfono

y

volvió muy contento.

Cuando

se

fueron los dos
señores,

se

puso a

escribir una carta y

fué a
echarla después

al

correo.

Alos pocos minutos

de

�

72

4

su vuelta, oímos algo como el disparo de un ra vólver de juguete y no hicimos caso. A las siete
de la tarde tomaba siempre el te. La doncella que
se lo llevaba llamó a la puerta, y viendo que no contestaban, nos asustamos atrozmente. Descerra

jada la puerta, lo encontramos muerto

...

-

Cuénteme usted algo del brazalete!-supli
có Vera.

- ¡Ah,

sí

,

seme había olvidado!

¿Cómo

lo

sabe
usted?

...

Antes de escribir

la

carta entró en mi cuarto y

me preguntó:

“

¿ Es usted católica?

”
“

Sí

”

,
le

dije.

“ Entonces continuó —muy bien:us
tedes los católicos tienen

la

buena costumbre de
engalanar

la

imagen

de

la

Santísima Virgen con sortijas,

collares y

toda clase

de

joyas.

Hágame

usted

lamerced

de

ponerle este brazalete.

" Na

turalmente,

se

lo

prometí.
-Yo quisiera verle.

¿ Sería posible?--pregun
tóVera.
— ¿Por qué

no

?

Por aquí,

la

primera puerta a la

izquierda.

Querían llevarse

elcuerpo a

la

clí
nica para hacerle

la

autopsia;

pero

su

hermano

se

ha

opuesto

...

Tenga

la

bondad

de

pasar.
Vera hizo acopio

de

toda

su

presencia

de

áni
mo y

abrió

la

puerta.
En

la

habitación olía a

incienso.

Había tres
velas encendidas.En medio,

sobre una mesa,yacía Yeltkov.

Su cabeza descansaba

en

una almohadi
ta

muy baja.

Había algo solemne

en

sus ojos

cerrados.

Sus labios apretados conservaban una sonrisa feliz y

tranquila,

como

si

hubiera descu

73

bierto al morir un misterio profundo y dulce que aclarase toda su vida. Vera había visto la misma expresión de paz y de dicha en las mascarillas de Puckiny, de Napoleón.
- ¿Quiere usted que la deje sola? —preguntó la buena mujer en voz baja.
- Sí

...

Luego

la

llamaré a

usted

...
Cuando

se

quedó sola,

Vera sacó del bolsillo de

su

corpiño una gran rosa roja;

levantó

un

poco
la

cabeza del cadáver y

colocó

la

flor debajo.
En aquel instante comprendió que

el

amor ver
dadero,

ideal con que sueñan todas las mujeres,
estaba sepultado

en

el

fondo

de

aquel corazón
muerto.

Y

se

acordó

de

las palabras del viejo general Anosov,

que

le

hablaba

de

un

amor únic),
sublime,

dispuesto a

todos los sacrificios.

Apartando con ambas manos los cabellos

de

la
frente del muerto,

oprimió sus sienes y

le

dió

en

la

frente fría y

húmeda un cariñoso beso. Cuando

se

marchaba,

le

dijo

la

buena mu

jer:
-Veo que

ha

sentido usted sinceramente

la
muerte del infeliz.

Mire usted,

el

señor Yeltkov,
poco antes

de

su

suicidio,me dijo:

“

Si

yo me mu
riese — lo

que

lepuede suceder a

todo

el mundo,
y

una señora viniese a

verme,

dígale usted que lamejor obra

de

Beethoven

es

... ”

Se

registró

el

bolsillo y

sacó

un

papelito.

-Aquí está

...

Me

lo

apuntó

ex

profeso

...

Mire
usted.

-A ver...-dijo Vera alargando

lamano.

74

Pero las fuerzas le faltaron de pronto y se dejó caer en la silla llorando.

- Le pido a usted perdón

...

¡ Es tan doloroso!
Tengo

el

corazón oprimido

...

Y

al

través

de

las lágrimas,

laprincesa leyó
las palabras siguientes:

“

L.

van Beethoven.

Son.

N.

2,

op.

2.

Largo apassionato.

"

XIII

Vera Nicolaievna volvió a

su

casa muy tarde,

y

se

alegró mucho

de

que

ni

sumarido

ni

suher

mano

se

encontrasen allí.

Quien

la

esperaba era
la

pianista Yenay Reiter.

Turbada,

conmovida,
Vera corrió hacia ella,

ybesando sus bellas ylar gas manos,

exclamó:

-
Querida Yenny,

toca algo!
Y

en

seguida salió

al

jardín y

se

sentó

en

un

banco,muy cerca

de

la

ventana abierta para es
cuchar

lamúsica.

- ¿Qué quieres que toque?-preguntó Yenny.
- La sonata de Beethoven

N.

2,

op

.
2.

Largo
apassionato.
Un instante después resonaban

en

el

jardín los
acordes admirables,

únicos por

su

profundidad.
Conmovidísima,

Vera escuchaba,

con los ojos
cerrados.

Le

parecía que los sones dulces y

emr
cionantes

de

aquella sonata contaban

la

historia
de

una vida gustosamente sacrificada

en

aras del
amor,

sin una queja,

sin un reproche.Hasta

le

pa
recía oír las palabras que los acompañaban:

75

“ No temo a los sufrimientos ni a la muerte, y
antes de morir canto tu gloria, hermosa mía. Recuerdo cada uno de tus movimientos, recuer do tu voz, tu sonrisa, y esas añoranzas son dulces cual la puesta de sol de una tarde de mayo. Mas
no quiero que sufras, y me voy de la vida. Dios
lo quiere así.
En mi último instante, a ti vuelan todas mis

plegarias. La vida podría ser bella para mí, pero
es preciso que me vaya.

; Cállate, pobre corazón,
es preciso!
Cuantos te veían admiraban tu belleza, y yo te adoraba como a mi sol, como a la más hermosa estrella de mi cielo. Pero es preciso que me vaya, que deje de turbar tu vida.
El tiempo pasa. Ya es hora. ¡Muero, pero an tes de morir canto tu gloria, hermosa! He aquí la muerte. Llega. Con mis últimas fuerzas, con mi último aliento bendigo tu nombre. ¡Gloria, glo ria a ti!”
Vera abrazó el tronco de la acacia bajo cuya fronda estaba sentada, y empezó a llorar dulce mente. El árbol se movía de un modo suave. Un viento acariciante, como apiadado del hondo dolor, agitaba las hojas. El olor de las flores se hizo más intenso. Y los acordes admirables siguieron resonando en el aire vesperal, acompañados —tal
se le antojaba a la princesa - de nuevas palabras
de amor

...

“ Cálmate,

querida.

Piensas

en

mí

,

¿verdad?

Tú
eres mi única,mi última pasión.

Cálmate,

no

llo

76

res más. Estoy contigo. Acuérdate de mí y estaré contigo, pues nos hemos amado durante un ins tante muy corto, pero que supera a la eternidad ¿ Piensas en mí? ¿ Piensas en mí? Percibo tu llanto, y tus lágrimas ponen una dulzura en mi reposo eterno

...

"

Yenny Reiter acabó

de

tocar;

salió

al

jardín
y

se

acercó aVera.
--¿Qué

te

pasa?-le preguntó

al

verla llorar.
Y

Vera,

con los ojos brillantes

de

lágrimas,
empezó a

besar febrilmente

el

rostro,

los labios

y

los ojos

de

Yenny,

diciendo:
Gracias aDios!

Ya estoy tranquila

...

¡ Me ha
perdonado!

...

EL MAREO

I

El mar, en la bahía, era de un color verde su cio

;

pero

lalengua

detierra que

sedivisaba

en

el

horizonte parecía

de

un violeta pálido.

En

el mue

lleolía a

pescado y

a

brea.
Eran las seis de

la

tarde.

Había ya sonado por tercera vez

la

campana

en
el

puente del barco.

Aulló

la

sirena,

al

principio
con voz acatarrada,

algunos instantes después con

una voz

debajo tan formidable que todo

el

barco

parecía sacudido hasta

el

fondo.

Y

el

terrible au
llido no cesaba.

Las mujeres que había sobre

cu
bierta

se

tapaban,

riendo,

las orejas,

y

bajaban
la

cabeza;

no

se

oía una palabra,

por más que
la

gente

se

desgañitaba.

Y

cuando

la

sirena en
mudeció por

fin

,

todos experimentaron un gran alivio.

Reinabà entre los viajeros

la

alegre agita
ción que suele preceder a

la

salida

de

un

barco.

- Bueno,

feliz viaje,

compañera Elena!-dijo Vasiutinsky Van a

quitar

en

seguida

la

esca
lera.

Tengo que bajar.

- ¡Hasta

la

vista,

querido!-dijo

la

señora Tra

78

vin estrechándole la mano—. ¡Gracias por todo! ¡He sido tan feliz en su compañía de usted y de
sus amigos!...

Me sentía más joven

...

-Gracias a

usted también,

querida.

Usted nos
ha reanimado un poco.

Somos teorizantes,

traga
dores

de

libros,

y

usted nos ha reavivado,

nos ha
sacudido.

Y

Vasiutinsky estrechó

lamano

de

la

viajera
con tal fuerza que

le

hizo daño

en

los dedos.

- En cuanto

al

mareo,

no tenga usted cuida
do

-

añadió.

Sólo cerca de Taranjut está un poch
picado

el mar;

lomejor será que

se

acueste usted,

y

no

le

sucederá nada

...

Salude

de

mi parte a
su

esposo ymaestro.Dígale que todos esperamos con impaciencia

su

folleto.

Si

no

puede publi
carlo aquí,

lo

publicaremos

en

el

extranjero

...

Se

aburre usted sin

él

,

¿

verdad?
Sin soltar

la

mano

de

Elena,

lamiraba cari
ñosamente a

los ojos.
Ella se sonrió.

- Sí.Un poquito.
- Me

lo

figuraba.

Hace diez días que

no

lo

ve
usted,

y

eso

es

grave.

Bueno,

" addio,mi carissimo amico "

.
Saludos a

todos nuestros amigos

de

Yal
ta

...

¡ Es usted una mujercita

de

arrestos!

¡ Pala
bra

de

honor!

Hasta

la

vista.
Vasiutinsky bajó del barco y

se

colocó frente
al

sitio

en

que

se

hallaba Elena,

la

cual

se

apoyo
en

la

barandilla.

El

viento agitaba

su

pelerina
gris.

De elevada estatura,

extremadamente delga
do,

con

su

aguda perilla y

sus largos cabellos gri

79

sáceos sacudidos por la brisa; con su sombrero
de anchas alas, y su rostro benigno, a la vez que cómicamente belicoso, parecía un Don Quijote vestido a la usanza de hace cincuenta años.

Elena le miraba. Aquel hombre, dotado de un corazón de oro, puro como un niño, que había pa

sado largos años deportado en la Siberia, y que,
a pesar de todos sus sufrimientos, permanecía in
quebrantablemente fiel a sus ideales, conservando
una esperanza ardiente en la próxima emancipa
ción del pueblo, le inspiraba una gran simpatía. Ejercía una enorme influencia sobre la juventud. El los había atraído a ella y a su esposo a la
causa revolucionaria.
Sonriéndole desde lo alto del puente, Elena la mentaba no haberle besado la mano y no haberle
llamado “ querido maestro ".
El embarque de los baúles, las maletas y demás
bultos terminó por

fin

.

- ¡Todo está a

punto!-gritó abajo una voz.
-

; Quitad

la

escalera!

—respondió otra
arriba.

La sirena silbó por última vez.
Unos marineros con blusas azules levantaron

la
escalera

en

hombros y

la

dejaron a

un lado.

Et
agua comenzó a

bullir bajo

el

barco.

Una muchachita harapienta y

con

la

cara sucis
se

paseaba a

lo

largo del muelle con un cesto

de

flores.

- ¿Quién quiere flores?-gritaba a

cada ins.
tante.

VOZ

80

4

Vasiutinsky compró un ramito de violetas mien
dio mustias y lo lanzó a la cubierta. El ramito,
antes de caer a los pies de Elena, tropezó en el
sombrero de un señor fornido y anciano, que se
apresuró a excusarse, como si él hubiera tenido
la culpa.
Elena recogió el ramito, y, mirando con una
.sonrisa amistosa a Vasiutinsky, se llevó a los la
bios las violetas.
Mientras tanto, el barco, obediente a las voces de mando y a los silbidos, se apartaba poco a poco de la orilla, lanzando por sus agujeros inferiores chorros de agua espumosa. Como una enorme bes tia mansa, consciente de inmensa fuerza y teme rosa de hacer daño, avanzaba con precauciones, eligiendo, cuidadoso, el camino.
Elena no perdió de vista, durante largo rato, a Vasiutinsky, casi un palmo más alto que los demás hombres estacionados en el muelle. El ag: taba su sombrero de bandido, y ella le respondía agitando su pañuelo. Pero poco a poco las perso nas que había en el muelle se fueron confundien
do en una masa vaga, sobre la que se agitaban,
como un enjambre de mariposas multicolores, pa
ñuelos, sombreros, paraguas.

II

Era por Navidad, y el barco iba llenísimo. Toda la popa, todos los pasadizos del puente y todos íos camarotes estaban atestados de gente. En los

81

corredores, en

los

divanes,

en

los bancos,

se

amon

tonaban hombres,maletas,

ropas.

Se

oían por

to
das partes gritos

deniños.

Los camareros aumen taban

la

batahola corriendo

en

todas direcciones

sin ninguna necesidad.

Las mujeres,

como acos
tumbran a

hacer siempre

en

los sitios públicos,
se

paraban a

comadrear precisamente donde

no
había espacio,

es

decir,

junto a

las puertas,

en

los
pasadizos y

en

los corredores estrechos,

dificul
tando

el movimiento

de

un modo terrible y

obs
truyendo

el

paso a

todo

el

mundo.
Parecía imposible que

se

acomodase

en

el

barco

toda aquella muchedumbre

de

hombres,

mujeres

y

niños.

Pero poco a

poco todo

se

arregló,

se

re

dujo,

se

ordenó,

y

cuando

el

barco,

enmedio

de

la
bahía,

empezó descuidadamente amarchar a

todo
vapor,

había

ya

bastante espacio libre sobre

el
puente.
La señora

deTravin,

de

pie

en

la

popa,miraba
hacia atrás,

hacia

laciudad,

que

se

alzaba,

en

an
fiteatro blanco,

sobre las montañas,

y

parecía

co
ronada por un bosquecillo

de

finas columnas.

Se
distinguía sin dificultad

la

línea donde terminaba

el

agua verde -sucio

de

labahía y

empezaba

el mar
hondo y

azul.
Más allá,

cerca

de

laorilla,

como un bosque des pojado

de

hojas,

erguíase un conjunto

de

chime

neas yde mástiles. El mar estaba un poco agitado.

Bajo

lahélice,
el

agua parecía leche;

detrás del barco

se

veía,

en
medio

de

laazul anchura del mar,

una angosta

EL BRAZALETE *

3-
RE

13
2810 -S.

11A

TEDE

82

senda verdosa y espumante. Las blancas gaviotas, agitando pesadamente las alas, volaban al encuen tro del buque.
Elena no había tenido tiempo de comer antes de partir y pensaba comer a bordo. Pero de repente notó que había perdido el apetito. Entonces bajó al camarote y le pidió una cama a la doncella. Pero ya no quedaba ni una cama libre. Aunque, ruboro
sa, confusa, sacó del portamonedas un rublo, la
doncella se negó a tomarlo.

- Si dependiese de mí, señorita - dijo la sir
vierta–, yo tendría mucho gusto en complacer a usted; pero no hay sitio. Le he cedido a una se ñora mi propia cama. Espero que en Sebastopol
se desocupará alguna.
Elena volvió a subir a cubierta. El fuerte vien.
to le ceñía la falda a las piernas y la obligaba
a inclinarse a cada instante y a sujetarse el son: brero con la mano.
Un viejo marinero de nariz roja colgaba a la derecha del puente un instrumento cilíndrico con
un cuadrante y una aguja.

-¿Qué es eso?-le preguntó Elena.
- Un instrumento para medir la velocidad del
barco, señorita — explicó el marinero.
Elena llevaba ya dos años casada; pero la gente seguía llamándola casi siempre " señorita ”. Aun que esto la halagaba, a veces la ponía de mal
humor.

Parecía, en efecto, una muchacha de diez y ocho años, con su fino talle flexible, su pecho poco

83

desarrollado y sus caderas estrechas. Iba, además,
vestida como una muchacha. Una faldita, una blusa inglesa y'un sencillo sombrero de paja con una cintita de terciopelo.

El segundo de a bordo, un joven grueso, de hombros y pecho muy anchos, de cabellos negros, que vestía una guerrera blanca con botones do rados, inspeccionaba los billetes. Elena había re parado ya en él al subir por primera vez al barco. Estaba en pie junto a la escalera por donde

sui
bía

el

público.

Al

otro lado

se

encontraba otro
empleado,un alumno

de

laEscuela marítima,

fino,
ágil y

esbelto,

con

su

blusa

demarinero,

vivo
como un mono joven.Ambos seguían con

lamira
da

a

cuantas mujeres subían,

y

cambiaban risi

tas,

palabras

de

doble sentido ymuecas.
Elena

se

había fijado

en

la

escena.

Los rostros
orientales,

bellos y

sensuales como

el

del segun
do

de

a

bordo

le

inspiraban honda repugnancia. El

oficial debía

de

ser griego;

sus labios carno

sos,

que parecían

no

cerrarse nunca;

su

barbilla
rasurada,

sus finos bigotes pretenciosos,

sus ojos
negros,

semejantes a

granos

de

café tostado,

con

su

expresión siempre amorosa y

estúpida,

le

eran

sumamente antipáticos.
Cuando llegó a

lo

alto

de

la

escalera,

él

y

una

mujer con un gran envoltorio

en

lamano

le

obs

truyeron

el

paso.

El

segundo

de

a

bordo

lamiró
de

un modo insolente y

provocativo,

sin dejarla
pasar.

Ella

le

dirigió una mirada indiferente y dijo,como

si

le

hablase a

un criado inoportuno:

84

- Déjeme usted pasar.
Y observó con placer la expresión de susto y de confusión de su rostro. Inmediatamente, el oficial, con un apresuramiento un poco ridículo,
se apartó.
Inspeccionando ahora los billetes se acercó a
ella. Al devolverle el billete que ella le tendió,
le rozó los dedos con su mano ardorosa y, diri
giendo una mirada rápida a su anillo de boda,
le preguntó, con una sonrisa maligna, tratando
de poner en su acento cierta mundanidad:
- Perdón, señora

...

įviaja usted con

su

esposo?

- No.

Voy sola —

respondió ella,

volviendo
otro lado

la

cabeza y

poniéndose amirar

al mar.
Pero

en

aquel momento sintió un ligero vérti
go.

Le

pareció que

el

puente vacilaba bajo sus
pies y

que

su

propio cuerpo perdía gran parte de
su

peso.

Se sentó en

el

extremo de un banco.

Se

veía apenas

laciudad entre

laniebla dorada
del sol poniente.

Era difícil distinguir sus con

tornos sobre

lamontaña.

A

la

izquierda,

la

playa

arenosa,

baja,

ligeramente sonrosada,

se

confun
día con

el mar.

a

III

El

segundo

de

a

bordo pasaba a

cada instante
por delante

de

Elena

en

compañía

de

otro marino
que vestía,

como

él

,

una guerrera blanca con

bo
tones dorados.

Aunque

no

le

miraba,

la

viajera
advertía que

se

pavoneaba,

se

acariciaba con co

85

>

quetería el bigote y clavaba en ella, insolente,
sus ojos negros de carnero. Una vez le oyó decir,
dirigiéndose a su camarada:

- ¡Vaya una mujer!
Sin duda ninguna, lo. dijo para que ella lo
oyese.

-; Sí, una mujer magnífica!-contestó el otro.
Ella se levantó con ánimo de pasar a la otra
banda; pero las piernas no la obedecían. El puer: te vacilaba de tal modo bajo sus pies, que se veía
forzada a caminar haciendo eses. Hasta entonces
no había advertido que estaba muy picado el
mar. Con mucho trabajo llegó a un banco de la banda opuesta y se dejó caer en él.
Las tinieblas, a poco, lo envolvieron todo. En lo alto del mástil se encendió una luz eléctrica amarillenta. Inmediatamente después se encen
dieron las bombillas de todo el barco. Las clara
boyas del salón de primera clase y del fumade
ro resplandecían alegremente.
Bajó la temperatura. Un viento muy fuerte azo taba la banda donde estaba sentada Elena. Sal
picaduras de agua salada le azotaban a veces el
rostro y mojaban sus labios; pero se encontra
ba sin fuerzas para levantarse.
Experimentaba una sensación penosa, doloro sa, en el pecho, en el vientre; su frente se cubría
de gotas de frío sudor, y su boca se llenaba de
una saliva amarga.
Un extremo del puente se elevaba con gran len
titud, permanecía un segundo en alto, vacilan

86

do, empezaba a bajar de pronto de un modo muy rápido, y, terminado su descenso, empezaba de nuevo a elevarse. Parecía que el barco respiraba
pesadamente como un monstruo. Al vaivén de sus
movimientos, Elena se sentía, ora pesadísima y como clavada en el banco, ora ingrávida e inesta ble sobremanera. Aquellos cambios le preducían
sufrimientos que no había experimentado en su
vida.

La ciudad y la costa habían desaparecido ha
cía tiempo. La vista podía recorrer, sin encon trar ningún obstáculo, la circunferencia del hori zonte. A lo lejos el mar estaba cubierto como de
borreguitos blancos; junto al barco se abrían an
chos agujeros en el agua, sobre la que blanquea. ba una espuma espesa.
- ¡Perdón, señora! — oyó decir, de pronto,
Elena.
Alzó los ojos y vió junto a ella al segundo de a bordo, que la miraba con ojos acariciadores, inflamados por el deseo, y decía:
- Permítame, señora, que le dé un consejo:
no mire usted abajo; eso produce vértigos. Es mejor mirar a lo alto y a un punto fijo, por ejem plo, una estrella. Pero lo más conveniente sería que se acostase usted.
- Gracias, no necesito nada - respondió ella,
volviendo la cabeza a otro lado.
Mas él no se iba y seguía diciendo, con la voz
halagadora y tierna de un hombre acostumbr.2
do a conquistar los corazones femeninos:

-

87

- Le pido mil perdones, señora, por haberme
atrevido a acercarme a usted sin tener el honor de conocerla; pero me parece que he tenido ya

el gusto de encontrarla en otra ocasión. ¿ No hizo
usted, señora, el verano pasado un viaje con nos
otros a Odesa? ¿ Me permite usted, señora, sen
tarme un poco?
Elena se levantó sin mirarle.

- Escuche usted - dijo. Se lo prevengo; si se
atreve usted otra vez a ofrecerme sus servicius
o sus consejos, le telegrafiaré, en cuanto llegue
a Sbastopol, a Basilio Eduardovich para que le eche a usted en seguida de esta Compañía marí
tima. ¿ Estamos?

Había dicho el primer nombre que se le ha bía ocurrido; no conocía a ningún Basilio Eduar dovich. Era una vieja treta muy graciosa, que ha bía ya salvado a uno de sus amigos de la perse cución de un espía, y que entonces le dió un re sultado prodigioso. Creyendo que aquel falso Basilio Eduardovich era algún alto personaje con bastante influencia para hacerle perder su em pleo, el griego se levantó apresuradamente y se quitó la gorra. A la luz de la luna, Elena le vió turbadísimo y muy colorado.

- En nombre de Dios —balbuceo. el marino,
no crea usted, señora

...

palabra

de

honor,

no

ha
sido mi intención

...

Pero

en

aquel instante,

de

una manera súbita, el

barco

se

inclinó hacia un lado.

Elena,

de

se
guro

se

hubiera caído

si

el

segundo

de

a

bordo

88

no la hubiera sostenido, cogiéndola por la cin
tura sin malicia alguna. Ella dijo con tono más
suave:

- Muchas gracias, pero déjeme usted

... Me ent

cuentro mal. El

marino

le

hizo un saludo militar,

tocándo
se

con los dedos

la

gorra. --

Asus órdenes,

señora -se!

despidió.
Y

se

alejó a

toda prisa.
Elena,

acomodándose mejor

en

el

banco,

apoyo
los brazos

en

la

balaustrada,

y

en

ellos

la

frento,

y

cerró los ojos.

El

griego,

que acababa

de

de
jarla tranquila,

no

le

parecía

ya

peligroso.

Lo
consideraba

un

cobarde,miserable y

ridículo.

Luego,

de

repente,

sin ninguna razón lógica,

se
acordo

de

una canción frívola que

le

gustaba can
tar a

su

hermano.

Después empezó a

pensar

en
Vasiutinsky y

sus amigos y

en

sumarido,

en

el

trabajo que ella hacía para

él

en

una máquina
de escribir.
Trataba

de

imaginarse

lo

feliz que sería

al
volver a

verle,

después

de

la

ausencia;

pero

to
dos sus pensamientos resbalaban por

la

super
ficie

de

su

cerebro,

parecían incoloros,

leja
nos,

indiferentes y

no conmovían

el

corazón.

Su

cuerpo estaba quebrantado y

se

sentía débil,

comio

después

de

un síncope.Un sudor frío

lacubría

de
pies a

cabeza.

Tenía las manos húmedas y

conio

de

algodón.

Temía un nuevo desvanecimiento.
De pronto todo

se

nubló ante sus ojos;

sintió en
la

garganta un cosquilleo extraño;

su

corazón

en

89

pezó a palpitar con furia y le pareció hundirse, hundirse

...

Apenas tuvo tiempo

de

ponerse

en

pie
y

de

inclinarse por encima

de

la

balaustrada

...

IV

Se sintió aliviada unos instantes.
- Sería mejor,

señora,

que anduviese usted

un
poquito -le

dijo,

compasivo,

el

señor anciano

en
cuyo sombrero habían tropezado las violetas

de
Vasiutinsky.
Estaba sentado

en

un

banco vecino yhabía vis
to

todo

lo

que

le

había sucedido.
- Pasee usted

un

poco

al

aire,

tratando

de

res

pirar con menos frecuencia,

pero con más fuerza. Eso es bueno.
Pero ella sacudió negativamente

la

cabeza,

y,

apoyando

de

nuevo

la

frente

en

la

balaustrada,
cerró los ojos.
Se durmió.

Su sueño duró cerca de dos horas,

y

la

sacó

de

él

una ola que

lamojó toda.
Ya era noche cerrada,

una noche negra,

nubo
sa,

sin luna.

El

viento soplaba con violencia.

El
barco era fuertemente sacudido por todos lados. Una lluvia menuda caía sin cesar.

El

puente

es
taba desierto.

Sólo

en

los lugares protegidos con tra

lalluvia

seveían viajeros acostados. A

laizquierda,

en

el

espacio inmenso e

impene
trable

de

la

noche,

donde

ya

parecía rematado

el mundo,

se

encendió

de

repente

la

clara luz

de

90

un faro. Aquella luz aperecía y desaparecía con
intervalos regulares. Elena sintió en su corazón
una vaga ternura.

- Dios sabe dónde, en el desierto, en un cabo
aislado - pensó—, en medio de la noche negra y de la tempestad, hay un hombre en vela, que cuida de ese faro y su luz. Quizá en este instan te, mientras yo pienso en él, piense él, a su vez,
en los seres perdidos en el mar, a bordo de un
barco desconocido, al que el faro indica el camino. Recordó su extravío en la estepa, en compu ñía de su esposo, el invierno anterior. Volvían de la estación, de noche, en medio de una horrible
tempestad de nieve. El cochero, un muchacho de
catorce años, se desvió del camino, entre las mon
tañas de nieve, y empezaron a vagar, perdidos,
desesperados, sin saber qué hacer. Tras ellos, ante ellos, a derecha e izquierda, la noche blancuzca no

dejaba ver otra cosa que la nieve y el cielo gris. A veces se caía el caballo, rendido de fatiga, y los tres se esforzaban, hundidos en la nieve hasta las rodillas, en levantar a la pobre bestia. A ella
se le helaron casi por completo las piernas y
comenzó a perder la sensibilidad.
La invadió una negra desesperación. Su mari
do guardaba silencio, temeroso de descubrir su
inquietud. El cochero, muy abatido, ni siquiera trataba ya de encontrar el camino.
De pronto grito alegremente:
-; Un hito!
Elena, al principio, no comprendió; no había

91

estado nunca en el campo, del que no conocía

nada. Pero cuando vió una gran rama de pino que surgía de la nieve y divisó otra a alguna dis tancia y le explicaron que los campesinos marca
ban con aquellas ramas el camino, sintió en su
corazón una ola cálida de ternura y agradeci miento. Alguien, a quien, probablemente, no ve ría en la vida, se había tomado el trabajo de plan
tar a ambos lados del camino aquellos faros pri
mitivos, lo cual era conmovedor, aunque lo hubie ra hecho sin pensar en los viajeros extraviados. Acaso el torrero no pensase tampoco en la grati tud de la viajera sentada en el puente del barco y con los ojos fijos en el faro lejano.
Mirando aquel punto luminoso en medio del
mar negro y turbado, pensaba con admiración en
los grandes actos de sacrificio, en las nobles ideas que agitan a la humanidad, en los libros inmor
tales legados a la posteridad por sus autores.
¿ No eran tales actos, tales ideas y tales libros
hitos plantados a lo largo del camino misterioso
por donde avanza el género humano?
El viejo marinero de nariz encarnada que Ele
na conocía ya, envuelto en un gabán amarillo de
tela encerada, con un capuchón que le cubría la cabeza, pasó presuroso por el puente, alumbrán dose con una linternita. Reconoció a Elena y se detuvo ante ella.

- ¿No duerme usted, señorita? ¿ Está ustad
mareada? Este sitio es muy malo. Cerca de Ta ranjut hay marejada siempre.

92

- ¿Por qué?

-A un lado está al cabo, al otro hay enormes
rocas, y el agua no está tranquila nunca. El paso, además, es muy estrecho

...

Ocurren muchas des
gracias

en

este sitio.

Precisamente aquí,

por don
de

pasamos ahora,

zozobró hace poco

el

“ Vladi
mir "

,

despu de chocar con

el

“ Colombie ”

.

La
profundidad

es

aquí

de

ochocientos metros.

Se oyó un silbido arriba,

en

el

camarote del ca

pitán.

El

viejo marinero echó a

correr,

no

sin an
tes decir precipitadamente: -Veo,

señorita,

que

se

encuentra usted mal.
Chupe usted un poco

delimón;

eso

le

sentará bien.
Elena

se

levantó con trabajo y

comenzó a

an
dar por

el

puente,

apoyándose

en

la

balaustrada

y

en

los asideros

delas puertas.

Llegó así

al

puen
te

de

tercera clase,

en

el

que por todas partes,
en

los pasadizos,

sobre

el

toldo,

sobre los cajones
y

los fardos,

había acostados,

casi amontonados
unos sobre otros,

numerosos viajeros,

hombres,
mujeres,

niños.

Cuando

la

luz eléctrica alumbra
ba un momento sus rostros.

Elena los veía ama rillos y

advertía

en

ellos las huellas

de

los sufri
mientos producidos por

el mareo.

Siguió andando.
En

la

proa,

tras

un

tabique

de

madera,

había
unos caballitos muy gentiles,

con

la

cola cortada;
se

les

transportaba a

un

circo

de

Sebastopol.

Los
inteligentes animales sufrían también

el

mareo

ymiraban con ojos

de

espanto las olas amena zadoras.
Elena bajó luego a

los camarotes de segunda,

93

donde todos los sitios estaban ocupados. Hasta sobre los bancos del comedor yacían, vestidas, pobres gentes que gemían de dolor. El mareo las
había nivelado y les hacía olvidar todas las con

veniencias. A veces, la pierna de un mercader ju
dío, calzada con una bota vieja, casi tocaba la
cabeza de una hermosa mujer, elegantemente ves
tida.
La pesada atmósfera de los camarotes cerrados
olía tan mal que Elena casi tuvo náuseas y se apresuró a subir al puente de nuevo.
El mar estaba más agitado aún. Cuando la proa, detenida un momento en lo alto de una
enorme ola, descendía de pronto con rapidez ver
tiginosa, Elena oía bullir alrededor las ondas en crespadas.
Se encontró de nuevo muy mal. Círculos verdes
danzaban ante sus ojos y lo veía todo como al
través de espesa niebla. De nuevo su frente se
cubrió de sudor frío y estaba a punto de desva
necerse. Se inclinó por encima de la balaustra la esperando un alivio; pero la visión de las olas
embravecidas acrecentó su vértigo.
Sufría tanto que hubiera querido morirse en seguida, en el acto, no experimentar más aquella
sersación de angustia que le subía a la gargar
ta. Hubiera podido tirarse al agua por la borda;
pero su voluntad estaba paralizada por completo
y no se sentía capaz del menor movimiento.

94

V

De nuevo se aproximó a ella el segundo de a
bordo. Se detuvo respetuosamente a cierta dis
tancia, con las piernas separadas, para conservar
el equilibrio y balanceando el cuerpo para rn
caerse.

- Por Dios, señora - dijo-, no se enfade us ted

,

no

interprete mal mis palabras.

Lamento.n
finito que

no

haya comprendido usted mis inten ciones,

cuando

le

hablé antes.

Acaso me expresara
mal;

pero

le

juro a

usted,

señora,

que sólo me
anima

el

deseo

de

serle a

usted útil.

No puedo
verla sufrir así.

Le suplico que no me desaire

...

Hasta mañana estoy

de

guardia,

ymi camarote
queda completamente libre.

Está a

su

disposi
ción.

Encontrará usted en

él

sábanas limpias y todo cuanto necesite

...

Le enviaré a

la

camarera

...

Permítame,

señora,

ayudarla

...

Ella

no

contestaba;

pero

la

idea

de

poder ten
derse

en

una cama confortable y

de

estar acos
tada tranquilamente,

aunque sólo fuera media hora,

la

encantaba.

No veía nada malo

en

la

pro.
posición.
- Le ruego que me

dé

la

mano

...

La acompa
ñaré a

usted -

dijo

él

con voz acariciante— Le enviaré a

la

camarera

...

Le daré a

usted

la

llave

del camarote,

y

podrá desnudarse,

si

quiere

...

Poseía una voz agradable,

de

un timbre sincero

y

respetuoso,

que disipaba toda duda y

toda sos

95

pecha; la voz de todos los Don Juanes que saben mentir a las mujeres y hacerles creer en su bue
na fe. Además, la voluntad de Elena estaba com
pletamente paralizada, anulada, por el acceso te
rrible de mareo.
-; Si supiera usted cómo sufro!—gimió débil mente, casi sin fuerzas para despegar los labios y pálida como un cadáver.
-Vamos, vamos — insistió él con afectuoso acento.

Y con la tierna delicadeza de un hermano, la ayudó a levartarse, sosteniéndola por un brazo. Elena no se resistió.

El camarote del segundo de a bordo era muy pequeño. Apenas había en el sitio para una cama y una mesita; entre una y otra existía el espa
cio preciso para una sillita plegable. Pero todo
era nuevo, limpio, resplandeciente, cuco. La col cha, de terciopelo, estaba a medio levantar; las sábanas inmaculadas, sin ninguna arruga, encan
taban con su blancura.

Una lamparita eléctrica proyectaba una suave luz, tamizada por una pantalla verde. Junto al espejo, sobre el tocador de anacardo, había un vio
letero con narcisos y lirios.

- Le suplico a usted — dijo el griego, evitando
las miradas de Elena - que se considere en su cuarto

...

Aquí encontrará cuanto necesite para

la
" toilette ”.

El

camarote está a

su

disposición,

se
ñora.

Es nuestro deber

de

marinos servir a

la
bella mitad del género humano.

96

Con una risita dió a entender que aquellas pala bras no eran sino una broma amistosa, inocente. -Considérese en su cuarto. No tema nada - re: pitió.
Y salió del camarote.
Sólo un momento, desde el umbral de la puer ta, miró a la viajera; y no a los ojos, sino más arriba, a la línea donde acababa la nieve de su frente y comenzaba el oro de su cabellera.
Un miedo instintivo, algo como un resto de prudencia, turbó de pronto a Elena; pero en aquel momento el suelo del camarote sufrió una sacu dida tan fuerte, que la joven, casi desmayada, se dejó caer en el lecho, cruzadas las manos bajo la nuca. Cuando se sintió un poco mejor, exten dió la colcha sobre la cama y comenzó a des abrocharse los botones y los corchetes de la blu sa, el corpiño y el corsé, que la apretaba dema siado y dificultaba su respiración. Luego se acos tó boca arriba, colocó la cabeza sobre las almoha das y estiró las piernas entumecidas.
Al punto se sintió aliviada, casi feliz.

-Voy a descansar un poco, y luego me des nudaré - pensó con placer.
Cerró los ojos. La luz de la lámpara acaricia ba dulcemente sus pupilas al través de sus pár
pados. Los vaivenes del barco no la molestaban ya tanto. Advertía la aproximación de un dulce sueño, portador del descanso y del olvido de sus sufrimientos, y temerosa de ahuyentarlo, no se movía.

97

Pero alquien llamó a la puerta. Recordando que
no la había cerrado con llave, se atemorizó un
poco; mas no tardó en tranquilizarse al pensar que podía ser la camarera quien llamaba, y gritá, incorporándose:
- ;Adelante!
Se abrió la puerta y penetró el segundo de a
bordo. El terror estremeció a la joven.
El griego llevaba la cabeza baja y no la miró; pero Elena oyó con alarma su pesada y profun da respiración.
- Perdón, señora - dijo el marino con voz sor
da—. Me he dejado aquí el periódico. Pareció bus
carlo sobre la mesita, encorvado y vuelto de es
paldas a Elena. A ella se le ocurrió levantarse y
salir del camarote; pero, como si hubiera adi
vinado su pensamiento, el griego se lanzó, con
la violencia de una fiera, a la puerta, y le dió dos vueltas a la llave.

- ¿ Qué hace usted?

-gritó ella, pintado el ho
rror en el semblante.
De una manera suave y al mismo tiempo enér
gica, él la hizo sentarse de nuevo en la cama y
se sentó a su lado. Con mano temblorosa empezó
a desabrocharle la blusa. La pasión ponía en sus
manos un calor de fiebre. Su respiración se tor
nó jadeante. Su rostro se tiño de púrpura y las venas de su frente se hincharon.

-Querida - dijo con brutal y ciego arrebato --- Querida

...

quiero ayudarla a

usted

...

quiero ser su
doncella

...

No,

no

...

no

crea usted que me guian
EL BRAZALETE -
PETES
"!E

98

malas intenciones

...

; Dios mío,

qué pecho!

...

iQué
cuerpo!

Apoyó

en

el

pecho desnudo

de

la

joven

su

ca
beza inflamada,

y

balbuceo:

- Hay que desabrocharla a

usted por comple to

...

será muy conveniente

...

No crea usted,

por
Dios.

Nada más que un minuto

...

nada más que
un minuto

... Nadie

lo

sabrá

...

nadie

en

el mundo

...

Nada más que un minuto Ella

le

rechazaba con todas sus fuerzas,

apo
yando las manos contra

su

pecho,

y

repetía,

llena
de

asco,

con voz ahogada por

la

cólera:
-

;Déjeme usted!

¡ Puerco

...

canalla!

... Nadie

se
ha atrevido jamás a

tocarme

...

¡ Váyase!

¡ Oh,

ca.

nalla!
Luego,

bajo

el

imperio del horror y

la

furia,
empezó a

dar gritos inarticulados,

con voz pene
trante;

pero

él

se

apresuró a

taparle

la

boca con
sus labios húmedos.

La joven

se

resistía deses
peradamente,

lemordía los labios,

y

cuando con

seguía apartarlo por

un

momento,

gritaba y

le

escupía a

la

cara.

De pronto sintió que

la

debilidad

se

apodera
ba

nuevamente

de

todo

su

ser y

que estaba a
punto

de

desvanecers.

Le

pareció que sus piern

25
y

sus brazos

se

volvían

de

algodón y

perdió toda
fuerza de resistencia.

-

Dios mío,Dios mío!-gimió-.

Lo

que ha he
cho usted

es

peor que

un

asesinato

...

¡ Dios mío,
Dios mío!
En aquel momento llamaron a

la

puerta.

El

se

99

gundo de a bordo abrió y apareció en el umbral
el alumno de la Escuela marítima, el joven pa.
recido a un mico que Elena había visto junto a la escalera, cuando subía al barco.

La viajera se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito desgarrador.

VI

Amaneció. Se descargaban las mercancías y desembarcaban los viajeros en Eupatoria, cuando
Elena se despertó, en el puente, a causa de la
niebla fría. El mar estaba. tranquilo y acaricia
dor. Al través de la niebla se veían ya los rayos
del sol naciente. Se distinguía apenas a lo lejos
la línea amarilla de la playa.
Sólo entonces, al recobrar el conocimiento a
la luz del día, comprendió todo el horror de la
noche pasada. Recordó al segundo de a bordo,
después al alumno de ia Escuela marítima, luego nuevamente al segundo de a bordo. Recordó cómo el griego, después de su crimen, la había sacado brutal y cínicamente del camarote. Y este recuer do era el más doloroso de todos. En Sebastopol, el barco se detuvo durante tres horas, para des; embarcar y embarcar innumerables cajones, bat. les, fardos, barras de acero, sacos, planchas, eto, La niebla se disipó. La hermosa bahía redon da, rodeada de playas amarillas, parecía dormir

100

plácidamente. Lanchitas de vapor, ligeras y há
biles, surcaban en todas direcciones la superficie
del agua. Iban y venían veloces los botes blancos
de la marina militar. Los marineros remaban
metódicamente, con movimientos isocronos, corro
un solo hombre.

Elena bajó a tierra y, sin objet detern nado, atravesó la ciudad en tranvía eléctrico. La ciudad,
montañosa y blanca, parecía desierta, moribunda.
Se diría que no había en ella sino oficiales de marina, marineros y soldados, como en una plaza conquistada.
Estuvo sentada un rato en el jardín públi
co, mirando con indiferencia el césped, las palme
ras y los arbustos, cuidadosamente podados, y
oyendo con no mayor interés la música de la cha ranga. Luego volvió al barco.
A la una de la tarde el barco zarpó. Enton ces, cuando ya todo el mundo había acabado de almorzar, bajó ella, casi escondiéndose, como una ladrona, al comedor. Se sentía tan humiliada,
que evitaba la presencia de los demás seres hu

manos y prefería la soledad. Luego que hubo al
morzado, tuvo que hacer un gran esfuerzo para
subir de nuevo a cubierta: tal era su temor de

encontrase con gente. Hasta la llegada a Yalta
permaneció sentada en un rincón esquivo, la ca bęza apoyada en la barandilla.
La playa, arenosa y amarillenta, se iba ele vando poco a poco. Se veían de vez en cuando en ella manchas de verdura. Un viajero sentado

101

no lejos de Elena, con una guía abierta en la mano, hablaba en voz alta, para atraer sobre él la atención, de los sitios por donde pasaba el barco, Elena le escuchaba con absoluta indiferencia, abrumada por la pesadilla que había vivido du rante aquella horrible noche. Se sentía como cu: bierta, de pies, a cabeza, de lodo, y contempla
ba tristemente los encantadores paisajes de la
Crimea.

Ante sus ojos iban pasando el cabo Fiolet, rojc, enhiesto, con sus rocas agudas y como a punto
de caer al mar, sobre las que se alzaba en otra
tiempo el templo de una diosa cruel, a quien los creyentes sacrificaban hombres vivos, y desde las
que eran lanzados al mar los prisioneros; la ciu.
dad de Balaclava, con la silueta vaga de una torre en ruinas sobre la montaña; el cabo Aya,
cubierto de bosque; el cabo Lasti, todo verde;
Foros, con su iglesia bizantina alzándose sobre una a modo de bandeja. Más lejos extendíanse
parques magníficos alrededor de blancas villas, y
se veían los tejados planos de algunos caseríos
tártaros.
El mar, tranquilo, acariciaba con sus ondas el casco del buque. Algunos grandes peces jugaban
en el agua.
Un fuerte olor acre de mar penetraba en los pulmones. Pero Elena lo respiraba sin placer. Experimentaba una sensación extraña. Parecíale que no habían sido hombres, sino algún ser supe rior, omnipotente, malvado y burlón, quien ha

102

bía, de un modo estúpido, mancillado su cuerp ')
y su pensamiento, abatido su orgullo y robádole
para toda la vida la confiada y serena alegría de
vivir. No sabía qué debía hacer, y pensaba en ello
de la misma manera vaga e indiferente que mi.
raba a la costa, al cielo y al mar.
El pasaje se ' agrupaba en la banda izquierda del barco. Entre los pasajeros vió Elena al se gundo de a bordo, que le dirigió una mirada rá pida y furtiva, volvió la espalda y se ocultó traz un camarote cercano. En su faz, en su actitud y en su mirada, Elena:

leyó la repugnancia y el
desprecio. Y se sintió enlazada a él para toda la vida, le pareció haber descendido irreparablemen te a su nivel moral.
El barco pasó luego por cerca de Alupka, con
su vasto palacio de mármol de estilo morisco, y
su espléndido parque; después, ante los ojos en
cantados de los pasajeros, fueron apareciendo
otros parajes pintorescos. El barco se acercaba
a Yalta. Todos los viajeros preparaban sus equi pajes para el desembarque. Como sucede sien pre en los barcos, en los trenes y en las estacio nes, la gente, llena de una estúpida nerviosidad,
estaba agitada y desapacible. Tropezaba con Ele
na, le pisaba los pies y la falda. La joven ni si
quiera volvía la cabeza. Pensaba con terror en su esposo. Intentaba en vano imaginarse la cara que pondría al verle y lo que le diría. ¿ Tendría va lor para decírselo todo? ¿ Y qué haría él enton ces? ¿ La perdonaría? ¿Montaría en cólera? ¿ Sen

103

tiría por ella una piedad profunda, o la rechaza ría como a una mujer liviana y pérfida? Siempre que pensaba en el momento en que
se decidiría al cabo, a abrirle su lacerado cora
zón, se ponía pálida y cerraba los ojos de espanto.
Fueron desfilando ante el barco el umbrío par
que de Oreanda, las nobles ruinas del Palacio de Mármol, el palacio rojo de Livadia, las monta
ñas cubiertas de viña, y, por último, circundado
de una gigantesca herradura de montañas apa.
reció el anfiteatro alegre y policromo de la ciu
dad de Yalta con las cúpulas áureas de la cate
dral, los finos, esbeltos y obscuros cipreses; el muelle de piedra, pululante de hombres, caballos y coches, que parecían a lo lejos de juguete.
Luego de dar lenta y prudentemente una vuel
ta sobre sí mismo, el barco se detuvo junto al embarcadero. Al punto, la muchedumbre de via
jeros, con un estúpido apresuramiento de reba
ño, se lanzó hacia la escalera atropellándose y
estrujándose. Elena sintió un vivo movimiento de
repulsión ante aquellas nucas de hombres con
gestionadas, aquellos rostros excitados y ma'é
volos de mujeres, aquellos centenares de manus
cubiertas de sudor, aquellos codos amenazadores.
En toda aquella gente advertía la presencia de la
fiera que la había ofendido mortalmente la noche
anterior.
Hasta que no hubieron bajado casi todos los
pasajeros y no quedó desierto el puente, Elena no
se aproximó a la escalera. En seguida vió a su

104

marido. Todo en él-su camisa de seda azul, su ancho cinturón, sus pantalones de verano, su som brero de anchas alas, usado a la sazón por tod) s los social-demócratas; su corta estatura, su barri guita, sus lentes de oro y sus ojos que el sol obligaba a entornarse - le pareció infinitamente conocido y, al mismo tiempo, hostil y desagrada
ble. Se arrepintió de no haberle telegrafiado des
de Sebastopol diciéndole sencillamente, sin dar e explicaciones, que no volvería ya nunca. Pero el la había visto desde lejos y agitaba en el aire el sombrero y el bastón.

VII

A media noche, Elena se bajó de la cama, se parada de la de su marido por un tocadorcito. Sin encender la lámpara, se sentó al borde de la cama de su marido y le tocó ligeramente con la mano. El se incorporó bruscamente y preguntó asustado:

- ¿ Qué pasa, Elenita?
Estaba extrañado e inquieto por su silencio de todo el día. Aunque ella lo había achacado al do lor de cabeza producido por la travesía, él había adivinado tras sus palabras una desgracia o un misterio. No había querido molestarla con pregun

tas, esperando que de “motu proprio " le diría lo que pesaba sobre su corazón. Y en aquel momen to, a pesar de que su sueño no se había disipa lo aún del todo, sentía en las profundidades miste

105

en

riosas de su alma la inminencia de algo terrible, bárbaro, que sólo podía acontecer una vez
la vida.
Las dos ventanas estaban abiertas de par en par. El dulce perfume de los jazmines invisibles saturaba el aire. En el jardín público tocaba una orquesta, y los acordes de la música, amortigua dos por la distancia, sonaban melancólicos.

- Sergio, es necesario que me escuches - dijo
Elena-. No, no, sin luz —añadió rápida al oírle a él coger la caja de cerillas—. Será mejor así, en las tinieblas

...

Lo que voy a

decirte será para

ti

muy doloroso,

casi

no

podrás soportarlo

...,

però
no

tengo más remedio.

No puedo evitarte esta prueba.

Tú me perdonarás

...

Apenas distinguía

la

silueta

de

sumarido,

cuya
camisa blanqueaba

en

las tinieblas.

El

encontró,

a

tientas,

la

botella del agua y

el

vaso,

y

se

le

oyó escanciarse ybeber.
- ¿Habla,

pues,

Elenita!

-

dijo con voz queda.
- Escucha.

¿Qué harías

si

yo

te

dijese

lo

si

.

guiente:

querido Sergio,

yo,

tumujer,

que hasta
ahora sólo

te

había amado a

ti

,

te

he

sido infiel,

fíjate bien,

te

he

sido infiel completamente,

hasta
el

último límite posible?

...

Espera,

no

te

preni
pites.

Atiende:

la

infidelidad no ha sido furtiva, no ha sido un engaño,

sino cometida contra mi propia voluntad,

bajo

el

imperio

de

las circuns
tancias

...

Figúrate

...,

supongamos,

un

capricho

de
un ser morboso,

un

acceso

de

sensualidad súbita, la

violencia

de

un

burracho

...

;

supongamos

de

un

106

oficial

...

Querido Sergio,

te

suplico que me con testes con toda franqueza,sin ambages,

sin rodeos.
Y

ten

en

cuenta que,

aunque

te

he

sido infiei,

no
he

cesado

ni

por un segundo

de

amarte más que

a

todo

el mundo.
Guardó

él

silencio algunos instantes;

cogió

la
mano

de

sumujer y

quiso estrecharla,

pero ella
la

retiró.
- Me has asustado,

Elenita

...

No

sé

qué con

testarte.

Te juro que no

lo

sé.

Si

te

hubieras
enamorado

de

otro,

no

me hubieras engañado

...

Hubieras venido amí yme hubieras dicho:

“ Ser
gio:

ambos somos honrados y

libres;

yo

ya no

te

amo;

amo a

otro.

Perdóname y

separémonos.

”

Y
yo

te

hubiera besado,

antes

de

separarnos,

la
mano,

y

hubiera respondido:

“

Te

agradezco cuari
tome has dado,

bendeciré siempre

tu

nombre,

y

sólo

te

pido una cosa:

el

derecho

de

considerarte
un amigo mío.

”

- No,

no

...

No

es

eso

...

,
no

es

eso.

No amo a

ningún otro;

sencillamente

te

he

sido infiel

de

un

modo brutal.

Te

he

sido infiel porque

no

he po
dido evitarlo,

sin querer,

sin responsabilidad.
- Pero ¿

te

ha gustado?

¿Has sentido placer
en los brazos

...

del

...

? --

; Oh,

no,

no!

Sólo

he

sentido una repulsión profunda,

irresistible

...

Figúrate que

he

sido víc
tima

de

una violencia

...

Sergio atrajo a

su

esposa suavemente hacia

sí

.

Ella entonces no

se

resistió.

-Querida Elenita,

no

pensemos más

en

esc

:.

107

Es como si me preguntases si te seguiría querien. do al verte desfigurada por la viruela o con una pierna cortada por el tren. Si, en efecto, un ca nalla te hubiera violadom; todo es posible en nues
tra época! -

, yo apoyaría tu pobre cabeza en mi
pecho, como lo hago ahora, y te diría: " ¡ Pobre niña! Te compadezco con toda mi alma como tu marido, tu hermano, tu único amigo, y haré con mis besos desaparecer todo el lodo con que han querido cubrirte. "
Reinó un largo silencio. Luego dijo él:
- - Cuéntamelo todo.
Y ella comenzó:
- Supón que

...

Pero

no

olvides,

Sergio,

que

no
esmás que una suposición

...

Supón que durante
la

noche he sido presa a

bordo

de

un terrible

ac

.

ceso de mareo

...

Ycon todo lujo

de

detalles,

sin omitir nada,

le
contó cuanto

le

había sucedido

la

noche anterior.
Mas

de

cuando

en

cuando intercalaba

en

su

relat)
las palabras siguientes:

“ Ya sabes que

no

esmás
que una suposición.

No vayas a

creer que todo
esto ha ocurrido realmente;

no

esmás que una
suposición.

Invento todos

los

horrores que pue

le

forjar

mi

fantasía.”

Cuando calló,

preguntó

él

con

voz dulce,

casi solemne:

-¿Ha ocurrido

en

efecto todo eso?

¿Todo

es:)
es

verdad?

Yo

no

tengo ningún derecho a

acu
sarte

ni

a

perdonarte.Tú no eres responsable sino
de

una estúpida pesadilla nocturna.

¡ Dame

la
mano!

108

Y besándola, preguntó:
- ¿Ha sucedido, pues todo eso, Elenita?
- Sí, querido. ¡ Soy tan desgraciada, tan pro
fundamente desgraciada!...

Gracias por haberme
consolado,

por

no

haber destrozado mi corazón. Te

agradeceré toda mi vida este momento

...

Y

con los ojos llenos

de

lágrimas amargas y alegres a

la

par,

Elena

se

apretó contra

el

pecho
de

sumarido,

y

todo

su

cuerpo fué sacudido por
los sollozos.

El

la

acariciaba cariñosamente los cabellos.

-Acuéstate,

querida;

descansa.Mañana

te

des
pertarás fresca y

serena,

como

si

todo

no

fuera
más que una pesadilla lejana. Ella se acostó.
Transcurrió un cuarto de hora.

Las flores

so

guían exhalando

su

perfume enervante.

Oíanse,
bellos y

tristes,

los sones

de

lamúsica;

pero

ni

el
marido

ni

lamujer podían dormirse y

no

semo
vían,para

no

inquietarse uno a

otro,

ni

abrían

si
quiera los ojos,

ahogando los suspiros,

sabedor
cada uno

de

ellos

de

que

el

otro estaba despierto.
De pronto

él

se

incorporó bruscamente y

excla
mó con terror:
- ¿Elenita!

¿

Y

si

tuvieras un niño?
Ella tardó un instante en contestar,

y

dijo:
— ¿Lo aborrecerías?
— No,

no

lo

aborrecería.

Los niños son siempre bellos.

Siempre

te

he dicho que no debe existir ninguna diferencia entre

el

amor a

los hijos pris
pios y

el

amor alos ajenos.Yo he afirmado siem

109

pre que el amor materno exclusivo sin más obje to que el propio hijo es criminal; que una mujer
dispuesta a sacrificar centenares de hijos ajenos
por salvar al suyo de la fiebre es una mujer ab?. minable, un monstruo, aunque la gente la califi que de santa. El hijo que pudieras tener a conse cuencia de tu desgracia sería considerado por mí como mío

...

Pero,

Elenita mía

...

,

ese hombre ha
brá tenido durante su vida millares de aventuras. Acaso tenga enfermedades vergonzosas

...

No

se
puede asegurar

...

Quién sabe

si

será un alcohóli
co

...

O

un sifilítico

...

Ahí está,

querida Elenita,
todo

el

horror del problema.

Ella respondió,

con

voz débil,

cansada:
- Bueno,

haré

loque quieras.
Reinó nuevamente

el

silencio,

que

se

prolongó
entonces de un modo penoso.
Por fin

él

dijo con timidez:
- No quiero mentirte.Quiero confesarte franca
mente que una sola cosa me hace sufrir:

el

que
tú

hayas conocido

el

goce del amor físico,

no

con

migo,

sino con ese canalla.

¡ Ah,

Dios mío!

¿Por
qué habrá sucedido esto?

...

¡ Es tan doloroso!

...

¡ Qué doloroso

es

!

Ycon voz trémula y

suplicante añadió:

-Oye,

Elena

...

i Acaso

no

ha ocurrido nada

de
eso y

has querido sencillamente someterme a

una

prueba?

¡ Di!
Ella dejó oír una risita.
- iQué tonto eres!

¿Te has creído

en

serio que

yo

podía serte infiel?

Claro que tan sólo

he

que

110

rido someterte a una prueba. Ahora se acabó. Has estado muy bien en los exámenes, y puedes dor mir tranquilo. Yo también voy a dormir.
- ¿No bromeas? ¿ Es verdad, Elenita adorada?
¡Ah, qué feliz soy! Figúrate que casi había aca bado por creerte

...
Ja,

ja,

ja!

¡ Qué tontería!

No

era,

pues,

cierto nada de eso,

¿verdad?

- Nada —

respondió ella secamente.
Su marido no tardó en dormirse.
Por

lamañana

le

despertó un ligero ruido.

La
juz del día penetraba

en

la

habitación.

Elena,

pá
lida a

causa del insomnio,

demacrada,

con círculas
obscuros

en

torno

de

los ojos ylos labios secos,es taba casi vestida y

terminaba apresuradamente
su

“

toilette ”

.

- ¿Dónde vas,

querida —preguntó?

Sergio con
angustia.

- En seguida vuelvo --respondió ella ”

. Me due
le

un

poco

la

cabeza.

Daré

un

paseíto y

dormiré
un rato después

de

almorzar.
El

se

acordó

de

su

reciente conversación,

y,

ten
diéndole los brazos,

le

dijo:
-;Cómo me asustaste anoche,

infame mujerc: ta

!

¡
Si

supieras

el

daño que me hiciste!

Aquel ho

rror

se

hubiera interpuesto entre nosotros toda

la
vida.

Ni

tú

ni

yo

hubiéramos podido olvidar nur
ca

...

Toda esa historia del segundo

de

a

bordo,

el
alumno

de

la

escuela marítima,

el mareo,

es

pura
imaginación,

¿verdad,

querida?
Elena,

asombrada ella misma

dementir

de

un

modo tan fácil,

habiendo tenido siempre a

gala no

111

�

decir más que la verdad, respondió con acento completamente natural:
-Claro, todo es invención mía. Una señora nos contó en el camarote un caso análogo que había,
en realidad, tenido lugar en un barco durante una
travesía. Su relato me impresionó mucho; me su puse en la situación de la pobre víctima y me llené de horror a la idea de que tu amor, entonces, se convirtiera en odio

...

Sufrí terriblemente

al

pen
sarlo y

quise convencerme

de

lo

contrario.

¿Com
prendes?

...

Ahora,

todo

se

acabó

...

felizmente.

- Sí,

felizmente -

confirmó

él

,

tranquilo del todo ymuy alegre.

Pero

te

engañas suponiendo que
yo

pudiera odiarte

...

No hubieras perdido

el

valor
a mis ojos con motivo

de

una desgracia así

...

; No,

nunca!

...

Elena salió.
Sergio volvió a

dormirse y

no

se

despertó hasta
las diez.

Alas once comenzó a

inquietarle

la

au
sencia

de

sumujer.Al mediodía un botones

lellevó
ura breve carta suya.

“ Salgo

de

nuevo para Odesa -

escribía

en

el
vapor de las nueve.No

te

ocultaré que voy a

casa

deVasiutinsky,

acuyo lado trabajaré toda

mi vida
por

la

causa que nos

es

cara.

Eres

el

único hom
bre a

quien

he

amado;

el

único y

el último,

porque
el

amor

no

existe ya para mí.

Tú eres

el más puro

y

el más honrado

de

los hombres que

he

conocido.
Pero

tú

también,

como los otros,

según ahora veo,
no

eres más que

un

hombrecillo suspicaz,mal pen

112

sado, celoso. Tú también consideras a la mujer que amas como un propietario mezquino, egoísta. Seguramente cualquier día nos encontraremos en el camino que pienso seguir toda mi vida. Y en nombre de nuestro amor pasado, te ruego que nada me preguntes, que no me pidas ninguna explica ción, que no me hagas reproches y que no preten das que nos reconciliemos. Ya sabes que nunca renuncio a mis decisiones.
No creo necesario repetirte que lo que te he con tado del barco no ha ocurrido jamás. - Elena. "

UN BRINDIS

El año 200 de la nueva era tocaba a su término. Sólo faltaban quince minutos para la hora en que,

ti mismo mes y el mismo día, doscientos años an tes,el

último estado gobernado conforme

al

viejo
sistema,

el

país más obstinado,

conservador y

ru
tinarioa

lo

que parece,

Alemania-,

había re
nunciado,

al

fin

,

a

su

ciego chauvinismo,

y

con

alegría

detoda

latierra había entrado

en

launión
anarquista

de

hombres libres del mundo entero. Según

el

calendario antiguo,

eso había ocurrido

el

año 2906 después

deJesucristo.
Pero

en

ninguna parte

se

festejaba

la

entrada
del Año Nuevo con tanto esplendor y

alegría como
en

los polos Norte y

Sur,

en

las estaciones cen
trales

de

lagran Asociación Electro -Magnética.
Durante los últimos treinta años,millares ymi llares

de

ingenieros,de mecánicos,

de

técnicos,

de
astrónomos,de matemáticos,

de

arquitectos y

de
otros sabios especialistas,

habían trabajado infa tigablemente

en

larealización

de

lamás grandiosa
y
heroica idea del siglo XXXII.Acariciaban

el

pro

yecto

de

convertir

el

globo terráqueo

en

una gia
gantesca bobina electro magnética -

ycon ese ob-.
EL BRAZALETE

SY

.

EDICIONES

8

3-

HADIS

EL

114

jeto lo habían envuelto de Norte a Sur en una es piral de hilo metálico revestido de caucho, cuya longitud se aproximaba a cuatro mil millones de kilómetros. En ambos polos habían construído dí

namos de increíble potencia, y habían unido todos los

puntos

de

lasuperficie del planeta con innume
rables hilos.
No sólo los habitantes

de

la

Tierra,

sino tam
bién los

de

otros planetas con los que

la

Tierra
estaba

en

constantes relaciones,

habían seguido
con interés apasionado

lamarcha

de

los trabajos.
Aunos,

laempresa

de

la

Asociación les inspirata

gran desconfianza,

y

a

otros les inspiraba horror.
Pero

la

Asociación acababa de realizar brillan temente

su

proyecto gigantesco,

triunfando

de

to
das las previsiones pesimistas.

Y

la

fiesta

de
Año Nuevo era

al mismo tiempo

la

solemnización
de

dicho triunfo.

La inagotable fuerza magnética de

laTierra ponía

enmovimiento las fábricas,

las

máquinas agrícolas,

los trenes ylos barcos.

Alum
braba las calles y

las casas,

calentaba las habita ciones.

Hacía innecesario

el

carbón,

cuyas minas
se

habían agotado mucho tiempo antes.

Deste
rraba completamente las chimeneas,

que impuri

ficaban

el

aire ymataban con

su

humo las flores, los árboles y

las hierbas,

verdadera alegría

de

la
tierra.

En

fin

, hacía milagros

en

lo

tocante aagri
cultura y

cuadriplicaba las cosechas. Uno

de

los ingenieros

de

la

estación del Norte, elegido presidente

de

lareunión

de

aquella noche,
se

levantó con un vaso en

lamano,

115

:

>

Un silencio profundo reino.
-Compañeros dijo el presidente: si os pa
rece, voy a ponerme inmediatamente en contacto
con nuestros queridos colaboradores de la esta
ción del Sur. Acaban de hacernos señales.
La enorme sala donde se encontraban era una
magnífica construcción de cristal, hierro y már
mol, adornada con flores exóticas y hermosos ár
boles, y más parecida a una “ serre ” que a un
sitio público.
Tras las paredes, la noche polar lo envolvía todo en sus tinieblas; pero unos condensadores especiales inundaban la sala - con el gran gentío, las flores, las mesas admirablemente servidas, las
gentiles columnas que sustentaban el techo, las
innumerables estatuas - de una luz no menos ale
gre y brillante que la del sol.
Tres paredes de la sala eran opacas; pero la cuarta, a la que el presidente hallábase vuelto de espaldas, era un a modo de tablero de proyecci: nes cuadrado, de un cristal en extremo fino y lus troso.
Recibido el consentimiento de la sociedad, el

presidente oprimió con el dedo un pequeño botón eléctrico que había sobre la mesa.
El tablero se iluminó inmediatamente con una luz interior deslumbradora, y luego se diría que se disipó, En su lugar apareció de pronto otra
sala también magnífica, también llena de gente
sentada alrededor de mesas admirablemente ser vidas. Unos y otros seres humanos — todos bellos,

116

fuertes, alegres, vestidos con esplendidez - se re
conocían, cambiaban sonrisas, se saludaban levan
tando sus vasos, a través de una distancia de 20.000 kilómetros. Pero a causa del ruido general, de las sonoras risas, ni unos ni otros oían aún la voz de los amigos lejanos.
El presidente entonces se levantó de nuevo y manifestó con un gesto que quería hablar. Todos, al punto, enmudecieron en los dos extremos de! mundo.

He aquí lo que dijo el presidente:

“; Mis queridas hermanas y queridos herma
nos! Vosotras, encantadoras mujeres, a quienes admiro con pasión, y vosotros, a quienes amé en otro tiempo y para quienes mi corazón está lleno de gratitud, escuchad! ¡Gloria a la vida eterna mente joven, bella, inagotable!

;Gloria al Hombre,
único dios de la tierra! ¡Gloria a su cuerpo tau matúrgico y a su espíritu inmortal!
Os miro, amigos soberbios, alegres, audaces,
seguros de vosotros mismos, y un gran afecto
llena mi corazón. Nuestra mente no conoce obs táculos, nada puede oponerse a nuestros designios. No hay entre nosotros sumisión, ni dominación, ni celos, ni hostilidad, ni violencia, ni engaño. To
dos los días abren ante nuestros ojos misterios
que dejan de serlo para nosotros, y la ciencia se desenvuelve de un modo admirable. La muerte misma no nos espanta ya, porque nos vamos de
la vida sin que la vejez nos haya desfiguradu,

117

sin que se pinte en nuestros ojos un horror sal
vaje y sin que la maldición brote de nuestros la
bios, porque nos vamos de la vida hermosos, se
mejantes a dioses, sonrientes. No nos asimos desesperadamente a nuestros últimos días, sino que, a manera de viajeros cansados, cerramos

dulcemente los ojos. Nuestro trabajo es una dell cia.

Nuestro amor,

rotas las cadenas

de

la

escla
vitud y

la

trivialidad,

se

parece

al

amor

de

las
flores:

tan libre y

bello

es.

Ynuestro único sobe.

rano

es

el

genio del Hombre

...

Quizá,

caros amigos,

lo

que estoy dicendo sean vulgaridades,

cosas que todo

el mundo conoce hace
tiempo;

pero no puedo hablaros

de

otra manera
Esta mañana he leído un libro tan interesante como horrible:

“ La historia de las revoluciones
del siglo

xx

.

”

No pocas veces

he

pensado mientras

lo

leía:
¿Será esto quizá un cuento fantástico?

Tan inve
rosímil,

tan estúpida,

tan llena

de

horror me pa
recía

la

vida

de

nuestros antepasados.
Sí

,

amigos míos:

aquellas gentes

de

quien n:

)

s

separan nueve siglos parecían serpientes venenc. sas encerradas

en

lamisma jaula.

Viciosas,

su
cias,

ctadas

demorbos,

feas,

cobardes,

sema
taban unas a

otras sin cesar,

se

robaban un

pu.

dazo

de

pan y

lo

escondían

en

los escondrijos
más obscuros para que un tercero

no

se

lo

llevase;
se

quitaban

la

tierra,

el

agua,

los bosques,

las
casas,

hasta

el

aire.

Hatajos

de

gandules ávidos,

118

apoyándose en hipócritas religiosos, en ladrones
y en impostores, enviaban muchedumbres de mi
serables esclavos a matarse mutuamente, y vi
vían como parásitos sobre la podredumbre de la
descomposición social. Y la tierra, tan grande, tan bella, era para aquellos hombres angosta come una prisión, y el aire en ella era pesado como en
una caverna.

Pero en aquella época terrible, junto a las bes tias de carga, junto a los esclavos cobardes y sin dignidad, se alzaban de vez en cuando hombres altivos, héroes de alma noble, independientes, dis puestos al sacrificio. No acierto a explicarme cómu podían nacer en tal época

vil

,

vergonzosa.

En
aquellos tiempos sanguinarios,

cuando

ni

elhogar
era un abrigo seguro para nadie,

cuando

la

vic
lencia y

el

asesinato eran pagados con largueza. aquellos héroes,

en

su

santa locura,

gritaban:

“

; Abajo los tiranos!

”

Y

su

sangre teñía las piedras

de

las calles y

las
losas

de

las aceras;

los infelices perdían

la

razćn
en

los calabozos;

morían ahorcados,

fusilados.
Renunciaban gustosos a

todas las alegrías

de

la
vida,

salvo a

la

demorir por

lalibertad

de

las ge
neraciones futuras,
¿No veis,

caros amigos,

cse puente

de

cadáve

res humanos que enlaza nuestro luminoso presen te

con aquel horrible,

tenebroso pasado?

¿ No

os
imagináis ese terrible río

de

sangre cuyas ondas
han empujado a

la

humanidad

al mar radiante

y

vasto

de

lafelicidad universal?

119

¡ Honor a vosotros, antiguos amigos desconoc ”
dos, de quienes nos separan siglos y siglos! ¡Ho nor a vosotros, que tanto padecisteis! Ibais a la muerte con una sonrisa en los ojos, que miraban siempre adelante, al porvenir remoto. Preveíais a las generaciones futuras emancipadas, fuertes, triunfantes, y les enviábais vuestra bendición al morir

...

iQueridos amigos!

Beba cada uno

de

nosotros,

sin pronunciar una palabra,

en

un

silencio

re

!

i

gioso,

un vaso

de

vino a

lamemoria

de

aquellos
mártires lejanos.

Y

sienta cada uno

de

nosotros

en

su

corazón

la

bendición de

sumirada.

”

Y

todos bebieron

en

silencio.

Pero una mujer

demaravillosa belleza que es taba sentada junto

al

orador

se

apretó

de

pronto
contra

él

y

empezó a

llorar dulcemente.

Ycuandɔ
el

orador

le

preguntó por qué lloraba,

le

contestó
con voz muy queda:

-A pesar

de

todo,

yo

quisiera haber viviso en

aquella terrible época

...

,

con ellos

...

,

con los
mártires

...

NATALIA DAVIDOVNA

Hacía diez y seis años que era inspectora en
un instituto de doncellas nobles, y gozaba de una
estimación profunda por parte de la directora y de todos los jefes. Se apreciaban en ella la auste
ridad, los conocimientos pedagógicos y la larga
experiencia. Las demás inspectoras hasta tenían
celos de ella, tanto más cuanto que la directora,
con frecuencia, la invitaba por la noche a conver saciones íntimas. Como es natural, las compañe
ras no la querían, se le mantenían a distancia y
la temían un poco.
A las señoritas que tenía bajo su férula les
inspiraba una mezcla de respeto y miedo, y su clase era considerada una clase modelo; las alum
nas se portaban muy bien y progresaban mucha
en sus estudios. Y, sin embargo, ella no recurría nunca a los gritos, ni a los castigos, ni a las ame nazas de quejarse a los padres o a los jefes. Ha.
bía algo imperioso en su mirada fría y fija, y se
advertía en su voz una fuerza tranquila y una
serena seguridad de sí misma. Mientras que las
demás inspectoras e institutrices tenían todas mo
tes, las muchachas no podían encontrar ninguno

121

para Natalia Davidovna; tan grande era el res peto que les inspiraba.
Había estudiado en el mismo instituto, y lo había hecho con tanta brillantez que se le había concedido una medalla de oro. Luego se había
quedado en el establecimiento como inspectora. Se
diría que no había tenido infancia ni pasado, ni nada que se pareciese ni remotamente a la novel:
sentimental indispensable en los institutos de se
ñoritas, como si hubiera nacido ex profeso para
llegar a ser inspectora.
Sin embargo, era hermosa. Tenía las facciones finas y la tez de un moreno pálido, uno de esos rostros que gustan a los hombres. Su talle esbel
to provocaba la admiración general. Pero, con
todo, no se atrevía nadie a hacerle la corte; todos
lo consideraban un sacrilegio y una grave ofensa
para aquella mujer austera consagrada a la edu cación en cuerpo y alma.
Uno de los protectores del instituto la llamaba
" centinela eterna ”. Y, en efecto, consagraba al

servicio del establecimiento veinte horas diarias,

dedicando al sueño sólo cuatro. A veces, con tá citos pasos, pasaba a media noche, cuando todos dormían, por los dormitorios. Conocía al dedillo la vida íntima del instituto, y parecía poseer el
don de leer los pensamientos más arcanos.
En los diez y seis años de su servicio Natalia Davidovna no había pedido más que una vez una licencia larga: cuando, por prescripción faculta tiva, se vió precisada a marcharse a Odesa cua

122

tro meses, a tomar baños de mar. Antes y des pués de aquellas vacaciones casi no había salido del instituto. Sólo una vez cada dos o tres meses
le pedía permiso a la directora para pasar la no
che del sábado al domingo en casa de una tía enferma que vivía donde Cristo dió las tres vo ces, y que padecía desde hacía muchos años una dolencia cruel que le impedía levantarse de su sillón.
Después de. pasar una noche penosa junto a la enferma, aquejada de insomnio, y, además, ner viosísima y llena de caprichos, Natalia Davidovna
se presentaba en el instituto por la mañana teni
pranito para asistir a misa con sus alumnas. Des pués de misa, cuando todas las inspectoras pasa ban, haciendo reverencias, por delante de la direc tora, ésta invitaba a acercarse a Natalia Davi dovna con un movimiento de cabeza.

- Eh bien! Comment se porte madame votre
tante?

- Princesse, Dieu seul peut la sauver. Elle souf
fie beaucoup — respondía suspirando y tristemente Natalia Davidovna.

- Pourquoi n'étes -vous pas restée encore auprés

l'elle? --- Je

suis venue pour remplir mon devoir,prir
cesse.

- Mais vous méme -

, mon enfant,

vous avez l'air
maladif.

- Ma tante n'a pas fermé l'oeil pendant toute
la nuit.

123

- Pauvre enfant. Vous perdez votre santé.
Alles -vite vous réposes, ma cherie.
En efecto: los domingos siguientes a las no ches pasadas en casa de su tía, Natalia Davi dovna tenía un aspecto harto enfermizo. Se diría al mirarla que acababa de dejar el lecho después
de una larga dolencia o que se había entregado
durante la noche a los placeres de una orgía loca:
tan pálido estaba su rostro, tan cansados sus ojos,
tan: secos y exangües sus labios.

En realidad, Natalia Davidovna no había teni do nunca tía alguna. Durante los diez y seis años había engañado a todo el mundo hablando de aquella tía mitológica, y nunca nadie había
concebido sospechas.
Cada dos o tres meses, el sábado, después de!
rezo de la noche, se dirigía a la directora:
- Me permettrez -vous, princesse, d'aller voir
ma tante?

- Mais certaiment, mon enfant. Seulement, ne
vous fatiguez pas trop.
Y Natalia Davidovna, después de asegurarse de
que las jóvenes alumnas dormían con un sueño
profundo, salía lentamente del instituto, saludada por los criados y el portero con marcado respeto.
Cuando se había alejado bastante, sacaba de su
bolsillo un tupido velo negro, se cubría la cara
con él, y un cambio radical se operaba, como por

124

encanto, en su persona. Natalia Davidovna se con vertía en una buscona elegante, en una modista
al servicio de un lujoso almacén de modas, en todo
lo que queráis, menos en nada parecido a la
austera inspectora que la gente estaba habituada.
Andaba con la languidez de una mujer ligera,
acostumbrada a entregarse a muchos hombres. Les hacía señas a los transeuntes, se reía provoca
tivamente y, al mismo tiempo, se cuidaba de no
tropezarse con nadie que la conociese.

Su linda figura atraía a los hombres; pero cuan do le hacían una proposición, se negaba con un
movimiento de cabeza, rechazando de un modo

enérgico a los más obstinados. Buscaba. Su larga
experiencia y su instinto de mujer perversa la
ayudaban a escoger el hombre que le hacía falta.
Sin cuidarse para nada de su belleza, de su edad,
de su traje, elegía el hombre que necesitaba. A
veces era un viejo, a veces un jorobado, con fre
cuencia un muchacho.
Conducía al que había elegido, en un coche de
punto, al extremo de la ciudad, a cualquier hotel
de mala fama, y se entregaba, durante toda la
noche, a una orgía sensual sin nombre.
A la mañana siguiente, cuando su compañero,
extenuado por la monstruosa fiesta de amor, sa
dormía con un sueño profundo, ella se bajaba sin
ruido de la cama, se vestía, y, después de pagar todos los gastos de la noche, tomaba un coche y
regresaba presurosa al instituto.
Nunca se acostaba dos veces con el mismo horie

125

bre, aunque sus amantes de una noche la suplica ban entre caricias que les concediese otra en trevista.

Una noche eligió a un soldado que estaba de es cribiente en un regimiento y era un hombre ya en trado en años, grueso. Corría el mes de diciembre. Al amanecer, cuando se veía ya al través de los cristales la blancura del día, aquel individuo, ex
citado por

las

caricias

de

Natalia Davidovna,

le

apoyó

lacabeza

en

el

pecho y,

de

repente,

roncó

y

se

quedó inmóvil.

Asustada,

ella comenzó apre guntarle qué

le

pasaba,

y

al

ver que estaba
muerto lanzó

un

grito desgarrador. Inmediatamente acudió

la

servidumbre del ho tel

.
Como Natalia Davidovna

no

abría,

se

desce

rrajó

la

puerta.
Media hora después llegaron

la

policía y

el

juez de instrucción.

Este,

un hombre

de

edad y

de
despejada inteligencia,

reconoció

en

seguida aNa
talia Davidovna,

a

quien veía todos los jueves

en

el

locutorio del instituto,

adonde iba

él

a

visitar

a

su

hija.
Pensó echar tierra sobre

el

asunto;

pero

la

con

ducta impudente

de

la

inspectora

le

escandalizó.
Un poco calmada,

y

comprendiendo que había perdido para siempre

su

plaza

en

el

instituto,

se
tornó cínicamente franca.

De pie ante

el

juez,
en

enaguas,

sin corsé,

se

arreglaba los largos

ca
bellos,

en

alto los brazos desnudos y

los alfileres
en

laboca,

diciendo:

-iDice usted que cómo puede ser que durante

126

me

diez y seis años no haya abrigado nadie ni una
sombra de sospecha? Eso es precisamente lo que
me producía un enorme placer. A veces, sola en mi cuarto, me moría de risa pensándolo.

jEra de
licioso! ¡Tener una reputación casi de santa y pa sarse noches enteras gozando! Pero ustedes loss hombres casados comprenden muy bien las deli. cias de los amores secretos

...

Nadie sospechó,
cuando me fuí hace años a

Odesa,

que

no
iba por motivos

de

salud,

sino sencillamente po:

que estaba encinta. El

juez

de

instrucción

lamiraba con una mezcla de

curiosidad y

horror.

- ¿Y

no

se

ha tropezado usted nunca con algui
no

de

sus conocidos?
Ella se echó a

reír.
- Por fortuna,

no.

Pero aunque me hubiera en contrado con alguno que me conociera,

nome hu
biera expuesto a

nada.

Le

habría propuesto

ir
conmigo,

y

él

hubiera aceptado gustoso.

Austed,
por ejemplo

...

un

hombre respetable,casado

...

¿se

mejante proposición

no

le

hubiera hecho correr

en

pos

demí,

aunque sólo hubiera sido por

su
originalidad?

Con tanto más motivo cuanto que,
de seguro,

habrá usted oído hablar muchas veces

a

su

hija de mis virtudes

...

Arreglados los cabellos y

sentada

en

el

sillón
añadió muy tranquila: -Tenga usted

la

bondad

demandar a

alguien

al

instituto por mis cosas ymis papeles.

Yhaga
usted

el

favor

de

decir que me traigan café

...

D E MIR -KAIA

(LEYENDA ORIENTAL)

El viento se calmó. Tal vez nos viéramos en la precisión de pasar la noche en el mar: nos sepa raban de la costa más de treinta kilómetros. Nuestro barco, de dos palos, se balanceaba pe rezosamente sobre el agua. Las velas mojadas colgaban como trapos.
Una niebla blanca nos rodeaba por todos lados. No se veían las estrellas, ni el cielo, ni el mar. ni la noche. No encendimos las luces.

Seid -Abli, el viejo patrón del barco, sucio y des. calzo, nos contó con voz queda y grave una anti gua historia en la que creí a pie juntillas, porquie la noche era tan extrañamente silenciosa, porque alrededor de nosotros dormía el mar invisible, por. que sobre nuestras cabezas se acumulaban nubes blancas.

Le llamaban Demir -Kaia, que quiere decir “Roca de Hierro ”, y le llamaban de ese modo porque no conocía la piedad, la vergüenza ni el miedo.
Era jefe de una partida que recorría los alre dedores de Stambul, la Tesalia, la Macedonia mon

128

tañosa, las fértiles praderas de Bulgaria. Había matado por su propia mano, entre hombres, muje
res y niños, noventa y nueve seres humanos.
Pero una vez fué, con su banda, rodeado en las
montañas por una nutrida tropa del sultán, cuyos
días prolongue Allah. Durante tres días enteros luchó desesperadamente contra los soldados, como un lobo contra una jauría. La mañana del cuar to logró atravesar las líneas enemigas y escapar así del peligro. Parte de la banda pereció en el combate, y los demás bandidos fueron ahorcados en la plaza Redonda de Stambul.
Herido, ensangrentado, se acostó Demir -Kaia
en una caverna donde le habían dado asilo unos

pastores. Y de repente, a media noche, se le apa reció un ángel con una espada flamígera en la mano. Demir -Kaia reconoció en él a Asrail, el
mensajero de la muerte, y le dijo:
- ¡Hágase la voluntad de Allah! Estoy dis
puesto.
Pero el ángel le contestó:
- No, Demir -Kaia, tu hora no ha llegado aún.
Escucha la voluntad de Dios: cuando te levantes
de ese lecho, desentierra tus tesoros ocultos y
véndelos. Luego te dirigirás hacia el Este y an darás hasta la encrucijada de los siete caminos. Allí construirás una casa con vastos aposentos muy ventilados, con anchos divanes, con fuentes
de agua pura y límpida. Tendrás dispuestos co
mida y bebida y tabaco aromático para los viaje
ros cansados. Invitarás a cuantos pasen por tu

129

puerta y les servirás como el último de los escla
vos. Tu casa será su casa; tu oro, su oro; tu tra bajo, su reposo. Y si cumples al pie de la letra estos mandatos, llegará un día en que Allah olvi. dará tus crímenes y te perdonará la sangre de tus víctimas inocentes.
Pero Demir -Kaia preguntó:

- ¿Y cómo podré saber que Allah ha perdona
do mis crímenes?
Y el ángel contestó:

-Coge de la hoguera que se está apagando junto a ti una astilla medio quemada y cubierta de ceniza, plántala, y cuando la madera muerta
se vista de corteza y empiece a florecer, será
señal de que la hora del perdón ha sonado para ti.
Pasaron veinte años. Por todo el país del sultán
se hablaba con admiración del albergue situado
en la encrucijada de los siete caminos. entre Dchdda y Esmirna. Los mendigos salína de él siempre con la bolsa llena de dinero; los hambrien tos, alimentados; los que padecían cansancio, re posados; curados, los heridos.
Por espacio de veinte años, de veinte largos años, Demir-Kaia, todas las noches, había mirado la astilla quemada plantada por él en el patio. Pero siempre le había encontrado negra, seca y muerta. Los ojos de águila de Demir -Kaia se ha bían ido apagando; su cuerpo fornido, encorvan dose; sus cabellos, tornándose blancos como la alas de un ángel.
EL BRAZALETE

v

S-EBICIONE

021

130

Mas he aquí que una mañana oyó el galope de un caballo y corrió al camino. Sobre un caba llo cubierto de espuma marchaba veloz un via jero. Demir-Kaia se lanzó hacia él, se asió a la brida y le rogó:
- Hermano mío, entra en mi casa! Refrigera
tu rostro con el agua límpida de mis fuentes, come, bebe y fuma una pipa de mi perfumado
calian.

Pero el otro gritó furioso:
- Déjame, viejo! ¡ Lárgate!
Y le escupió en la cara, le dió en la cabeza un fuerte latigazo y siguió galopando.
La sangre orgullosa del viejo bandido se remo vió en las venas de Demir -Kaia, que cogió una pesada piedra y se la tiró a la cabeza al jinete. Este vaciló y cayó del caballo.
Horrorizado de lo que había hecho, Demir -Kaia corrió hacia el herido y le dijo tristemente:
- ; Hermano mío, te he matado!
Pero el moribundo contestó:

- No has sido tú quien me ha matado; ha sido
la mano vengadora de Allah. Escucha. El pachá de nuestra región es un hombre injusto y cruel. Mis amigos han organizado contra él una cons piración. Pero, tentado por una rica recompensa, he decidido traicionarlos. Y he aquí que, cuando corría a denunciar a mis amigos, he sido dete nido por la piedra que me has lanzado. Es la voluntad de Dios. Quien me ha matado ha sido El. Lleno de dolor, tornó Demir -Kaia a su casa.

131

La escala de virtud y de arrepentimiento por donde se elevaba con tanta paciencia hacía vein te años se había desplomado de pronto bajo sus pies.

Desesperado, miró la astilla negra y seca que acostumbraba a mirar todos los días. Y de re

pente - oh, milagro!-la vió cubrirse de botones verdes, de hojas y de flores fragantes.
Demir -Kaia cayó de hinojos y empezó a llorar de alegría. Había comprendido que el gran Allah misericordioso, en su sabiduría infinita, le había perdonado la muerte de noventa y nueve inocen
tes en gracia a la muerte de un solo traidor.

UN JAMELGO

>

Caía una menuda lluvia. La calle parecla llera de niebla. La fría humedad mojaba, de un modo sutil, el rostro de los transeuntes. La gente an
daba presurosa, con el cuello del gabán levau
tado y cara de pocos amigos.
Al encontrarse con nuestra procesión se qui
taba el sombrero y dirigía una mirada de curio
sidad a los enterradores harapientos, de rostro severo y majestuoso, que marchaban ante el ataúd, de dos en dos, por en medio del barro, re cogiéndose la capa; a los dos caballos cubiertos
con unos paños negros, agujereados por delan
te de los ojos equinos, a modo de antifaces; al
alto coche fúnebre, con una cubierta negra ribe
teada de blanco; al ataúd blanco que se zaran deaba en el coche y que llevaba encima una verde

corona de hojalata; a la larga fila de carruajes llenos de hombres y mujeres indiferentes, tediosos y un poco cohibidos.
Había en todo aquello algo lastimoso, extre madamente triste, que le encogía a uno el cora. zón. Me parecía que si el difunto Paskevich, que
se zarandeaba en el ataúd, hubiera podido ha.
blar, le hubiera dicho al acompañamiento:

133

- Dejadme en paz y volveos a vuestra casa.
¿ Para qué representar esta miserable comedia?

- ¿ Pronunciará usted un discurso sobre la ture
ba?-le pregunté a Vasiutin, redactor de un dia rio local, que iba en el coche junto a mí.
Era un hombrecillo de aspecto muy severo, casi siniestro, pero que, en realidad, tenía un c. razón de oro. Me había sido siempre muy sim: pático.
Hizo una mueca nerviosa.

- No, no hablaré!
-¿Por qué, hombre?
El periodista, con gesto de enojo y voz alte rada, se expresó así:
-¿Que por qué? Porque, aunque yo no hable.
no faltarán oradores. iQue se vayan todos al dia
blo! ¡ Tartufos malditos! i¡Hipócritas! Sé de an temano todas las tonterías que dirán con aire grave de pontífices. "El estandarte sagrado del arte”, “el fuego inextinguible que arde en el altar de la poesía ”, “el honrado obrero de la cultura ”. etcétera, etc. ¡ No, no, eso me repugna! Si yo to mase la palabra, les diría cuatro verdades

...

- ¿Qué les diría usted,Antón Zajarievich?
- Mire usted

lo

que les diría:

“ Nosotros,

los
literatos,

arrastramos nuestro famoso carro del progreso,

Es verdad,

y

no

hay por qué asombrar
se.

Los bueyes y

los asnos arrastran también sus carros,

porque son dóciles y

sufridos y

están
seguros

de

que

su

trabajo les conquistará

un
poco

de

heno.

¿Pero saben ustedes,

señores,

in

134

que pasaría si se enganchase a un carro cargado de piedras un buen caballo árabe? El noble bruto agotaría sus fuerzas, se rompería la espina dor sal y el pecho, se quebraría las piernas y acaba ría por convertirse en un jamelgo miserable y enfermo. Entonces le dejarían en medio del cam po, para que se muriese, y natural, se moriría. Los bueyes dóciles y laboriosos seguirían rumian do heno, arrastrando pesados carros y recibiendo palos con indiferencia.”
Tras una corta pausa, continuó:

- ¿Y sabe usted cómo acabaría el discurso?
Les diría: “ Señores, Paskevich tenía mucho más talento que todos vosotros. Era una naturaleza selecta, fina, delicada, entusiasta. Y aunque, al fin de su vida, perdió toda capacidad de trabajo; aun
que ha muerto de una enfermedad muy larga,
en un sucio lecho de hospital; aunque nadie llora su muerte, era más feliz que todos nosotros."
- ¿Le trataba usted?
-;Ya lo creo! Precisamente, estaba yo en la redacción cuando llegó, hace ya muchos años, su primer cuento. El pobre se ruborizaba como una muchacha, y apenas se atrevía a pronunciar al gunas palabras. Había en su rostro y en su voz algo temeroso, como si hubiera cometido algún crimen, o más bien, algún acto infantil, poco se rio, que pudiera excitar la risa de los dioses del Olimpo literario que nosotros éramos enton
ces para él. Cuando cobró sus primeros hono
rarios periodísticos, estaba tan turbado como si

135

acabase de robar algo por primera vez

...

A

pro

pósito,

diga usted:

¿por qué experimentaré

yo
siempre,

como muchos otros escritores,

ese senti
miento extraño de turbación

al

cobrar mis traba
jos?

¿Será porque los rusos

no

hemos llega

lɔ
todavía

al

grado

demadurez preciso para con
siderar

la

literatura una cosa seria?

¿

O

será

quizá porque

no

nos creemos dignos

de

culti
varla y

dudamos

de

nuestras fuerzas?

- Recuerdo muy bien -

continuó tras un corto
silencio,

Vasiutin -

las primeras palabras

de

Pas
kevich.

¡ Había

en

ellas

un

fuego,

una originall
dad audaz!

...

¡ Con qué cariño,

con qué paciencia
las escribía!

Las trabajaba como un joyero tra baja una piedra preciosa;

y,

a

pesar

de

eso,

eran

tan elegantes,

tan encantadoras,

que

el

lector hu
biera jurado que habían sido escritas

de

un tirón.

El éxito

le

emborracho,

y
decidió consagra ” todas sus fuerzas y

toda

su

vida a

las letras.
El

charco

en

que nos agitamos

se

le

antojaba
un templo.

Un tropel

de

plagiarios sin talento alguno,

que habían escogido

el

oficio literario por ser incapaces

de

hacer otra cosa,

dada

su

abso

luta carencia

de

energía,

de

ingenio y

de

cultu
ra,

esos señores que hacen

de

las letras

lamás

baja faena,

vendiendo sus plumas a

los hosteleros
y

a

las cantantes,

se

le

antojaban héroes,

defen
sores

de

la

justicia.
Detestaba

el

reportaje y

todo otro trabajo

pe

riodístico por

el

estilo.

Sólo quería escribir no velas.

Pero sus obras

no

tardaron

en

pecar

de

136

precipitadas. ¡Había que vivir! Nadie le hubiera dado de comer ni le hubiera comprado unas botas
sólo por su talento. Y las necesidades implaca
bles de la vida le obligaban a aprovechar el pri
mer asunto que se le ocurría para escribir algo y ganar algunos rublos. Con frecuencia empezaba
a escribir sin saber aún cómo acabaría su no
vela. Escribía en una esquina de la mesa de re dacción, sobre un montón de periódicos, en mo. dio de la algarabía de los redactores, oyendo so
nar a cada instante el timbre del teléfono. Y,
a pesar del febril apresuramiento con que tra
bajaba, se encontraban a veces en sus escritos
magníficos relámpagos de talento, admirables,
imágenes, descripciones maravillosas.
Ya sé que hay escritores que pueden soportar
una vida así durante años y años; pero Paske
vich era como esas espléndidas flores exóticas, de masiado delicadas, que se marchitan si les faltan la luz y el calor. Para estimular su energía, re curría a excitantes, como el vino y la morfina. Año y medio después de su primer cuento, no pn día ya su cerebro cansado concebir ni un asunto. Pero, sin embargo, había que vivir. Se había ca

sado, de la manera estúpida que suelen hacerlo los

hombres

de

talento desequilibrados e

incapa
ces para

la

vida práctica

...

Una modista

de

la

ve
cindad,

un encuentro

en

la

escalera mal alumbra
da

,

una breve novela,

la

hipertrofia del honor,
los remordimientos

de

conciencia,

los sentimien
tos caballerescos

...

y

catate

al

pobre infeliz con.

137

vertido en marido de una linda joven sin cultu-, ra, sin corazón, de alma mezquina y estrecha. Ella le despreciaba por la suavidad de su carácter, por su timidez, por su debilidad física, por su falta de sentido práctico. Le armaba escándalos en la calle y se la pegaba con casi todos los periodis tas y los oficiales de la ciudad. Tenían hijos — unas pobres criaturas pálidas y raquíticas. Señalán doles con la mano, le gritaba, en su jerga dz verdulera: " ¡Son tus hijos, tus hijos! Hay que mantenerlos. ¿ Por qué no escribes? ¡ Ponte a es cribir en seguida!"
Y él escribía, imi pobre Paskevich!, escribía día y noche, en su casa, en las redacciones, en los cafés

...

Llegó a

ser un sencillo repórter.

Intentó
escribir artículos

de

fondo para los periódicos; pero

no

podía acostumbrarse a

ese lenguaje

sin
gular,

solemne,

de

los "leaders "

periodísticos,

in
finitamente más estúpido,

a

veces,

que los proce
sos verbales policíacos.

Permanecía horas enteras con

la

pluma

en

lamano,

desesperado,

sin poder
enlazar dos frases,

cada una

de

las cuales comen zaba por

el

pronombre "

cuyo ”

.

No,

sería demasiado largo

de

contar

el marti
rio

...

El

fin fué

de

lomás vulgar:

el

"

surmenage "

,

la

tisis,

la

ceguera.

En cuatro años,

aquel hom
bre

se

consumió,

como devorado por

la

llama de
una hoguera

...

¡

Y

a

esto

se

le

llama vida!
Vasiutin calló y

le

pareció sumirse en tristes reflexiones.

Hasta nuestra llegada

al

cementerio,
no pronunciamos

ni

una sola palabra.

138

Cuando nos congregamos en torno a la tum

ba, la expresión de todos los rostros era grave y solemne. Las primeras paletadas de tierra caye ron con un ruido sordo sobre la tapa del ataúd. Los enterradores se entregaron febrilmente al tra bajo; se veía que tenían prisa.
Un señor de elevada estatura, robusto, con len tes, cuya faz redonda adornaba una perillita roja, se adelantó un poco hacia la tumba. Miró alrede dor, tosió, y empezó a hablar:
-; Señores! ¡Una nueva pérdida dolorosa! Un nuevo luchador honrado ha bajado prematura mente a la tumba

...

Nuestro difunto compañero
Paskevich mantuvo siempre valientemente

en

alto
el

estandarte bajo

el

cual trabajamos todos por
el

bien público

...

Sembraba

labuena semilla

de

la
cultura y

de

la

luz,

y

el

fuego sagrado

no

se
apagaba nunca

en

su

corazón,

que

...

Se

oyó,

de

pronto,

un

ruido extraño.

Todo

el
mundo volvió

la

cabeza.

Vasiutin,

apoyado

en

la

verja

de

un rico panteón,

sollozaba y

lloraba a

lá

grima viva.

UN IDILIO

1

Hace ya

... me parece a

veces que hace

lome
nos trescientos años;

tantos acaecimientos,

ros
tros,

ciudades,

éxitos,

fracasos,

alegrías y

dola
res separan aquel tiempo

de

éste.
Yo vivía entonces

en

Kiev,

en una fonda que ostentaba

el

pretencioso título

de

“ La Bahía del
Dnieper ”

,

y

cuyo propietario era

un

antiguo co
cinero

de

barco despedido por borracho y

casado

con una mujer perfida,

ávida y

malévola como
una hiena.
Los huéspedes estables éramus seis,

todos sol
teros.

La habitación número 1

estaba ocupada por
el más antiguo

de

todos,

que hacía muchos años había sido comerciante y

poseído

un

almacén or
topédico,

perdiendo después

en

el

juego,

al

que

se
entregó por completo,

toda

su

fortuna.

Durante

algún tiempo había sido comisionista;

pero

su
pasión por

el

juego

le

había hecho perder

el

em
pleo.

A

la

sazón vivía

de

unmodo estúpido e

in

sensato;

dormía todo

el

día y

pasaba

la

noche

en
los garitos que tanto abundan

en

la

orilla del

140

Dnieper, cerca del puerto. Como todos los juga
dores que juegan por vicio y no para lucrarse,
era generoso, cortés y un poco fatalista.
Ocupaba la habitación número 3 el ingeniero
Butkovsky. Según contaba, había estudiado la ca
rrera de ingeniero de Minas y la de ingeniero de
Caminos, y había estudiado también en el institutɔ agrícola y en el tecnológico y en una escuela su perior del extranjero. En efecto, estaba abarrota
do de conocimientos de todas clases. Era, en este
respecto, una especie de salchichón, o, más bien,
una a manera de maleta demasiado llena y muy
difícil de cerrar, de la cual, al abrirla, sale en
desorden todo lo que contiene. Sin el menor es
fuerzo, aunque no se le invitase a ello, hablaba,
como un libro, de aviación, de botánica, de esta dística, de política, de los ictiosauros, de astrono mía, de fortificaciones, del análisis espectral, da
avicultura, de riegos, de la conservación de los
bosques, de la canalización.
Todos los meses, durante algunos días, se en
tregaba de un modo desenfrenado al alcoholismo.
Entonces sólo hablaba en francés, y también en
francés les escribía breves cartas a sus antiguos
compañeros de carrera, solicitando préstamos pe
cuniarios. Después, durante cinco días, no salía
de su cuarto, donde permanecía acostado bajo su
capa azul. No hacía absolutamente nada, salvo
escribir a los periódicos una enorme cantidad de
cartas sobre todo género de asuntos: sobre las
. marismas de Pinsk, sobre el descubrimiento de id

2

CO

141

una estrella, sobre los pozos artesianos. Cuando tenía dinero, lo colocaba entre las hojas de algu
nos libros que guardaba en su armario, y luego

era para él una grata sorpresa encontrarlo. A ve ces me decía,

pronunciando nasalmente las erres:
-Queguido amigo,

tenga usted

la

bondad

de
cogeg del agmaguio

el

cuagto tomo

de

Eliseo
Gueclu

...

Entgue las páginas 200 y

300 deben

es
tag los cinco gublos que

le

debo a

usted.
Era completamente calvo y

llevaba cortada

en
forma

de

abanico

la

larga barba blanca.
La habitación número 8

la

ocupaba

yo.

La

nä
bitación número 7,

un estudiante grueso y

lan:
piño,

siempre irreprochable,

que llegó con

el

tiem
po

a

ser

un

abogado

de

gran reputación.

La

hä
bitación número 6

estaba habitada por

el

alemá.
Karl,

un buen hombre,

gordo,

que ingería cerveza
en

cantidades inverosímiles.

En

fin

,
la

habitación
número 5

la
habitaba una prostituta llamada Zoya,

a

quien

la

patrona estimaba más que a

los

otros huéspedes.

Había hartas razones para ello; por de pronto,

pagaba más que nosotros;

además

pagaba adelantado,

y,

en

fin

,
no

hacía nunca ruido.
Sólo raras veces llevaba hombres a

su

cuarto,

y

siempre eran hombres serios,

respetables,madu

ros,

enemigos

de

los escándalos.

La mayoría

de
las noches las pasaba fuera.El carácter

de

las re
laciones entre los huéspedes era un poco extraño:
nos conocíamos y

no

nos conocíamos.

Nos pres
tábamos de cuando en cuando unos a

otros un

poco de

te,

una aguja,

agua caliente,

un perió

142

dico, tinta, sobres, papel, y a eso se redacía toco. Había en la fonda nueve habitaciones; las tres libres solían ocuparlas de noche parejas amorg A nosotros no nos importaba. Estábamos acostumbrados a todo.

sas.

II

La primavera meridional, muy efímera, había llegado. El hielo que cubría el Dnieper durante el invierno se había fundido; el río sin trabas pa recía un mar y había inundado todas las llanuras de la margen izquierda.
Las noches eran muy obscuras y calurosas. De cuando en cuando caían breves pero copiosas

llu
vias.

La naturaleza renacía con una rapidez mi lagrosa;

los árboles que

al

anochecer

no

tenían
sino botones,

amanecían cubiertos

de

hojas ver
des y

tiernas.
No tardaron

en

llegar las Pascuas con

suher
mosa y

alegre noche.

Yo

no

estaba invitado apa
sarla

en

ninguna parte,

y

vagué a

través

de

la
ciudad,

visité las iglesias,me distraje con

el

ez

pectáculo

de

las procesiones religiosas,

la

ilumi
nación

de

las calles,

los suaves rostros

demuje
re

y

niños,

alumbrados por

el

resplandor

de

las
velas.

Resonaban solemnemente las campanas y
se

oían cánticos religiosos.

Todo aquello me cin
movía hasta hacerme llorar,

me oprimía dulce

mente

el

corazón,

evocaba

en

mí

los recuerdos

de

143

mi pureza perdida, de mi infancia blanca y lu
minosa.

Al volver a mi habitación en la fonda me en
contré en la escalera con Vaska, el mozuelo tra
vieso de nariz respingada, sirviente de la casa.
Cambiamos un beso (1). Enseñando al sonreír no sólo los dientes, sino también las encías, Vaska.
me dijo:
- La señorita del número cinco le ruega a usted
que pase a su cuarto.
Yo experimenté cierto asombro; no tenía el ho
nor de tratar a aquella " señorita ”.

- Le ha escrito a usted cuatro letras - continuó

Vaska—; las encontrará usted en su cuarto, en cima de la mesa.
En efecto, encontré en mi cuarto un pedacito de papel, probablemente arrancado de un "carnet ”, y bajo la palabra impresa “entradas ” leí la mi
siva siguiente:

“ Muy distinguido número 8: Si nada se lo im
pide a usted y no le desagrada, tenga la bonda: de venir a mi cuarto para comer la sagrada torta de Pascuas. Su vecina,
Zoya Kramarenkova.”

Llamé a la puerta del ingeniero para pedirle consejo en situación tan delicada. Estaba de pie

(1) En Rusia, durante la fiesta de Pascuas, todos sin excepción, señores y campesinos, amos y criados, hasta los jefes de prisión y los prisioneros, cambian besos dicien
do: " Cristo ha resueitado. "

144

>

ante el espejo y trataba obstinadamente de

ali
sarse un poco con los dedos los rebeldes cabellos. Vestía una levita que debía

de

haber adquirido un
gran conocimiento del mundo

en

su

larga exis

tencia,

y

lucía una corbata blanca anudada a

un

cuello viejísimo.
Me dijo que también acababa

de

recibir

la

in
vitación

de

Zoya.
Nos dirigimos juntos a

su

cuarto.
Nos recibió

en

la

puerta,

excusándose y

ponién
dose colorada.

Tenía una cara muy vulgar,

la

cara típica

de

una ramera rusa:

labios gruesos,

delatores de una
voluntad débil;

nariz apatatada,

ojos grises casi
sin cejas.

Pero nos acogió con una sonrisa con
fusa,muy natural y

dulce,

una verdadera sonrisa
demujer,

y

su

cara,

por un instante,

se

tornó

en
cantadora.
Ante

lamesa estaban

ya

sentados

el

viejo ju
gador y

el

alemán Karl.

De modo que todos los huéspedes

de

“ La Bahía

deDnieper "

,

excepto del
estudiante gordo,

nos encontramos allí.
La habitación era también

la

habitación típica
ale

una prostituta:

bomboneras vacías sobre

la
cómoda,

etiquetas

de

fábricas

de

chocolate pega
das a

las paredes,

fotografías descoloridas

de

jó

venes imberbes

de

pelo rizado,

de

actores preten
ciosos,

de

subtenientes con

el

sable desnudo y

el
rostro amenazador.

Sobre

el

enorme lecho

seal
zaba una montaña

de

almohadas con fundas

de
tul.

Bajo

el

espejo había polveras y

tenacillas.

>

145

· Pero la mesa, que, a falta de mantel, estaba col bierta de papel recortado, se hallaba ricamente servida: había en ella una torta de Pascuas, hue
vos teñidos de todos los colores, un gran jamón
y dos botellas de un vino misterioso.
Cambiamos con Zoya tres besos castos y cere
moniosos, y nos sentamos a la mesa.
No puede negarse que nuestra reunión era poco vulgar: cuatro hombres agotados y terriblemente maltratados por la vida; cuatro viejos jamelgos que sumábamos entre todos lo menos dos siglo:,
y una ramera rusa que no era ya joven, es decir,
uno de los seres más desgraciados, más tontos y
más impotentes de nuestro planeta.
¡ Pero había que ver lo torpemente amable, hos pitalaria y simpática que estaba!
-Tenga la bondad de sentarse - decía cariño
samente, ofreciéndonos a cada uno una silla,
Siéntese usted y coma, se lo ruego. Señor número seis, ya sé que le gusta a usted más la cerveza, tómela; ahí la tiene junto a su cubierto. Y a us tedes, señores, voy a servirles vino. Es un vino muy bueno. Se llama “Tenerife". Tengo un amigo,
un capitán de barco, que no bebe más que “ Tene
rife ".
Los cuatro números no éramos ya niños, y sa
bíamos ya a qué atenernos, y, naturalmente, no
ignorábamos como aquella muchacha había gana
do el dinero invertido en el vino de Tenerife " y
en todo lo demás. Pero nos tenía sin cuidado, y
nos hallábamos muy a gusto.

13-8389

O

EL BRAZALETE 10 ,

146

Zoya nos contaba cómo había pasado la noche. En la iglesia universitaria, donde había oído misa, se apiñaba una multitud enorme; pero ella, sin embargo, había tenido la suerte de encontrar ur. buen sitio. Habían cantado muy bien. Los estu diantes habían recitado en alta voz el Evangelio.

-Y figúrense, lo ha recitado en todas las len
guas que existen en el mundo: en francés, en ale mán, en griego, ¡hasta en árabe! Luego, cuando los curas han comenzado a bendecir las tortas de Pascuas en el patio de la iglesia, se ha movido un gran trastorno y ha habido unas cuantas pen dencias.

Zoya se quedó pensativa, lanzó un hondo suspiro y empezó a recordar la Semana Santa en su aldea. -Cogíamos en el campo unas flores azules muy
lindas

...

Son las primeras flores que aperecen

30
bre

la

tierra pasado

el

invierno

...

Con esas flores
fabricábamos

el

tinte para colorear los huevos.
¡ Dios mío,

lo

que nos divertíamos!
Nuestra vecina continuó,

tras un corto silencio:

-Y para poner los huevos amarillos,

los en
volvíamos

en

pellejos

de

cebolla y

los echábamos

en

agua hirviendo.

También los coloreábamos echando

en

el

agua retalitos

de

colores.

Después,
durante toda

la

semana,

se

chocaban los huevos unos contra otros (

1

)

.
Una vez,

un muchacho

(1

)

Durante

la

fiesta de Pascuas,

los niños y

con fre
cuencia las personas mayores,

se dedican a

ese deporte
especial:

dos jugadores chocan huevos cocidos,

uno contra
otro;

el

huevo que

se

rompe

se

considera propiedad del
jugador cuyo huevo queda intacto después del choque.

147

compró en la ciudad un huevo de piedra, y, natu ralmente, rompía los huevos de todos sus adver. sarios, que no sospechaban nada; pero cuando se supo en la aldea el secreto del éxito, le hicieron devolver todos los huevos que había ganado, y le dieron una paliza.
Calló de nuevo unos instantes, mirando ante si con ojos soñadores, transportada mentalmente a su aldea. Después continuó:
-Toda la Semana Santa había en el pueblo verbenas. Se instalaban en la plaza barracas, co lumpios, juegos. La gente se divertía, tocaba el acordeón, cantaba “Cristo ha resucitado

...

"

¡
Oh

,

qué delicia!
No

la

interrumpíamos.

No podíamos contar
nada parecido.

La vida nos había dado tantos y
tan furiosos coscorrones,

que habían acabado por
huír de nuestra cabeza los recuerdos de

la

infan
cia,

de

lafamilia,

denuestras maddes,

de

las

an
tiguas Semanas Santas.
La noche fué pasando poco a

poco,

y

la

corti -
nilla

de

la

ventana

se

torno azulada

al

transpa
rentar

la

luz del alba;

luego amarillenta,

y,

por
último,

de

un matiz rosa

al

dar paso

al

fulgor

de
los primeros rayos del sol.

- Si ustedes

no

tienen inconveniente,

señores,
voy a

abrir

la

ventana -

dijo Zoya.
Descorrió

la

cortina,

abrió

laventana

depar en
par y

se

asomó a

ella.

Nosotros también nos acer.

camos.

Hacía una hermosa mañana,

clara y

fresca,4

y

148

se diría que alguien, durante la noche, había aci calado cuidadosamente el cielo azul, las nubes blancas, los altos álamos llenos de vida primave ral. Ante nosotros se extendía, a una gran dis. tancia, el Dnieper, azul y amenazador junto a las orillas y plateado por el centro. Todas las cam panas de todas las iglesias sonaban.
De pronto oímos un ruido extraño y volvimos
la cabeza: el anciano ingeniero lloraba. Apoyaba la cabeza en la ventana, y los sollozos sacudían

todo su cuerpo. ¿ Qué pasaba en el viejo corazón devastado y herido de aquel hombre que en la lucha de la vida sólo había conocido derrotas? Yo no había oído hablar de su pasado sino muy vagamente: un matrimonio desgraciado con una

mujer perversa y escandalosa, un lujo insosteni
ble, la malversación de fondos del Estado, una es cenas de celos con tiros al amante de su mujer, la pérdida de los hijos, que siguieron a la madre

...

Zoya,

apiadada,

prorrumpió

en

una exclamación
compasiva,

cogió

la

cabeza calva del ingeniero,
la

colocó sobre

su

pecho y

empezó a

acariciarla
suave y

tiernamente.

-
Querido,

pobrecito mío -decía!

”

.
Ya

sé

que
vuestra vida

esmuy triste.

Todos sois como pe rritos abandonados

...,

viejos,

solitarios

...

Pero

ou
os

desesperéis

...

El

buen Dios puede cambiarlo
todo

...

Todo

se

arreglará,

y

la

vida

os

será más
fácil

...

Sólo necesitáis

un

poco

de

paciencia

...

¡ Va
lor,

hijos míos!
Con mucho trabajo,

el

ingeniero

se

dominó y

lc

149

gró calmarse. Los ojos se le habían puesto colo
rados a causa del llanto, y la nariz, azul.
— ¡Diablo! Son los negvios

...

Los malditos neg

vios...- dijo,evitando mirarnos. Seadvertía ensu

voz que las lágrimas

le

subían

a

la

garganta.
Cinco minutos después nos despedimos

de

Zoya

..

Todos

le

besamos respetuosamente

lamano.
El

ingeniero y

yo

salimos los últimos.
En

el momento que salíamos apareció

en

el

co
rredor

el

estudiante gordo,

que volvía

de

laciudad. --;Calla,

calla -exclamó!

sonriendo con aire
malicioso--,

¡ Mira

de

dónde salen!

¡ Habrán pa
sado ustedes un buen rato con esa señora! Había algo extremadamente cínico

en

su

acento.
El

ingeniero

lemiró

de

alto abajo,

y

tras

un
largo silencio dijo con un desprecio magnífico, imposible

de

describir:

-- Badulaque!

UN CAPRICHO

I

El enorme salón de conferencias de la Univer
sidad parecía inundado por un mar de luces. En
un extremo se alzaba un vasto estrado, engala nado con banderas y plantas. Sobre él había un piano con la tapa levantada.
Aunque parecía que no quedaba ya ni un solo sitio libre, olas de espectadores penetraban sin cesar en el enorme salón por la puerta de entra da. La vista se perdía en aquel agitado mar de cabezas, de tocados, de fracs negros, de unifor
mes militares, de claras "toilettes ", de mujeres,
de abanicos inquietos, de brazos finos calzados con
largos guantes blancos, de gestos y sonrisas lle
nos de coquetería.
Un gentil cantante subió al estrado. Con paso seguro, casi orgulloso, avanzó desde la escalinata.
Vestía de frac y llevaba una rosa roja en el oja!
de la solapa. Siguiéndole como sų sombra, subió
también, casi inadvertido, su acompañante, que se sentó al piano. Llevaba una larga melena que le caía sobre los hombros.
Inmediatamente reinó el silencio.

Varios estudiantes pertenecientes a la junta on

151

ganizadora del concierto, en señal de lo que lleva ban unas cintitas en el pecho, iban y venían im pacientes por el vestíbulo, por entre los abrigos
y las pieles, esperando la llegada de la señorita

Enriqueta Ducroix, primadona de la ópera de Pa rís,

que invernaba

en

laciudad.

Aunque

lacélebre
cantatriz había recibido a

lacomisión

de

estudian
tes con suma amabilidad y

había asegurado que
sería para ella un gran honor cantar

en

su

con
cierto,

latercera parte,

en

la

que figuraba

sunom
bre

en

el

programa,

había comenzado

ya,

y

ella

no

parecía.

“

: Será posible que

novenga?”

,

se

preguntaban
con inquietud los organizadores,mirando ansio
samente por las ventanas y

tratando

de

sondear
las tinieblas

de

lanoche.

La señorita Ducroix,

que
cobraba carísimos los billetes para sus conciertos,
era

el

“ clou "

de

lafiesta,

y

su

nombre había atraí
do

a

lamayoría del público. Afortunadamente,

al

cabo

de

un cuarto

de

hora
se

oyó rodar un coche,

y

por las ventanas

se

vie
ron acercarse dos linternas.

Los organizadores corrieron a

la

puerta,

tropezando unos con otr'is
y

visiblemente conmovidos. Era,

en

efecto,

la

señorita Ducroix,

que entró

en

el

vestíbulo sonriendo a

los estudiantes y

se
ñalándose con

lamano a

la

garganta,

envuelta

en

pieles costosísimas.

Aquel ademán quería de cir que estaba dispuesta a

explicar

su

retraso,
pero que no

se

atrevía a

hablar

en

el

frío ves
tíbulo.

152

II

se

Como la señorita Ducroix se había hecho espa
rar tanto, y el público estaba seguro de que ya no iría, su aparición repentina en el estrado produjo
una magnífica impresión de sorpresa. Varios cen
tenares de robustas gargantas, cuyas voces mezclaban con formidables aplausos, le hicieron una ovación tan larga y calurosa, que aquella mujer mimada por la gloria no pudo menos de
sentirse conmovida y halagada. De pie junto a la
escalinata, ligeramente inclinada hacia el público,
paseaba sus grandes ojos negros y sonrientes por
las filas de espectadores. Vestía un traje blanco de seda resplandeciente, cuyo corpiño sostenían sobre sus hombros unas cintitas. Sus bellos bra zos desnudos, su pecho alto y muy descotado, y
su cuello torneado y altivo, parecían esculpidos
en un mármol cálido y aterciopelado.
Se acercó al piano varias veces para cantar; pero siempre una nueva salva de aplausos la ob?:-- gaba a volver junto a la escalinata y a saludar al público. Por

fin

,

con una sonrisa encantadora,

se
ñaló

al

piano

de

una manera suplicante.

Los gri

tos y

los aplausos cesaron.

El

público

la

contem

plaba con mirada amorosa,

y

enmedio

de

un

si

lencio profundo,

pero vivo y

atento,

la

artista
comenzó a

cantar una romanza

de

Saint -Saëns.
Alejo Sumilov,

estudiante

de

medicina

de

se
gundo año,

en

pie,

apoyado

en

una columna pro

a

153

xima al piano, escuchaba, con los ojos cerrados,
el canto apasionado y tierno. Amaba la música
con un amor extraordinario, profundo, casi mor
boso; la sentía con todo su cuerpo, con sus ner
vios, con su alma. Y cada vibración de la admira ble voz de la artista penetraba en lo hondo de su ser y provocaba en él dulces estremecimientos. A veces se le antojaba al joven que aquella voz brotaba de su propio pecho.
Cuando, después de cada romanza, el público
estallaba en aplausos y en bravos frenéticos, Su
milov experimentaba un dolor casi físico y mira
ba al público con expresión de espanto, de súplica y de sufrimiento. Pero la señorita Ducroix em pezaba una nueva canción, y Sumilov cerraba de nuevo los ojos y se abandonaba al encanto de la música, cuyas ondas cálidas le mecían como las del mar. Sentía un deseo apasionado de escuchar eternamente aquella voz divina, apoyado en la 20 lumna, con los ojos cerrados. El público le hizo repetir a la señorita Ducroix lo menos diez veces. No la dejaron tranquila hasta que, iluminado el rostro por su sonrisa encantadora, se señaló con la mano a la garganta, dando a entender que lo lamentaba, pero que no podía cantar más.
En cuanto abandonó el estradio, ocupó su sitio un actor de rostro ruboso, que llevaba un frac pasado de moda, y comenzó a recitar un trozo de sainete.

Sumilov suspiró profundamente, como si des pertase de un sueño de amor.

154

JI)

Bajaba la escalera, invadida por un público
clamoroso, procurando no pisar los vestidos de
las señoras. Alguien le tocó por detrás en el hom bro. Sumilov se volvió y reconoció al estudiante de derecho Biber, hijo de un famoso millonario y compañero suyo de liceo.
Biber estaba muy contento. Abrazó a su amigo por la cintura, y, apretándole contra sí, le dijo al oído:

- Ha aceptado

...

No tardarán los "

troika "

...

Не
enviado por ellos

...

¿Quién

ha

aceptado?-preguntó Sumilov.
- ¡Pues ella

...

,
la

señorita Ducroix!

Hemos en

cargado una cena

al

hotel

de

Europa

...

Al

prin
cipio

se

negaba obstinadamente;

pero

al

cabo

ha
cedido

...

Iremos todos

...

¿Tú vendrás también, claro?

...

¿ Yo?

No,

no iré.
Sumilov

no

había pertenecido nunca

al

círculo
de

Biber,

formado por

la

juventud dorada

de

la

Universidad:

hijos

de

grandes terratenientes,

le
panqueros y

de

ricos comerciantes.

Biber,

aunque
lo

comprendía,

se

hallaba

en

ese estado

de

entu
siasmo

en

que

se

siente

lanecesidad

dehacer algo
agradable para los demás.

-

No digas tonterías -protesto!

.

Tienes que
venir con nosotros.

¿Por qué

no

quieres?
Sumilov

se

echó a

reír,

155

- Porque

...

porque

...

Sencillamente porque mis recursos

...,

ya

lo

sabes

...

- Bueno,

bueno!

¡ Enterado!-interrumpió Bi

ber,

arrastrando a

su

compañero- ¡Vamos!
A

la

puerta estaban

ya

los “

troika ”

.
Los caba
llos relinchaban

en

la

obscuridad y

sacudían

la
cabeza,

haciendo sonar los cascabeles.

Los estu.
diantes

se

acomodaron

en

los trineos,

turbando

con su algarabía

el

silencio

de

la

noche invernal.
Sumilov

se

sentó

al

lado

de

Biber.

Seguía toda
vía bajo

la

impresión

de

lamúsica.Mientras los trineos recorrían las calles desiertas,

se

entregaba

a

una ilusión extraña.

El

silbido del viento,

el
ruido

de

la

nieve bajo los trineos,

los gritos

de
los estudiantes y

el

continuo tintineo

delos casca
beles sonaban

en

su

oído mezclados en una melo
día encantadora.

A

veces

se

abstraía hasta

el

punto

de

no

recordar dónde

se

hallaba y

adón
de iba.

IV

La cena,

a

cuyo comienzo

se

encontraban todos, incluso

la

señorita Ducroix,

un poco cohibidos,
acabó por ofrecer un aspecto ruidoso y

alegre

de
orgía.

Los estudiantes besaban las manos

de

la
célebre cantatriz y

le

echaban,

en

un

detestable
francés,

flores muy atrevidas.

La presencia

de
una mujer bella y

muy descotada los emborra chaba harto más que

el

" champagne "

.
En sus ojos
brillaba un apetito erótico que

ni

siquiera trata

156

ban de disimular. La señorita Ducroix contestaba
a un tiempo a media docena de estudiantes, reía a carcajadas, derribaba la cabeza sobre el res.
paldo del sofá de terciopelo rojo y les daba aba
nicazos a sus interlocutores en las manos y en los
labios.
Sumilov no tenía costumbre de beber, y las dos
copas que se había bebido le habían achispado
un poco. Sentado en un rincón, protegiéndose con
la mano los ojos contra la luz, demasiado fuerte,
miraba a la señorita Ducroix con miradas entu
siásticas. Estaba asombrado de la audacia de sus
camaradas, que se conducían de un modo tan libre
con la célebre artista. Tal audacia despertaba en
él un sentimiento de envidia y de celos.
Sumilov era muy modesto, hasta tímido, tanto por naturaleza como por la educación recibida en
su casa patriarcal y noble. Sus amigos le llama
ban " señorita ”, y, en efecto, había en él una frez
cura de sentimientos, una candidez verdadera
mente femeninas.

-¿Quién es ese señor que está en el rincón
como un ratoncito?

- preguntó de pronto la seño
rita Ducroix, señalando a Sumilov.

- Es uno de nuestros estudiantes contestó Bi
ber-. Se llama Sumi v.
- Debe de ser poeta

...

¡ Oiga,

señor poeta!

¡Ven
ga

usted aquí!-gritó

la

cantatriz.
Sumilov

se

acercó,

y

,

cohibido,

se

detuvo ante
ella,

poniéndose coloradísimo.

- ¡Ay,

Dios mío -exclamó!

ella sonriendo

157

-

¡Es muy lindo nuestro poeta! Parece una cole

gialita. ¡Miren, miren cómo se ruboriza! ¡ Jesús, qué monada!
En efecto, miraba encantada la figura esbelta
y elegante de Sumilov, su delicada faz, a la sazón como un tomate; sus suaves cabellos rubios, que

caían en desorden sobre su frente. De pronto, ce giéndole la mano con una gracia deliciosa, le hizo sentarse junto a ella en el sofá.
- ¿Por qué no quería usted acercarse a mi?
¡Es usted muy orgulloso, joven! ¡No es a la mu jer a quien le corresponde dar el primer paso!
El no contestaba. Uno de los estudiantes, que no le había visto nunca en su círculo, dijo con una risita insolente:
-Señorita, nuestro compañero no entiende el francés.

Tal aseveración produjo en Sumilov el efecto de un latigazo. Se volvió hacia el estudiante, y le miró fijamente a los ojos con una mirada larga y provocativa. Luego, en francés también, pero en el francés perfecto, exquisito, que en otro tiem
po era el orgullo de la aristocracia rusa le
dijo:
- Hace usted mal, señor, en tomarse el trabajo
de hablar por mí, tanto más cuanto que ni siquie ra tengo el honor de conocerle.
Mientras hablaba así, la cólera fruncía sus ce jas y ponía una sombra en sus grandes ojos az

...
les

de

largas pestañas.

-

Bravo,

bravo,

joven poeta -exclamó!

,

rien.

158

do, la señorita Ducroix, sin soltar la mano de
Sumilov— ¿ Cómo se llama usted, poeta mío? Sumilov, un poco calmado, enrojeció de nuevo.
- Me llamo Alejo.
-¿Cómo? ¿ Ale

...

-Alejo.

Ah,

como entre nosotros Alexis!

Bueno,
ñor Alexis,

en

castigo

de

no

haber querido acer carse amí,

queda usted obligado a

acompañarme

a

casa.

Voy a

dar

un

paseíto a

pie;

pues

si

no,

tendría mañana un horrible dolor de cabeza. se

V

El

coche

se

detuvo a

la

puerta

de

un hotel

de
primer orden.

Sumilov 'ayudó a

la

señorita Du
croix a

bajar y

empezó a

despedirse.
Ella

lemiró

de

reojo con una mirada tierna y maliciosa y

le

preguntó:
- ¿No sube usted un momento a

ver mi jaula?
-Señora

...

,

tendría mucho gusto,

pero no me
atrevo

...

Es tan tarde

...

— ¡Arriba -mandó!

ella,

Quiero castigarle a
usted hasta

el

fin

.

Mientras ella,

en

el

tocador,

se

cambiaba

de
traje,

Sumilov contemplaba

la

habitación.

Obser
vó

que

la

cantatriz había sabido poner

en

el

lujo
un poco vulgar del hotel ese matiz

de

elegancia
y

de

coquetería

de

que sólo las parisienses poseen
el

secreto.

Por todas partes

se

veían tapices,

flores,

abanicos,

“ bibelots "

costosos.

Los muebles

159

eran más adecuados para tenderse que para sen

tarse. El aire estaba impregnado de exquisitos.
perfumes; olía a polvos de arroz y a mujer. Aquel
olor ya lo había advertido Sumilov en el coche,
junto a la señorita Ducroix.
La artista no tardó en salir, envuelta en un am plio y blanco peinador bordado en oro. Reparando en la doncella, que,

sin

hacer ruid

:)

,

preparaba

en

una mesita

demármol

el

te,

díjole:
- Puede usted acostarse,

no

la

necesito.
La doncella,

una camarera fea yhábil como una

mona,

salió,

después

demirar rápidamente a

Su
milov con una mirada astuta e

irónica.
La señorita Ducroix

se

sentó,

a

la

oriental,

en

un

canapé turco muy bajo ymuy ancho,

cubrión
dose las piernas con los pliegues

de

su

bata blan
ca,

y

con gesto imperioso

le

indicó a

Sumilov "

un

sitio junto a

ella.
El

joven obedeció.
- Más cerca,más cerca!--

ordenó ella—.

Más
cerca aún

...

Así

..

Y

ahora vamos a

charlar un
poco,

señor Alexis.

Ante todo,

¿dónde ha apren
dido usted

el

francés?Habla usted como un ma:

qués. El

le

contó que había tenido desde

sumás tier
na infancia ayos franceses,

y

que casi

no

seha
blaba otro idioma en su casa.
- ¿Entonces,

usted pertenece a

una familia
rica?-exclamó

la

señorita Ducroix.

- No;

hace unos cinco años que estamos arrui nados.

160

- ¡Ah, pobrecito mío! ¿ Entonces usted vive
de su trabajo? Su vida será muy penosa

...

¿Tie
ne

usted amigos?

Evitará usted

la

sociedad,

¿no? La

artista seguía haciendo nuevas preguntas a
las que

el

joven

ni

siquiera tenía tiempo

de

con
testar.

De un modo inesperado

le

eguntó:
- Dígame,

¿

ha

estado usted enamorado algu

na vez? El lamiró asombrado,

con una sonrisa

de

cca
fusión.

- Sí,

cuando tenía catorce años,

estuve enamn
rado

de

una prima mía.
- ¿Y nada más?
- Nada más.
- ¿Palabra de honor?
- Palabra de honor.

-Y nunca

ha

querido usted a

una mujer "

com

pletamente "

?

Comprendió

él

el

sentido

de

la

pregunta,

y

con

voz turbada balbuceo:

- No,

nunca.

- ¿Y

yo

?-preguntó ella con voz apasionada
y

queda,

inclinándose hacia

el mancebo hasta

ha

cerle sentir

el

calor

de

su

piel—.

¿

Yo

le

gusto?
¡ Pero míreme usted a

los ojos para contes tarme!

Cogió

la

cabeza de Sumilov y

la

volvió hacia
ella.

El

fuego

de

sus ojos asustó,

en

el

primer

momento,

al

joven,

que

no

tardó

en

sentir arder
en las suyos

la

llama del deseo.

161

La señorita Ducroix suspiró y atrajo hacia su rostro la cabeza de Sumilov. Sus labios húmedos quemaban.

VI

- ¿ La señorita Ducroix está en su cuarto?
-- No, ha salido.
- Puede que no la haya usted visto entrar.
¿ Quizá haya vuelto ya?
El grueso suizo de rostro rojo, mofletudo y s) ñoliento, montó en cólera.
—;Cómo no la he de ver, siendo ésa mi obli gación? Y luego, ¿ a qué diablos viene usted? Hace diez días que está usted dándonos la lata..
Se le dice que la señorita no está, la cosa me pa
rece bien clara. No quiere verle a usted, y a eso
se reduce todo

...

Sumilov

se

apresuró a

sacar

su

portamonedas

y

le

tendió

al

suizo un rublo.

El

otro,

entonces,
cambió de humor.
- Cerciórese usted,

si

quiere

...

Suba a

ver;

qui
zá

esté

ya

en

su

cuarto.
Sumilov subió

la

escalera corriendo.

Ante

la

puerta

de

la

habitación

de

la

señorita Ducroix

se
detuvo un instante y

se

llevó una mano

al

pech)

,

en

el

que latía furiosamente

su

corazón,mientras
con

la

otra acariciaba

un

pequeño revólver que guardaba

en

el

bolsillo del gabán, -Adelante -

dijeron.
Con los ojos cerrados,

presintiendo algo teru EL BRAZALETE

LIBRE

uego Hanio. RIES

UIC10

162

ble, empujó la puerta. Era para él un día decisivɔ. No tenía ya fuerzas para soportar los sufrimien tos de su amor desdeñado y sus celos.

Cuando al día siguiente a su noche de amor con la señorita Ducroix fué a verla, estremecido aún de placer, ella le acogió con un asombro frío, como si no le conociese. Los días sucesivos se negó a recibirle. La doncella, con insolencia, le dió con la puerta en las narices. El empezó a escribirle car tas; pero la primera quedó sin respuesta, y las demás volvían sin abrir a sus manvs.
Sufría terriblemente. Se puso delgado, amarillo.

Noche y día le perseguían la imagen de la pari
siense y el recuerdo de sus besos y de sus caricias
de fuego.
La señorita Ducroix no estaba sola. Junto a
ella, sentado en el sofá, había un hombrecillo gor do, que parecía griego o armenio, de ojos negros,
en que se reflejaba el deseo; nariz corva y pobla lo
bigote.
Al ver a Sumilov, la señorita Ducroix se levan tó, y, llena de cólera, dió algunos pasos hacia él, sin tenderle la mano.
- ¿Esto ya es demasiado!

-dijo- iMe persi
gue usted por todas partes, señor!
Una oleada de sangre subió al rostro de Sumi lov, y una niebla espesa cubrió sus ojos. Cogio
violentamente la mano de la señorita Ducroix, y
con los labios contraídos le dijo por lo bajo:
- Necesito hablarle a usted

...

sin testigos

...

Sólo dos palabras

...

163

Había tanta decisión en su acento y en la ex presión de su semblante, que ella obedeció a su pesar.

- Bueno, sígame usted -le dijo, dirigiéndose a
su tocador. Pero tenga entendido que es nues
tra última entrevista.
En la semiobscuridad del tocador volvió él a cogerle la mano, que la cantatriz retiró brus- · camente.

-; La amo a usted con locura!-exclamó el jo
ven- ¡ Tenga piedad de mí!
- ¿Es eso todo lo que quería usted decirme?

- Sí, eso es

...

0,mejor dicho,

no

...

Ni

yo mismo)
sé

lo

que hablo

...

Me paso las noches sin dormir

...

¿Por qué hace usted eso conmigo.

?

Ella prorrumpió

en

una risa insolente,

en

uns

risa artificial de actriz consumada: -;Tiene gracia!

¿Ha venido usted,por

lo

visto,

a

hacerme reproches?

...
iJa,

ja,

ja!
En aquel momento

se

oyó

en

el

salón una tos
contenida.

-¿Quién

es

ese señor?-preguntó brutalmen'e
Sumilov.

- ¿ Acaso tengo que darle a

usted cuenta

de
mis relaciones?

- replicó

la

artista encogiéndose
de hombros.
Sumilov sintió

de

repente un acceso

de

furia.

- Diga usted,

¿ quién

es

ese señor?

¿

Es

su
amante

de

usted?

¡ Responda usted

al

punto!

- ¡Ah

!,
¿

quiere usted saberlo?

Bueno

...

La artista acercó

surostro,

contraído por

la

có

164

lera, al de Sumilov, y dijo con los labios pálidos y trémulos:
— ; Sí, es mi amante!
Se oyó un disparo de revólver, sonó después un grito desesperado de mujer, luego sonaron otro disparo y otros gritos

...

Acudió 'gente,presurosa.
La señorita Ducroix estaba aún viva;

tendida

en

el

suelo,

en

un charco

de

sangre,

lanzaba ge
midos lastimeros.

Sumilov yacía junto a

ella,

boca
abajo,

con

la

cabeza ensangrentada sobre

el

borde
de

su

vestido.El hombro izquierdo del mancebo
se

estremecía

de

cuando

en

cuando,

como

el

ala
de

un pájaro malherido por un cazador.

EL PAN AJENO)

-Acusado: con arreglo a la ley, tiene usted la palabra - dijo el presidente del tribunal, con tono
ir.diferente, entornados los ojos por el cansan
cio- ¿ Qué puede usted decir para justificar o
explicar su crimen?

El acusado se estremeció y se asió de un modo
nervioso a la baranda que separaba del público
el banquillo.
Era un hombrecillo delgado, de movimientos
tímidos y ojos medrosos. Sus cabellos ralos, muy rubios, y sus cejas, casi blancas, le daban a su rostro un aspecto enfermizo y anémico.
Se le acusaba de que, viviendo en casa de su pariente lejano el conde Vencepolski, había pren
dido intencionadamente fuego, la noche del 23 al
24 de enero, lo que había originado un incendiɔ.
Los forenses declararon que estaba en plena po
sesión de sus facultades mentales. Sólo observa
ron en él cierta excitabilidad y una sensibilidai! exagerada, unidas a una atonía general del sis tema nervioso y a una marcada predisposición al llanto, nada, de lo cual impidió que se le declarase responsable de sus actos.
Hasta aquel momento, el acusado se había mos

166

trado indiferente y no había manifestado casi nin
gún interés por su proceso. El conjunto solemne, casi abrumador, de la sala; los uniformes dora dos de los jueces, el tapete rojo de la mesa del tribunal, las enormes ventanas, los majestuosos retratos de las paredes, el público agolpado ante la baranda, los ujieres severos, los jurados cons cientes de su dignidad y graves en extremo, ab.i tían e intimidaban al pobre hombre, que se sentía
como bajo las ruedas de una máquina gigantesca
e implacable, cuya marcha vertiginosa no pudiera interrumpir ninguna fuerza humana.
No pocas veces, durante el discurso de su de fensor, hubiera gritado: “ No es eso, señor aby gado! Sucedió de otro modo. Callese usted, y dé. jeme contar a mí la historia de mi crimen.” ¡ 0!2, él habría podido contar, en términos claros y con
movedores, cuanto había sentido y pensado!
Pero la máquina judicial seguía su curso sá pido, regular, y parecía inútil toda resistencia:) aquel monstruo frío e implacable.
Sin embargo, las últimas palabras del presi
dente despertaron en el corazón del acusado la
energía desesperada que suelen mostrar algunos
hombres en los momentos más graves de su vida y que hace luchar al condenado a muerte con el verdugo que le anuda la soga al cuello.
Y con voz suplicante gritó:
- Sí, señor presidente! En nombre de Dios Todopoderoso, escúchemę usted.

,, Permítame con
társelo todo,

167

Los jurados simularon una gran atención; los
jueces se pusieron a dibujar, en las hojas de papel que había ante ellos, cabezas de mujeres y de ani males; el público guardó un silencio expectante. El acusado comenzó a hablar.
-Cuando llegué, a principios del año pasado, a esta ciudad, no había decidido nada respecto a mi porvenir. Nunca había tenido suerte: se diría que había nacido desgraciado. No había tenido ningún éxito, y a la edad de cuarenta años era tan impotente y falto de sentido práctico como en mi juventud.

Me dirigí al conde Vencepolsky, rogándole que me buscase un empleo cualquiera. El conde era pariente lejano de mi madre, muerta hace mu chos años, lo que me movió a dirigirme a él. Hom bre desprendido y generoso, como no pudiese er contrar nada, por el momento, para mí, me ofre ció, mientras mis asuntos no se arreglasen, la hospitalidad en su casa.
Acepté. Al principio, tuvo para mí algunas
atenciones; pero no tardó en cansarse de mi pre
sencia y dejó en absoluto de hacerme caso. Me
miraba como se mira un mueble que se ha adqui rido la costumbre de tener siempre ante los ojos.. Entonces comenzó para mí una vida de parásito
llena de las humillaciones más amargas, de cólera
impotente, de palabras halagadores y de sonri sas falsas.
Para comprender todo el horror de semejante vida es necesaria la experiencia personal. La gen

168

te independiente y altiva cree que la costumbre

de vivir como parásito y de comer el pan ajeno mata en el hombre el amor propio. Es un error. En mi vida he sido tan sensible a las palabras en
que veía alusiones a mi condición miserable. En
mi alma sangraba una terrible herida, y cada
nuevo insulto era para mí como el contacto de un hierro candente.
Pero cuanto más, tiempo pasaba, con menos fuerzas me sentía para poner término a situación tan humillante. Siempre he sido débil de carácter, tímido, indeciso. La vida en casa del conde paralizó completamente mi voluntad, anuló mi escasa ener gía. A veces, por la noche, pasando revista, en la
cama, a todas las humillaciones del día, me aho
gaba de ira y me decía: “;Mañana pondré fin a
todo esto! Mañana me iré, después de decirle ai
conde la verdad. Más vale vivir hambriento, tener frío y sufrir todas las privaciones, que continuar esta innoble existencia.” Pues bien:

llegaba el día
siguiente y no quedaba nada de mi decisión de
la víspera. De nuevo miraba al conde con una
sonrisa baja y ruin; de nuevo no me atrevía, du
rante la comida, a poner las manos sobre la mesa:
de nuevo me sentía ridículo y torpe. Cuando me
decidía a recordarle su promesa de buscarme un
empleo, el conde me contestaba con tono señoril: ¿ Qué prisa tiene usted, querido? ¿ No está usted bien en mi casa? Viva usted aquí por aho ra; después, ya veremos.
Y yo callaba.

-

169

A veces el conde me regalaba uno de sus trajes
usados, y yo no me atrevía a rehusarlo. Los trajes eran elegantes, pero me estaban anchos. Un ami
go del conde, un sinvergüenza y un rastacuero,
me gritó una vez, riendo cínicamente:
- Señor Fedorov, veo que le viste a usted el

mismo sastre que al conde.

Ninguno de los concurrentes asiduos a la casa
me llamaba nunca por mi patronímico. El conde
se olvidaba siempre de presentarme a sus invita
dos, la mayoría de los cuales vivían, como yo, de su generosidad; pero sabían darse tono y le trataban de igual a igual, mientras que yo, por culpa de mi timidez, me veía siempre en un plazo. inferior. Me odiaban con un odio de gente vil, no queriendo que otro gozase, como ellos, del favor del amo.
La servidumbre me trataba con la altiva inso
lencia que caracteriza a casi todos los lacayos
En la mesa se distraía con frecuencia y no me
servía algunos platos. En sus palabras y miradas
yo advertía el profundo desprecio de los que tra bajan por los parásitos. No me atrevía nunca a.
decirles que arreglasen mi cuarto ni que cepilla-
sen mi ropa.
Por la noche solía jugarse a las cartas en casa del conde. Cuando faltaba un contendiente, el

conde me invitaba a jugar también. Aunque no
tenía nunca un cuarto, aceptaba la invitación, de seando con toda mi alma ganar.

Jugaba con avi
dez, calculando, arriesgándome, a veces hasta im

170

plorando mentalmente la ayuda de Dios. Como
sucede casi siempre en casos semejantes, perdía
en lugar de ganar, y perdía más que todos

los
otros.
Cuando

se

acababa

el

juego y

los jugadores
arregiaban las cuentas,

yo

no

osaba levantar los ojos,

rojo

de

vergüenza.

Cuando

ya

no era posible
guardar silencio,

decía,

esforzándome

en

dar a

nii
voz una expresión

de

indiferencia:
-Conde

...

haga

el

favor

...

en

este momento me
encuentro sin dinero

...

Tenga

la

bondad

de

pagar
por mí

... mañana

le

devolveré

...

Naturalmente,

nadie tomaba

en

serio

la

proma

..

sa

:

todos sabían que

ni

mañana

ni

pasado ma
ñana podría

yo

pagar

la

deuda.
Ocurría a

veces que

el

conde y

sus amigos

se
iban por

la

noche aun “restaurant ”

yluego a

un

prostíbulo.

Me invitaban por mera fórmula,

ha
ciéndome comprender bien claro que

lomejor

se
ría que me quedara

en

casa.

Aunque

nome ca

bía duda

de

que,

si

rehusaba,

no

repetirían

su
invitación,

no

tenía bastante voluntad para decir:

“

No voy ”

.
Y

lo

que era más grave,

corría antes
que nadie

al

recibidor a

ponerme

el

gabán,

como
si

temiese que

se

fueran sin mí.
Durante

la

cena

se

decían chistes y

obsceni
dades.

Yo me creía

en

el

deber

de

reír,

aunque
lo

hacía

de

tan buena gana como un perro sabio.
Si

yo

hubiera dicho una gracia o

hubiera tenido
una ocurrencia feliz,

no

hubiera habido nadie que
ime escuchase.

Apenas abría

yo

la

boca,

alguno

de

171

los asistentes me interrumpía. Todos volvían la
cabeza a otro lado, y en vano comenzaba yo, por décima vez, la misma frase buscando con los ojos alguien que me atendiese: todos evitaban mi
rarme.

El resto de la noche era aún más terrible. Y) dormía en un cuartito angosto que más bien pare cía un pasillo. Un viejo canapé con el forro lleno de agujeros, una giba en medio y los muelles en
un estado lastimoso me servía de cama. Como le
faltaban dos patas, yo las había reemplazado con mi maleta.

¡ Cómo odiaba aquel canapé! Ningún ser vi
viente me ha inspirado un odio tan feroz como
el que me inspiraba aquel miserable y viejo mue. ble, que ningún chamarilero hubiera querido com prar. Conforme se acercaba la hora de acostarme,
un terror insoportable se iba apoderando de mí,
ante el largo insomnio que me esperaba. En cuan
to me tendía en el canapé, la giba se me clavaba
en la espalda y los muelles me torturaban las cos
tillas. A los cinco minutos empezaba a sentir un dolor terrible en el espinazo y en la nuca. Mi ca beza se inflamaba y mi pobre cerebro era invadido por un tropel de pensamientos febriles. Concebía planes fantásticos para el porvenir, que durante la noche se me antojaban completamente realiza
bles, y por la mañana comprendía que no eran
sino insensateces.

Todas las impresiones del día, todas las pala
bras pronunciadas por mí o por los demás, todos

172

los insultos, todas las humillaciones desfilaban por mi memoria. Yo los analizaba durante la noche
con una especie de voluptuosidad de la que no
es capaz sino el alma de un hombre desgraciado, humillado y despreciado. Y experimentaba por se gunda vez todos los sufrimientos del día, al resu citar en mi espíritu todos los detalles terribles. Los amigos del conde, cuando pasaban por de lante de mi canapé, se complacían en bromear malévolamente. Le llamaban “ el lecho de Pro custes ”.

El día que cometí el crimen, uno de ellos, el se ñor Lbov, invitó al “ restaurant ” a todos los cama radas, para festejar una herencia con que aca baba de ser favorecido. Yo me apresuré a vestir
me para ir también con ellos. Cuando estábamos
ya en la escalera, empujé, sin querer, con el codo. al señor Lbov. Como es natural, me excusé..
-- ; No tiene importancia!-contestó.
Luego añadió, de pronto:
--Además, hace usted mal en molestarse; pue de usted quedarse en casa. Nadie le ha convidado

...

Yo me paré

en

seco,

abrumado por tan crueles

palabras.
Los invitados bajaban

la

escalera con gran

al
garabía.

Uno

de

ellos

se

volvió hacia

mí

y

me

gritó:
-Vaya usted a

acostarse a

su lecho

de

Pro

custes.
Otro añadió:

-Allí nadie

le

molestará.

173

Y se marcharon, riéndose a carcajadas.
Subí de nuevo a casa y me tendí en el canapé. Abrigaba una vaga esperanza de que se arre pintieran de sus crueles palabras y enviaran a alguien en mi busca, pero no iba nadie.
Por espacio de dos o tres horas, lloré lágrimas de furia impotente. Mi lecho de Procustes me ha cía ver las estrellas. Me levanté, al cabo, lleno de odio al endiablado canapé.
Reuní algunas cajas de sombreros vacías, las llené de periódicos viejos, que rocié de petróleo, las puse debajo del canapé y les apliqué una ce rilla. Obraba como un autómata, sin darme cuen ta de mis actos

...

Perdí

el

conocimiento

...

Cuando volví

enmí,

toda

la

habitación estaba

ya

ardiendo.

Lleno

de

horror,me puse a

gritar:
“

; Socorro!

Lo demás

lo

saben ustedes,

señores

jurados.

"

FIN

INDICE

Págs.

7
77
113
120

El brazalete de rubíes.. El mareo......
Un brindis....
Natalia Davidovna

...
Demir -Kaia......
Un jamelgo......
Un idilio....
Un capricho...
Dl pan ajeno......

127
132
139
150
165